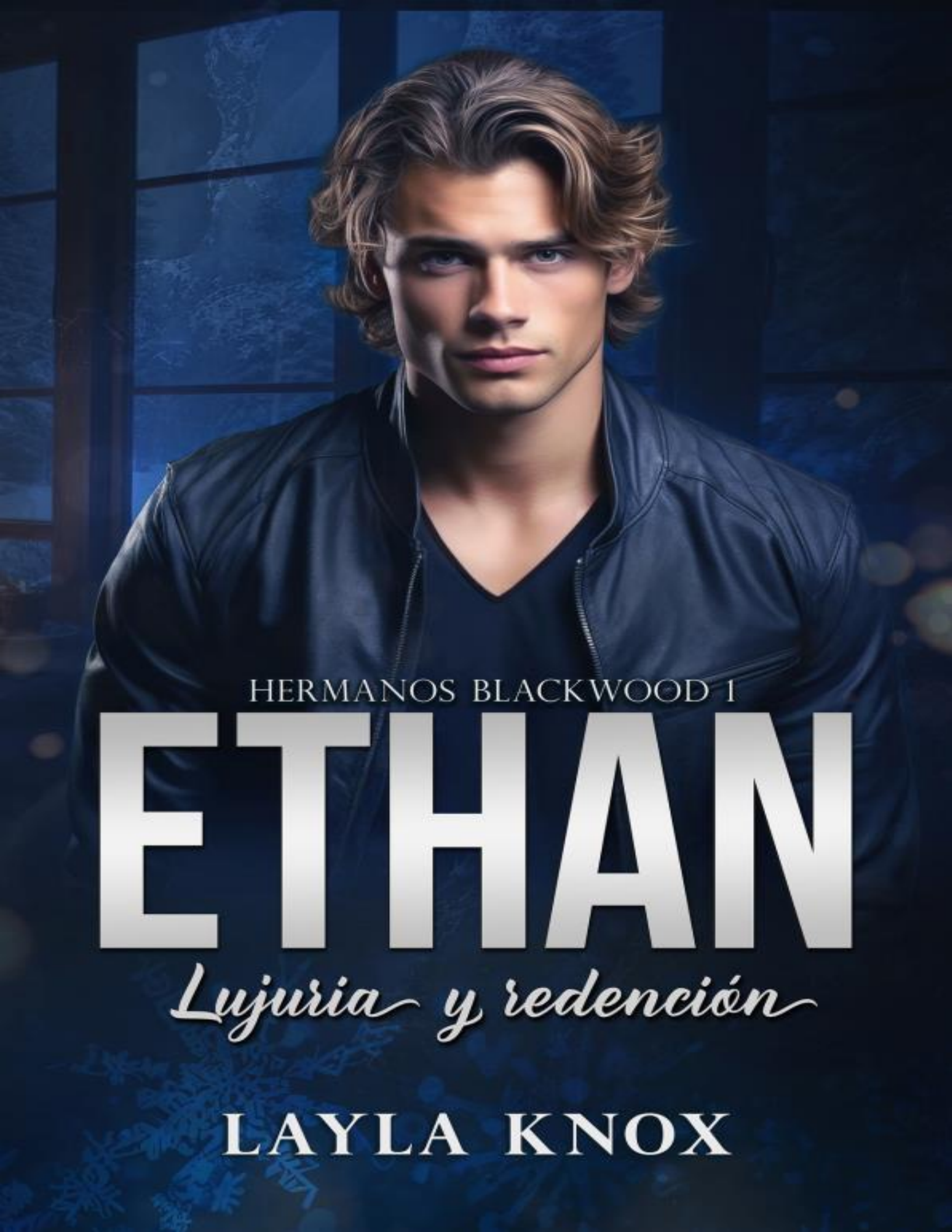


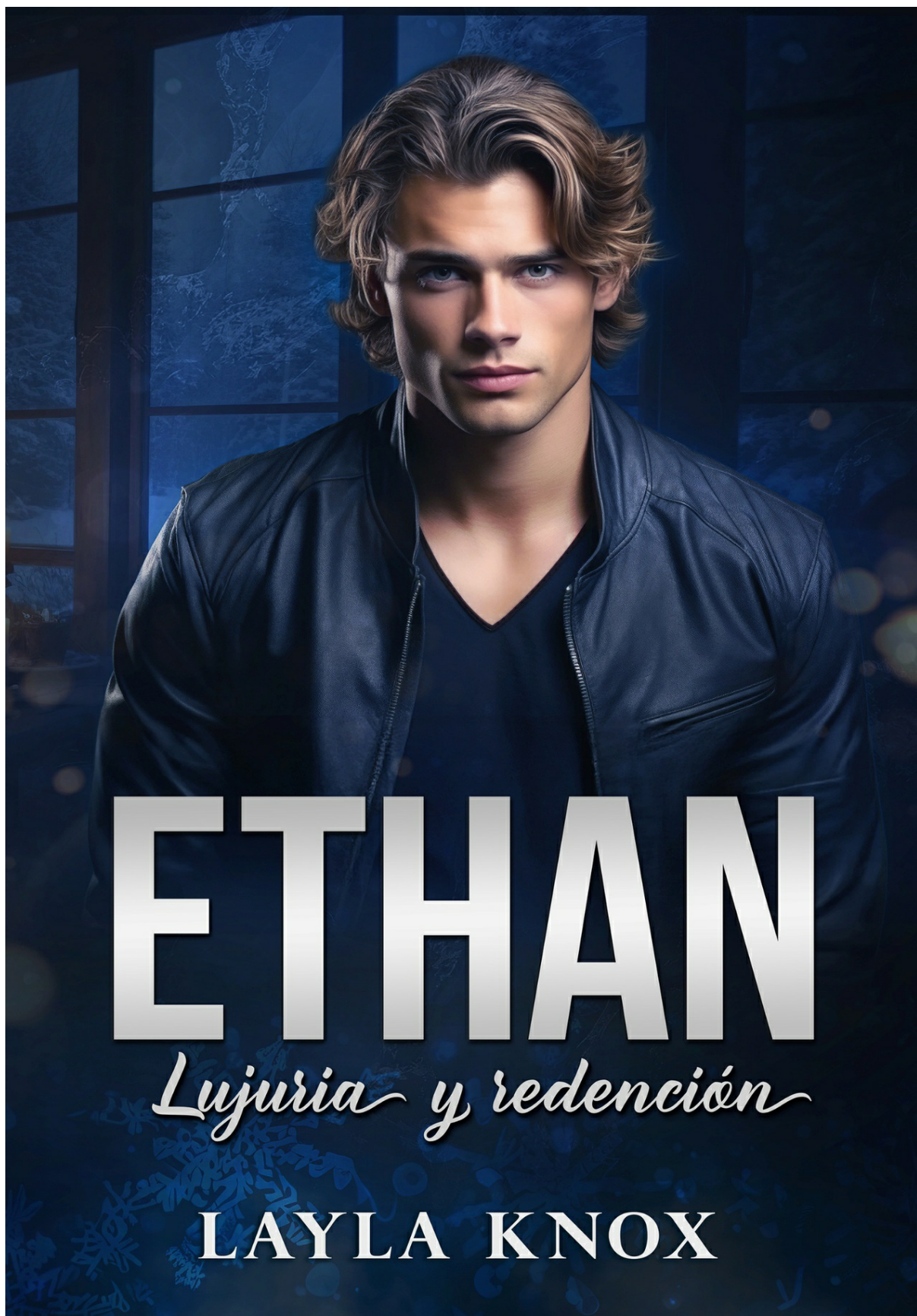


HERMANOS BLACKWOOD 1

ETHAN

Lujuria y redención

LAYLA KNOX



ETHAN

Lujuria y redención

LAYLA KNOX

ETHAN
LUJURIA
Y
REDENCIÓN

Hermanos Blackwood I

Título: *Ethan. Redención*

© 2024, Layla Knox

Del diseño de la cubierta: 2024, Calice Design

Primera edición: 2024, noviembre

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para todos aquellos que disfrutan leyendo historias de amor.

Gracias por leer la mía.

Contenido

[Prólogo](#)

1. [Ava](#)
2. [Ethan](#)
3. [Ethan](#)
4. [Ethan](#)
5. [Ava](#)
6. [Ethan](#)
7. [Ethan](#)
8. [Ethan](#)
9. [Ava](#)
10. [Ethan](#)
11. [Ethan](#)
12. [Ethan](#)
13. [Ava](#)
14. [Ethan](#)
15. [Ethan](#)
16. [Ethan](#)
17. [Ava](#)
18. [Ethan](#)
19. [Ethan](#)
20. [Ethan](#)
21. [Ava](#)
22. [Ethan](#)
23. [Ethan](#)
24. [Ethan](#)
25. [Ava](#)
26. [Ethan](#)
27. [Ethan](#)
28. [Ethan](#)
29. [Ava](#)
30. [Ethan](#)
31. [Ethan](#)
32. [Ethan](#)
33. [Ava](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[Biografía](#)

Prólogo

Ethan

Miro por quinta o sexta vez la austera habitación. Nada. Ni un cuadro de adorno con el que distraerme.

¡Menuda mierda de sitio!

Resoplo. Me toco la sien dolorida y, al bajar la mano, la veo. Vuelvo a fijarme en ambas. Las observo. Están llenas de heridas. La costra empieza a aparecer en los nudillos y los restos de sangre seca tira de mi piel, haciendo que aparezcan en mi mente algunos fogonazos de lo ocurrido. Se repiten sin cesar. Me avasallan sin compasión. Me esfuerzo por recordarlo todo, pero tengo lagunas. Aunque hay algo que está muy nítido en mi mente y bien guardado en mi retina.

«¡Hijos de puta!».

«Los dos».

«¿Cómo? ¿Por qué?».

Sé que la he cagado. No soy tan imbécil como para no darme cuenta. El problema es que no entiendo cómo he podido hacer algo así. De tal envergadura. Yo, que siempre he mantenido la compostura ante cualquier acontecimiento, que no suelo discutir con nadie, que siempre me mantengo pausado y si no soy capaz de hacerlo, me doy media vuelta y me voy hasta que lo consigo.

Después, me digo que es normal, que cualquiera habría hecho lo mismo, a pesar de que sé que me estoy engañando.

—Ethan —escucho la voz de mi padre cuando entra en la sala.

Levanto el rostro y me dispongo a enfrentarlo.

En cuanto alzo la cabeza, y sin dejar de acariciar mis puños maltrechos, me encuentro con su mirada fría.

Espero paciente a que la puerta se cierre y estalle la tormenta que puedo distinguir en sus ojos mientras me observa con fijeza.

Me levanto para no sentirme inferior a ellos, aunque sigo teniendo la misma sensación de anoche y me parece sentir que todo lo que me rodea se mueve y da vueltas sin parar.

Justo a su lado está Damian. El obediente de Damian. El predilecto de papá, su primogénito, el que todo lo hace bien... y, por supuesto, el que jamás ha cometido, comete ni cometerá un fallo. El cabrón es frío como un témpano de hielo. Siempre mantiene la cordura, hasta cuando nuestro padre no está presente. En definitiva: el inquebrantable Damian Blackwood. Mi hermano mayor y el ejemplo a seguir para todos nosotros. O eso quiere hacernos creer.

Damian es un buen hermano, pero en ocasiones, muchas diría yo, se le olvida que también se vive, que todos somos seres humanos, incluido él, y que le está permitido cometer errores. Sin embargo, no es así. Siempre le decimos que, al ser el primero, papá se esmeró en enseñarlo bien, demasiado bien. ¿O quizá debería decir «programado»?

Lo miro con atención. Implacable. Así se ve.

Parece un puto robot a las órdenes de quien lo creó.

—Ethan —repite Damian, apartándose del lado de nuestro padre y acercándose a mí.

Me saluda como si fuese uno más de sus clientes, me da la mano de manera cordial y me indica que tome asiento, mientras que él hace lo mismo.

Todavía no tengo el culo en la silla, cuando mi padre estalla.

—¿Detenido?! —grita, antes de pasar a colocarse junto a Damian y sin haber tenido tiempo de prepararme realmente para su reprimenda, a pesar de saber que llegaría—. ¿En qué estabas pensando?!

A la par, da una fuerte palmada sobre la mesa. Me encojo al oírla, porque me retumba en la cabeza como si fuese una puta fiesta de tambores.

—¿Podrías dejar de dar golpes? Me duele —digo, tocándome la sien con desgana.

—Sigue con esa desidia... ¿En qué pensabas, Ethan? —me increpa, retomando la pregunta y volviendo a la carga.

Levanto el rostro y le miro. Me gustaría estar más lúcido, poder enfrentarme a él. Pero las paredes no dejan de girar, mi cabeza aún está embotada y me cuesta reaccionar. Por cómo me mira, estoy seguro de que mis ojos desprenden esa dejadez de la que hago gala en estos instantes. Sé que está alterado, enfadado, preocupado... al igual que debería estarlo yo. No me reconozco.

—Acabas de tirar tu futuro por la borda —añade, por si acaso yo no me hubiese dado cuenta, ya que estoy seguro de que aparento justo eso—. Mira. —Y, a continuación, lanza contra la mesa un montón de revistas que se hacen eco de la noticia.

Alargo la mano y comienzo a esparcirlas por la mesa. Leo los titulares:

«El joven modelo acaba de sentenciar su futuro con Elysium».

«Conoce el oscuro secreto que hay tras la fama de Ethan Blackwood: drogas, sexo y violencia».

«El pequeño de los Blackwood DETENIDO. Adiós a la firma millonaria con Elysium».

«¿Qué sucederá con el destino de la joven promesa de los Blackwood? ¿Será el fin de su carrera?».

Lo vuelvo a mirar todo. Leo y releo. La prensa es asquerosa. No doy crédito. Los ojos se me empañan y no sé si es del esfuerzo que he tenido que hacer para enfocar la vista o del golpe de realidad que esos titulares de mierda me han dado.

—No saben nada —alego—. Es imposible. No lo sé ni yo. —Mi padre bufa en respuesta—. Lo que pasa es que no dudan en buscar el morbo e inventarse lo que sea necesario con tal de vender unas cuantas copias de esta basura.

—¿Inventarse? ¿Tú te estás oyendo?

—¿Acaso no te importa esto? —me cuestiona Damian, cortando a papá, pues no me cabe duda de que tenía la intención de continuar increpándome sin parar.

—Ese tío... —empiezo.

—Está ingresado —me corta mi hermano con un tono de voz tan neutral que me entran ganas de darle un puñetazo para ver si tiene sangre en las venas—. Múltiples fracturas —continúa—. Han tenido que operarle la mandíbula y ha interpuesto una denuncia contra ti.

—Hijo de puta —mascullo.

Mi padre gruñe otra vez.

—Todo apunta... —retoma Damian, pero no quiero escuchar nada más.

Enfoco la vista en su rostro. Lo señalo con el dedo y lo interrumpo antes de que pueda continuar.

—Tú deberías de entenderme. ¡Tú eres mi hermano! —le indico, conteniendo las ganas de golpear la mesa, tal cual ha hecho mi padre al entrar. Sin embargo, me contengo. El dolor de mi cabeza es mucho más fuerte que mis ganas de desahogar la frustración que tengo en estos instantes.

—Es tu palabra contra la de ellos —asegura Damian, y, por un instante, sus ojos brillan. Sé que le he dado en el único punto débil que tiene: la familia.

Me siento mal de repente. Solo soy un capullo que arremete contra quien siempre le ha ayudado. No puedo creer que esté actuando así.

—¿Qué?! —No doy crédito—. ¿De qué mierdas estás hablando? Estaban allí. Los vi. No me vengas con historias. Me crees, ¿verdad, Damian? —le pregunto, porque si hay algo que esta familia tiene, a pesar de que cada uno es un robot programado para determinada tarea, es que los Blackwood siempre permanecen unidos.

Somos parecidos a la mafia, pero en términos empresariales. La lealtad a la familia es inquebrantable.

Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que me están dando de lado?

Algo se me escapa.

Cuando vuelvo a centrar mi atención sobre él, veo que tiene unos papeles en la mano. Damian los ha sacado del portafolio que siempre va con él y que ahora está abierto sobre la mesa. Los deja con cuidado y los empuja hacia mí, tapando de ese modo los embusteros titulares que aún deslumbran mi visión como si estuviesen grabados con neón.

—Ibas drogado. Tu palabra no servirá. Estás en un lío, Ethan.

No doy crédito a lo que estoy oyendo.

Temblando, tomo las hojas, que no son otra cosa que un reporte médico de varias tomas de sangre que me hicieron después de que me detuviesen, y me quedo perplejo mirándolas.

—Yo no... —titubeo.

—¡No mientas! —grita a pleno pulmón mi padre—. Eres la vergüenza de la familia. ¡Una deshonra! ¿Desde cuándo tomas...? —Se calla un momento como si intentase encontrar la palabra apropiada o, simplemente, incapaz de articular «droga».

—Psicotrópicos, Ethan —termina Damian por él.

—Espera... —le pido, mientras intento procesar la información, porque la sagacidad no es una de mis virtudes ahora mismo—. ¿Qué?!

El chirrido que ocasiona las patas de la silla en la que estaba mi padre, cuando él se incorpora de golpe, me hace encogerme de nuevo. Mi cabeza no soporta ese ruido, el cual siento como un estruendo que resquebraja la poca lucidez que tengo.

—¿Acaso también estás sordo? —me increpa molesto. Alzo la cabeza y me enfrento a sus ojos, los cuales echan chispas—. ¿De verdad no te das cuenta de la envergadura de todo esto?

Sigo sin reaccionar.

—¿Psico...? —repito o, al menos, lo intento.

Mi parca respuesta parece enfurecerlo más. Sus gruñidos deben estar siendo escuchados en la otra punta del continente.

Continúo observándolo y me doy cuenta de que no está enfadado. Está nervioso, mucho. No esperaba este revés. Lo tenía todo atado. El camino trazado estaba en línea recta y sin un solo bache. Anoche iba todo sobre ruedas. Mi futuro estaba sellado, firmado, listo para volar y no pisar tierra nunca más. Y ahora, por el contrario, se encuentra hecho pedazos en el suelo, sin esperanzas de ser reconstruido y esperando que alguien lo pisotee un poco más.

—Espabila, Ethan —me sugiere Damian, chasqueando los dedos delante de mis narices.

Ese simple gesto parece traerme a la realidad, esa que va y viene frente a mí.

Asiento, aunque sigo sin creer lo que me está diciendo.

—Yo no... —empiezo, pero un resoplido de mi padre me hace callar.

—Tienes veintidós años, acabas de mandar tu vida a la mierda y ni siquiera tienes un alegato

convinciente que dar —me reprende.

—Papá —interviene Damian—, déjame a solas con él, por favor.

No puedo decir que me sorprenda su petición, se supone que es lo normal en estos casos y, aún más, dado el estado de irritación que posee nuestro padre. Ahora bien, el hecho de que él acceda es lo que me deja asombrado. Creía que no estaría dispuesto a renunciar a machacarme un poco más. Sin embargo y a regañadientes, asiente y da dos pasos hacia la salida.

Veo cómo se acerca a la puerta y antes de irse me dirige una mirada recriminatoria.

Sé que está decepcionado y que no me perdona semejante comportamiento, pero, sin duda, lo que más le ofende es que piensa que le estoy mintiendo. ¡Por mis santos cojones que no lo hago! ¿Por qué es tan difícil de creer?

Mantengo los ojos pegados en su espalda cuando él se vuelve para salir. Permanecen ahí hasta que lo pierdo de vista e, incluso, cuando solo tengo frente a mí un trozo de madera roída y casi sin color.

—Te enfrentas a una fianza, nada insignificante, por cierto.

—Puedo pagarla —lo interrumpo.

—Y puede que unos meses de cárcel —continúa.

—¿Estás de coña? ¡Yo soy la víctima, Damian! —exclamo, y parece que por fin la sangre vuelve a mis venas, calentándome y haciéndome sentir vivo de nuevo.

—Los informes, la denuncia y los hechos, junto a los testigos, aseguran lo contrario —añade mi hermano.

Lo miro frunciendo el ceño. Me paso las manos por la cara y suspiro, o resoplo, no lo tengo muy claro. Tan solo sé que hago algo con la boca y el aire que sale de ella.

—No puede ser...

—Ibas drogado, Ethan. ¿En qué cojones estabas pensando?

Niego una y otra vez.

—No, no y no. —Mi voz apenas se escucha. No sé si estoy intentando convencerme yo o convencerlo a él—. Tengo algunas lagunas —confieso por fin.

—La droga —deduce Damian.

—¿Acaso me crees tan idiota como para echar por tierra así mi carrera? —le planteo, con la esperanza de que se dé cuenta de que nada de esto tiene sentido.

—Eres un crío. —Su tono es neutro y no tengo claro si eso me molesta más o menos que el hecho de que aún no haya dicho ni una vez que cree lo que le digo—. Un crío con demasiado dinero, demasiada autoestima y demasiada suerte en la vida.

—¿Disculpa?! —inquiero, entre sorprendido, ofendido y dolido.

—Intentaré que sea Suárez quien te juzgue. Nos debe varios favores. Quizá, así consigamos que te rebajen un poco la condena.

1

Ava

Diez meses después.

Miro el reloj que siempre llevo en la muñeca y me impaciento. Reconozco que soy una adicta del tiempo, me gusta controlarlo, saber cuánto poseo y aprovecharlo al máximo. Resoplo al ser consciente de que no voy a poder llegar a casa a la hora que debería. Los últimos turistas están tardando en regresar.

—Ya tendrían que estar aquí.

Es la hora del cierre y tengo que irme ya o voy a perder el tren. No voy a pedirle a Malena que se quede más tiempo. Aunque, quizá, lo correcto sería decir que no puedo permitírmelo.

Resoplo de nuevo, bufo, suspiro... nerviosa y, mientras lo hago, continuó con el balance del día a la par que rezo para que no se atrasen mucho más.

Después de lo que me parece una eternidad, escucho el tilín de la campanita de la puerta. Alzo la cabeza y una sonrisa de alivio se pinta en mis labios.

Saludo a la familia y les pregunto qué tal ha sido la experiencia, disimulando mis ganas de marcharme. Me cuentan que todo ha ido genial y que los críos están agotados pero encantados. Es la primera vez que vienen a Grindelwald y aseguran que no será la última. Normal. Para los que gustan del turismo de esquí, este sitio genial. Enormes pistas por las que deslizarse, con unas vistas impresionantes.

Yo jamás he esquiado en una de esas pistas, aunque que llevo años viviendo aquí y hasta hace unos años mi residencia tampoco estaba muy alejada de este pueblo. De hecho, veníamos de visita de vez en cuando o, incluso, a deslizarme con trineo por la nieve, pero esquiar nunca.

Este lugar me parece increíble, sí, no obstante, tengo la ilusión de poder viajar y conocer otros sitios, siempre y cuando la situación que me rodea cambie. Por el momento, lo más lejos que he estado ha sido Interlaken. Nací allí y hasta hace relativamente muy poco, la cosa siguió igual, hasta que mi trabajo nos obligó a cambiar de casa. Trabajo como dependienta en una tienda de *souvenirs* y artículos de alquiler para esquiar. Reconozco que no es a lo que quería haberme dedicado, ni por asomo, sin embargo, me adapté a las circunstancias. A veces me pregunto qué hago alquilando esquís si ese deporte no es lo mío, de hecho, no me he deslizado por la nieve desde que tenía diez años y me caí del trineo. Me rompí el tobillo y tuve muchos problemas posteriores con la rehabilitación, de manera que decidí que lo mejor era alejarme de cualquier cosa que tuviese que ver con el hielo y la nieve, y eso que vivo rodeada de ella durante bastantes meses al año.

Después de comprobar que todo está correcto, les doy las gracias y espero hasta que la familia sale de la tienda. Ya puedo relajarme y respirar tranquila. Es momento de cerrar. Por fin. El día ha sido agotador. Empieza la temporada de nieve y los hoteles están a reventar. No sé qué ha pasado este año que el turismo se ha duplicado. Y, por consiguiente, también nuestro trabajo, aunque no nuestro sueldo.

Compruebo que todo esté adecuado bien y, una vez hecho, me voy.

Miro el cielo, ya oscurecido por completo. Suspiro. Me pongo en marcha hacia la estación de Kleine Scheidegg y allí me siento a esperar hasta que llegue el tren. Suspiro de nuevo al ver la

hora. He perdido el anterior, así que aún me queda una hora de espera hasta el próximo.

Resignada y condenada quedarme aquí un buen rato, saco mi teléfono móvil y llamo a Malena.

—¿Dígame? —responde esta de inmediato.

—Hola, Malena. El trabajo se ha alargado un poco más de la cuenta hoy. He perdido el tren y todavía estoy en Kleine. Debo esperar al siguiente... —Me quedo en silencio, aguardando a ver qué dice ella. Como no lo hace, continúo—: Si tienes que irte, puedes decirle a los Keller que le den un par de vueltas a mamá. Solo tardaré una hora o, quizá, un poco más dependiendo del tráfico que haya luego cuando pille el bus hasta el pueblo.

—Deberías irte en el coche. Tardarías la mitad y aquí no lo necesitamos —me reprende.

Quizá tenga razón, pero me niego a ello. Vivimos muy alejados de todo y por culpa de eso, estamos pagando las consecuencias.

—No. El coche es más útil allí —zanjo la conversación tajante—. Si quieres, dile a Eli que se quede con mamá un rato, así no te vas tan tarde —le indico, desviando el tema hacia donde me interesa.

Malena es un encanto, una mujer de las que ya no hay. Llegó a Grindelwald con veinte años, porque su empresa la trasladó de puesto de trabajo. Ahora, con treinta y cinco, ha perdido su empleo porque la cadena hotelera busca recepcionistas jóvenes, que trabajen mucho, cobren poco y si además no tienen cargas familiares, mejor. Y ella sí las tiene, en concreto, un crío de diez años que ocupa el poco tiempo que le queda para sí.

—No te preocupes. Me quedo yo —contesta. Contengo el suspiro, porque esto es la tercera vez que ocurre en este mes y no puedo afrontar tantos gastos imprevistos—. Y no es necesario que me lo pagues, ¿de acuerdo? No me importa. Además, Tim está aquí, haciendo los deberes —me cuenta, imagino que para que no me sienta culpable por robarle tiempo de estar con su hijo.

—Gracias.

Justo cuando me dispongo a colgar, Malena añade:

—Ha llamado tu hermana. Me pidió que te diese el recado.

—Gracias. Le escribo mientras espero.

Ava: Buenas noches, peque. ¿Qué tal todo por allí?

Mia: Con un frío de narices. Por cierto, ¡buenas noches!

Ava: Me ha dicho Malena que has llamado. ¿Ocurre algo?

Mia: Nada, solo quería preguntar por mamá. ¿Cómo está?

Ava: Bien, como siempre. Sin cambios.

Mia: Ava, si necesitas que vuelva, puedo estudiar online o...

Ava: ¿Vienes en Navidad?

Mia: No me cambies de tema. Esto es importante.

Ava: La Navidad también. Te echo de menos.

Mia: Ava, no me siento bien sabiendo que cargas con todo.

Ava: ¿Vienes o no?

Mia: Imagino, aún no sé nada... Los billetes son muy caros.

Ava: No te preocupes por eso, estoy ahorrando. Lo importante es que estemos juntas las tres.

Mia: Lo sé, pero...

Ava: Todo está bien, ¿de acuerdo? Estudia mucho, hermanita, y sé el orgullo de la familia.

Mia: Lo haré.

Ava: Llega el tren. Luego seguimos. Te quiero.

Mia: Y yo a ti.



Después de una hora de camino, por fin veo a lo lejos mi casa. Agotada, tanto física como mentalmente, me dispongo a terminar de cruzar la calle que me separa de mi hogar. Justo antes de llegar, miro hacia la derecha, a la acera de enfrente, y veo un taxi en la puerta de los Keller. Me preocupo al pensar que puede haberles pasado algo, sin embargo, veo que el coche se marcha y no hay nadie dentro, salvo el conductor.

—¡Qué raro! —me digo.

Desechando la idea, meneo la cabeza y me dispongo a girar la llave.

El calor de la chimenea me invade nada más entrar.

—¡Qué bien se está aquí! —exclamo, acercando las manos al fuego.

—¡Hola, Ava! —La voz de Tim me sobresalta. Es muy chillona y me hace sonreír con solo escucharla.

—Buenas noches. ¿Ya has acabado la tarea? —Asiente a la par que le doy un beso en la coronilla y, antes de poder decirme nada, sale Malena de la cocina.

Nos saludamos y le doy las gracias por haberse quedado. No sé qué haría sin ella, la verdad.

—Elizabeth te ha mandado un poco de comida caliente —me dice mientras ayuda a Tim a recoger, pues el niño no parece estar muy por la labor.

—Mañana iré a darle las gracias. Hoy ya es muy tarde. —De repente, algo viene a mi mente —. Malena, ¿tú sabes si a los Keller les ha pasado algo?

—No, ¿por qué? —Ni se lo piensa, lo que me tranquiliza un poco.

—Nada. He visto un taxi en la puerta de su casa y pensé que...

Malena me mira a la vez que le indica a Tim que se mueva. Empieza a parecer un adolescente, por todo gruñe y nunca sabes qué pasa por su cabeza. Yo con su edad jugaba a las muñecas todavía.

—El tejado de la cocina... —empieza Malena, pero se calla al ver mi mala cara—. Thomas se ha ofrecido a arreglártelo... otra vez —recalca—. Deberías acceder.

—Lo sé —contesto, pero ambas sabemos que no lo haré y también que no lo arreglaré este invierno, aunque se me caiga a pedazos: no puedo permitírmelo—. Voy a ver a mamá —digo, dirigiéndome hacia las escaleras, donde está su dormitorio.

—¡Hasta mañana! —se despide Malena.

—¡Hasta mañana, Ava! —me grita Tim, ya desde la entrada.

Me quedo parada ahí, observándolos y sonriendo. Los veo irse y lanzo un suspiro mientras comienzo a subir. Ahora toca poner al día a mamá con las anécdotas de la jornada, al menos, así siento que todavía queda algo por lo que sonreír y, por supuesto, eso es lo que quiero transmitirle a ella.

2

Ethan

El viaje ha sido tedioso, aburrido, deprimente, el peor que he hecho en toda mi vida. Da igual las comodidades que pudiese tener durante el vuelo, no me agrada el motivo de mi salida, por lo que el trayecto tampoco. Sin embargo, es simple: las circunstancias me obligan a esta mierda. He de poner tierra y tiempo de por medio. Distanciarme de todo y de todos, y, aunque me joda mucho, mi padre tiene razón: en Grindelwald encontraré eso. Además, hace ya cinco años, en concreto, desde que mi madre falleció, que no veo a mis abuelos. ¡De vergüenza, lo sé! Aunque tampoco me quita el sueño, ¿a quién quiero engañar? Tenía mi vida hecha, cuadrada, perfecta... hasta que todo se torció.

Mientras miro por la ventanilla del taxi que me ha recogido en el aeropuerto, recuerdo la conversación que mantuvimos antes de venir. Tanto mi padre como mis cinco hermanos estuvieron presentes, y sí, sé que están en lo cierto, que es lo más acertado, pero me molesta tener que ser yo quien se aleje de su mundo cuando soy la víctima de todo este asunto, pese a que el resto entienda lo contrario y me traten de un modo tan injusto y traicionero.

Me aprieto el puente de la nariz a la vez que cierro los ojos con fuerza.

Soy consciente de que cargaré con esta cruz toda mi vida, me guste o no. Lo asuma o no. Lo demuestre o no. Tengo claro que ese suceso ha marcado un antes y un después en mi vida, y que será un estigma que me acompañará siempre. El motivo por el que se me señalará cada puto día mientras yo sigo rezando para que se les olvide y vuelvan a mirarme del mismo modo que lo hacían antes. Pero...

Eso es imposible.

Lo sé yo y lo saben todos.

Abro los ojos y miro por la ventanilla cuando siento que el coche se detiene. Tengo ante mí la casa de mis abuelos, esa a la que tanto me gustaba venir de pequeño con mamá. Me bajo y saco las dos maletas que he traído conmigo, pues no necesito mucha ropa para estar aquí, ya que mis trajes, camisas y complementos que uso a diario no son muy aptos para este ambiente de montaña. Pago al señor tan poco amable y nada parlanchín que me ha acompañado durante más de una hora de camino.

Antes de dar un solo paso, levanto la mirada y contemplo la enorme montaña que preside este lugar. Siento cómo su imponente presencia me abofetea, trayéndome de vuelta a la puta realidad.

Suspiro para armarme de valor y llamar a la puerta, pues estoy plantado aquí delante y parece que voy a criar raíces. El taxi arranca y se va. Y yo, sabiendo que no tengo más opción, doy con los nudillos en la puerta. Ese sonido hace más real que este es mi futuro, por más que me pese.

Mis abuelos me abren de inmediato. Estaban pendiente de la hora de mi llegada, ya que los he avisado cuando aterrizó el avión. Se ven deseosos de tenerme en su hogar después de tanto tiempo.

Como es obvio, también opinan que me vendrá bien estar aquí, alejado de los focos de la prensa, de los escándalos y, ¿por qué no?, de todo lo que implica y supone ser yo. Pese a lo que puedan pensar, me atrae saber qué es eso. ¡Quiero recordar qué se siente siendo solo yo! Aquí nadie me conoce. Aquí no soy Ethan Blackwood, el modelo, la cara que aparece en cada puto sitio. Aquí, en Grindelwald, solo seré Ethan, el nieto de los Keller.

Ahora que lo pienso: ¡menudo panorama!



El timbre de la puerta suena.

Suena.

Suena...

—¡Joder! ¡¿Es que la gente no duerme en este puto sitio?! —maldigo malhumorado.

Me dormí muy tarde anoche. Llegué cuando ya la oscuridad se cernía sobre este pueblucho enano, tan alejado de la civilización, en el que parece que ni la contaminación, que inunda todo el planeta, ha llegado aquí. Mis abuelos, emocionados, no pararon de hacerme carantoñas como si fuese un bebé. No me dejaron irme a la cama hasta que saciaron toda o gran parte de su curiosidad con lo ocurrido. Eso sí, no me juzgaron, aunque solo les conté lo que me interesaba y lo que ya sabían, claro está.

Creo que les apetece tenerme aquí y yo... no sé si puedo decir lo mismo.

En este momento, el cansancio, el enfado por no descansar bien, la frustración y mil sentimientos más que no logro manejar, porque me son totalmente desconocidos, me tienen demasiado ocupado para centrarme en entender esa extremada alegría por mi presencia.

La noche ha sido caótica. Cuando entré, casi me da un infarto. El dormitorio, que se supone que será mío mientras dure esta odisea de mierda, es austero, con muebles rústicos, oscuros y viejos, nada que ver con mi ático luminoso y su espaciosa terraza con piscina. Esto es un nido de ratones. Y para más inri, a medianoche comenzó a llover, granizar creo, y el ruido era tan estridente que no me dejaba pegar ojo. Estos techos parecen de plástico o los granizos son de piedra, aún no lo tengo claro.

Me tapo la cabeza con la almohada al escuchar de nuevo el sonido que me ha despertado.

—¡Me cago en la puta madre de quien sea! —grito, destapándome con un movimiento brusco.

Bajo las escaleras de mala leche, dispuesto a mandar a la mierda al que esté dando por culo tan temprano. ¿Quién se levanta a estas horas? Acaba de amanecer... creo.

Entrecierro los ojos cuando llego al salón y la luz del sol mañanero me da de lleno.

—¡Joder! —Esto se siente casi peor que si tuviese de resaca.

Cierro los ojos para evitar el malestar que me ocasiona el tono dorado que se cuela entre las nubes y, al no conocer la casa tan bien como debería, calculo mal la distancia y me doy en la rodilla con el pequeño recibidor que tiene mi abuela en la entrada para colocar las llaves. Las cuales, por cierto, al abrir los ojos, veo que no están.

—¿Adónde carajo han ido?

El timbre vuelve a sonar y yo me cago de nuevo en todo lo que se menea y en toda la ascendencia de quien sea. De donde yo vengo, si llamas y no abren, te piras, no insistes tanto. ¡Joder!

Inspiro fuerte para intentar sosegar el mal humor que tengo, aunque es algo improbable. Resollando más que un búfalo, resoplando y creo que hasta con humo saliéndome de las orejas, abro de una vez y ni parpadeo cuando la puerta impacta con la pared debido a la fuerza con la que la suelto.

Voy a vociferar algo, pero antes de hacerlo, veo delante de mí a una chica joven, con cara de póker, ojos abiertos de par en par y un gorro de lana rosa encasquetado a más no poder. Me observa con horror.

Después de la sorpresa, no muy grata por lo que parece, levanto las cejas a modo de pregunta, pues empiezo a temerme que esta tía es muda o solo quería tocarme los cojones adrede, por lo que no sabe qué hacer al ver que la he descubierto.

De repente, me deja plantado delante de la puerta y retrocede.

La observo.

Sale de nuevo a la calle, levanta la mirada y contempla toda la casa.

—Pues sí, aquí es. No me he equivocado —dice para ella misma, ya que no hay ni un alma fuera, así que debe ser así. O eso, o está como un puto cencerro y habla sola por la calle y toca timbres de casas desconocidas.

La miro con más detalle. La noto desorientada.

Pelo rubio y largo, recogido en una trenza, cuerpo pequeño y menudo, ropa cómoda y ancha, y ese gorro que le cubre toda la cabeza y la frente.

Carraspeo para atraer su atención.

—¿Querías algo además de despertarme? —inquiero, harto de verla divagar sola y mirar una y otra la entrada de la casa.

—Venía a ver a Eli —contesta, lo que me da la pista de que muy enajenada no estaba, porque me ha oído perfectamente y a la primera—. ¿No está?

Al hablar, me mira con fijación y hay algo en su modo de hacerlo...

—Eli... ¿Eli? Ahh... Eli...

«Joder, menuda contestación de mierda, Ethan».

Creo que es la primera vez que me quedo así.

Y lo peor es que ha sido por sus ojos. Tengo la impresión de estar viéndome reflejados en ellos. No me había percatado hasta ahora. Me ha mirado y, de repente, lo he sentido. Son de un color verde oliva. Nada peculiar o llamativo. Es la intensidad que transmite... o eso creo. Al menos, esa es la sensación que me ha embargado.

—Mi abuela —añado, tras unos segundos en silencio, mirando sus ojos, sin parpadear.

«Pero ¿qué mierda estoy haciendo? ¡Reacciona!», me digo dándome una colleja mental.

Juro que en estos momentos pienso que soy idiota y, además, debo parecérselo a ella.

Y ¿qué me importa eso?

Me digo que esto es fruto del sueño y el cambio horario, y que en unos días volveré a ser yo. Seguro.

—Venía a darle las gracias por la comida de ayer y a devolverle esto —me indica, alargando una de sus manos y poniendo frente a mí un táper.

Vuelvo a parpadear y soy consciente de la situación tan estúpida que estamos viviendo, al menos, yo lo hago. Me pregunto si ella también será consciente de eso.

—Gracias.

Ella me sonrío cuando estiro el brazo para tomar la fiambarrera. Sigo pensando por qué demonios no soy capaz de dejar de mirarla, además de parecer medio tonto.

—Adiós.

Es lo último, o lo único, que escucho antes de darme cuenta de que se ha dado media vuelta y está cruzando la calle.

¿Quién coño es?

Cierro la puerta con mucho mejor humor que cuando la había abierto y, a la vez, la misma extraña sensación, una de insatisfacción.

Me apoyo sobre la madera y es entonces, al mirar hacia mis pies descalzos, cuando me percató de algo.

—¿En serio?! —exclamo, al ver que la chica de los ojos oliva ha hecho que me empalme con solo una sonrisa.

3

Ethan

Tres años antes.

—¡Alegra esa cara, capullo! —me dice Nathan—. No es para tanto. Solo serán cinco días.

—Eso dímelo cuando lleves dos días ahí con la única compañía de...

—De verdad, Ethan, creo que naciste con cara de...

—Callaos ya, parecéis dos críos —nos riñe Damian al pasar por nuestro lado.

—Eso lo dirás por él, ¿verdad? —replica Nathan, sonriendo burlón mientras comienza a caminar hacia el puerto, siguiendo la estela que marca Damian y su prepotente andar.

Nathan y Damian se enzarzan en una semipelea cómica de puños, en la que todos sabemos quién ganará, aunque sea de broma. El mayor de los Blackwood es competitivo a más no poder, no tolera perder y adora el boxeo, tanto, que incluso se planteó competir de manera profesional, pero el trabajo de abogado en la empresa de papaíto está mucho mejor remunerado y, claro, su queridísima prometida gasta más de lo que debería, por lo que desechó la fugaz idea de trabajar duro y ganar poco.

Nathan, por el contrario, es todo paz y armonía. Cree en el universo y las teorías existenciales más paranoicas que te puedan venir a la cabeza. Aun así, es un tío imponente debido a su altura y a sus rasgos duros. Los que le conocemos sabemos que todo es pura fachada.

Hemos venido a pasar unos días con unos conocidos de papá, gente de negocios y dinero. ¿Qué otra cosa se puede esperar de Adam Blackwood?

En este viaje nos faltan Julian, Gabriel y Alex, los cuales se han quedado en Nueva York atendiendo los negocios. O eso dicen ellos. Son los tres hermanos de en medio. Se llevan de puta madre y hacen una piña difícil de romper.

En realidad, todos somos una piña.

«La familia Blackwood siempre permanece unida, pase lo que pase», ese es el lema que llevamos escuchando desde pequeños y el que rige nuestro día a día.

Papá es la raíz de todos nosotros, quien nos sustenta y nos alimenta. Es el pastor del rebaño y no permite que no se descarríe ni una sola de sus ovejas.

Damian es el mayor, la corona de la piña. Esa que adorna todo, que llama la atención, que atrae porque le da porte, pero que, al final, todos cortan pues no es agradable para nadie. Así es él, seco, serio y antipático, aun así, mi hermano. El que carga con todas las responsabilidades. El que se cree que es una extensión de mi padre, ya que es lo que le han inculcado desde siempre. A pesar de eso y de lo que pensemos nosotros, ese porte regio y prepotente pone mucho a las tías. Todas, y cuando digo todas quiero decir TODAS, sin excepción, se vuelven a mirarlo cuando él pasa. Para su desgracia, Damian solo tiene ojos para su dulce prometida, Etienne, una francesa que conoció hace más de diez años en París, con la que dice que se va a casar, aunque nunca lo hace. Después, va Julian, que es agradable a ratos, es... ¿cómo podría decir? Ah, sí. De simpatía selectiva. Si estás dentro de sus gustos, estupendo; pero si no es así, créeme, no querrás tenerlo de enemigo. Es muy protector con todos, en especial, con los tres pequeños. Es implacable cuando se lo propone, sea en el terreno que sea. Gabriel y Alex son mellizos, pero lo único que han compartido en su vida ha sido el útero de su madre, la cual fue la misma que la de Julian,

pero no la de Damian ni la mía. Y, por último, está Nathan. Él es fruto de una aventura de papá, una que tuve con una chica de pueblo, un alma libre, como su hijo.

Sí, ahí donde lo vemos, papá es todo un donjuán. O eso, o no lo soporta nadie y sus esposas lo dejan en cuanto se cansan de él. De la única que no se divorció fue de mi madre, quizá, porque ella falleció antes de poder hacerlo. Eso nunca lo sabremos.

En fin, que somos una familia colorida, con sus más y sus menos, pero unidos. Siempre unidos. Todos somos una parte de la piña Blackwood, tan solo debemos conocer qué parte de la piña ocupa cada uno. Y ese es mi problema, que siento que no encajo con el resto. Para empezar, tengo mucha diferencia de edad con mis hermanos y, en segundo lugar, todos se dedican a los negocios de papá, son carne de oficinas y yo... quiero ser libre, vivir bajo mis propias normas, no seguir el camino trazado, pero tampoco sentir que estoy defraudándolos con mi elección. Por eso, acabo de ingresar en una escuela de modelos, de las mejores del país, ya que si tengo que continuar con el legado empresarial, al menos, que no sea en una oficina.

Salgo corriendo cuando veo que papá ya está saludando a sus amigos en la cubierta del yate. Damian y Nate van subiendo también, y yo me he quedado atrás, observando el paisaje y absorbo en el característico olor del mar y pensando en idioteces.

—Van a ser unas vacaciones de puuuutaaa madreeee —me digo a mí mismo, al ver que solo hay personas mayores, todos con pinta de ser más estirados que un chicle y donde el que menos, me saca siete años.

—Venga, seguro que no es tan malo.

Doy un respingo al escuchar la voz de una joven. Miro rápido hacia mi izquierda y la veo. Debe ser más o menos de mi edad, aunque no puedo saberlo con exactitud, pues tiene el rostro medio cubierto con unas enormes gafas de sol y lleva el pelo castaño suelto, que revolotea con la brisa sobre su cara. Lo que sí veo es que me está sonriendo ampliamente. Mis ojos se desplazan poco a poco por ella, concretamente, por su cuerpo. Luce la parte de arriba de un trikini, demasiado tapado para mi gusto, aun así, se intuye una buena delantera. La parte de abajo va cubierta por un pareo de flores de colores, que tapan hasta medio muslo sus estilogas piernas.

—Yo...

—Soy Adelaine. Encantada —me saluda—. Su hija —añade, señalando con la barbilla hacia el barco. Después, echa a andar hacia allí como si nada.

Tras parpadear un par de veces, la sigo despacio.

—La cosa mejora —me digo susurrando, a la vez que miro el contoneo de sus caderas. Doy una última carrera y me coloco a su lado—. Ethan. —Al oírme, ella se detiene y me mira con atención. Una sonrisa se dibuja de nuevo en su cara, mientras que la mía no ha desaparecido—. Ethan Blackwood.

4

Ethan

Cada puto día es igual en este sitio. Amanece, turistas van y vienen, el atardecer cae demasiado pronto y, en menos de lo que canta un gallo, vuelve a ser de noche. Odio la monotonía, odio este lugar y odio tener que verme obligado a alejarme de mi vida. Me la había currado muy bien, tenía lo que quería.

Hace tres días que decidí adaptarme al horario, porque, de lo contrario, me pasaría parte de mi estancia tumbado en la cama. Me miré al espejo y no me reconocí. Barba de varios días, ojeras por la falta de sueño por las noches y me duelen las piernas de no moverme. En definitiva, necesito hacer deporte o perderé mi físico, y no estoy dispuesto a eso. Cuando vuelva a las pasarelas, quiero hacerlo por la puerta grande, como tendría que haber sido.

Amargado, ya que no hay otra palabra que me defina, decido joder un poco a esos que tengo por hermanos. Los cabrones solo me han escrito una vez y llevo más de una semana en este sitio. Calculo las horas de diferencia y sé que, con probabilidad, alguno puede que me conteste. Es domingo, aunque allí aún están de sábado noche. Quizá, estén de fiesta o, con suerte para ellos, ¡ follando! ¡Qué envidia les tengo!

—¡Que se jodan! —me digo mientras tomo el teléfono—. A ver si así les corto el rollo.

Ethan: Panda de mamones, ¿alguno despierto?

Nathan: La vida es muy corta para pasarla durmiendo, Ethan. ¿Qué tal todo por el pueblo de Heidy?

Ethan: Muy gracioso, capullo.

Damian: ¿En serio? ¿No tienes reloj o se te ha olvidado cómo se restaba? Son las dos de la madrugada.

Ethan: ¡Vaya! El alma de la fiesta...

Damian: No, para eso ya estás tú, jodiendo al resto. De verdad, Ethan, algunos madrugamos.

Nathan: Mañana es domingo.

Damian: ¿Y?

Nathan: La vida es demasiado corta para morir madrugando, Damian.

Julian: ¡Cabrones! Tengo entre manos algo que es más agradable que vuestra conversación de mierda.

Nathan: El universo un día te pondrá en tu lugar. Ya sabes a qué me refiero.

Ethan: Nathan, conexión directa con el universo. ¿En qué puedo ayudarle?

Nathan: Reíos lo que queráis, pero... todo pasa por algo. Incluso lo tuyo. Nunca dudes de los planes que el universo nos tiene preparados.

Ethan: Pues si ha tenido algo que ver con esto, disculpa que te lo diga, pero el universo entonces es un pedazo de cabrón.

Nathan: Cuidado con que lo dices, hermano. ¿Quién sabe? Quizá, tienes que ir más allá, ver qué te ofrece ese lugar y... ¡Busca, Ethan!

Ethan: No soy un puto caniche.

Julian: Ya te lo digo yo, Nathan: le ofrece un frío de cojones y estar lejos de nosotros, mientras que... mejor no lo digo.

Ethan: Eso, mejor no lo digas, no quiero saber nada de nada. Me da igual. Pero ¿tú no estabas ocupado?

Damian: No, no te da igual. Ya te lo dije: deja pasar el tiempo, que las aguas se calmen y cuando vuelvas, con pruebas en la mano, te ayudaré. Mientras tanto, disfruta de la nieve y de tus abuelos. Buenas noches.

Nathan: Después el conspirativo soy yo. Oye, Damian.

Ethan: Creo que ha vuelto a hacer lo que estaba haciendo, es decir, dormir y pasar de nosotros.

Nathan: Mañana hablaré con él...

Alex: ¿Me he perdido algo?

Ethan: ¿En serio estáis todos despiertos?

Gabriel: ¿Cómo son las suizas?

Ethan: Con faldas de cuadros y trenzas en el pelo.

Julian: ¿De verdad?

Ethan: No, idiota. Son normales. Estoy en Europa no en Marte.

Justo cuando termino de escribir eso, la veo salir de su casa. Hace como diez minutos que estoy pegado a la ventana y hasta ahora, que la he visto, no he llegado a la conclusión de que esperaba este momento. Cada día es igual. Ella sale apenas está amaneciendo y vuelve cuando atardece, incluso, de noche en algunas ocasiones. Pasa el día fuera. También sé que dentro de una hora, llega una mujer y permanece en la casa todo el día, hasta que ella vuelve.

Ava, así me dijo mi abuela que se llamaba. Es la vecina de enfrente.

La veo caminando y la voy siguiendo con la mirada, aunque lo hago de manera involuntaria. Para mi desgracia, mi abuelo no es tan despiestado como me gustaría. Se coloca detrás de mí y me pone la mano en el hombro.

—Es guapa, ¿eh?

Doy un respingo al sentirlo.

«Mierda, me ha pillado. Como si fuese un adolescente salido».

—¿A dónde va?

Intento cambiar el tema de conversación, ya que no tengo claro si quiero compartir con mi abuelo mi percepción sobre la belleza de la vecina del gorro rosa.

—¿A dónde va quién? —pregunta mi abuela, intentando ver por encima de mi hombro.

—La hija de Edine —contesta mi abuelo por mí.

La abuela, al saciar su curiosidad, deja de intentar asomarse. Sigue a lo suyo y comienza a preparar el desayuno. Mientras lo hace, parlotea sin parar. Y yo, que no me despego de la ventana ni pierdo de vista su silueta, capto parte de la conversación.

—A la pista de esquí. La pobre...

—Todos los días igual. No descansa.

—Y el tipo ese, el dueño, es un explotador. Según me contó Malena, ha intentado propasarse en alguna ocasión...

—¿Qué has dicho? —inquiero.

¿Quién se propasa con quién?

Mi abuelo se adelanta a contestar, pero, a pesar de que le replica a mi abuela, es a mí a quien mira.

—No hagas caso de eso, solo son rumores. Ava es muy lista y no dejaría a nadie propasarse con ella.

—Creo que me he perdido —comunico.

Mis abuelos sonrían a la vez. A ellos les hace gracia, porque no saben que lo estoy diciendo en serio. No me han despiestado los nombres o situaciones, es que me ha llegado la información a medias, ya que estaba distraído siguiendo el camino que recorría la vecinita.

—Anda, ven a desayunar, que hasta que no comes, esa cabecita tuya no se centra.



—Buenas tardes —nos saluda mi abuelo—. ¿De dónde venís?

Se sorprende al vernos llegar juntos. No es lo normal que salgamos los dos juntos. Por norma, lo único que hago durante el día, una vez que desayuno, es tumbarme en la cama a recrearme en mis mierdas mientras miro las redes sociales de todos los que antes formaban parte de mi vida, es decir, amargándome un poco más la existencia. Llevo tres días intentando cambiar algo en mis hábitos sin saber cómo hacerlo y hoy se ha dado la oportunidad perfecta para ello.

—Tenía que comprar unas cosas y, como tú no estabas, le he dicho a Ethan que me acompañase. Mis brazos ya no aguantan cargar con las bolsas y él está bien fuerte —le explica mi abuela, sonriendo orgullosa y palpándome los bíceps, aunque estoy seguro de que es innecesaria tanta información—. Y tú, ¿has estado con los chicos?

Mi abuelo se queda en silencio a la vez que se acerca hasta nosotros y me quita alguna que otra bolsa de las manos. Ambos empiezan a charlar y guardarlo todo. De repente, me siento un intruso entre ellos. Se llevan de maravilla, están coordinados de un modo que asusta. Van colocando a la vez que parlotean y me doy cuenta, en ese preciso instante, que jamás he vivido un momento más familiar que este. En nuestra casa, los empleados se encargaban de la compra, la comida... y, curiosamente, me sorprende ver que esta escena me está haciendo sonreír.

—Ethan —escucho.

Miro hacia el lugar del que proviene la voz de mi abuela.

—Dime.

—¿Puedes ir a abrir la puerta, por favor? —me pregunta, mientras ellos siguen poniendo en su lugar los productos que hemos adquirido.

Asiento y voy hacia la entrada. No he escuchado que llamasen, pero como sé que es bastante normal que me abstraiga de la realidad cuando mi mente se pierde en mis cosas, pues no lo pongo en duda y voy.

Al abrir, me la encuentro de frente.

—Ho... Hola... —dice, aunque suena como a pregunta.

—Hola.

—¿Está... ? —Echa un vistazo hacia dentro, como si buscase a alguien que la rescatase del ogro.

—¡Ava, preciosa! ¡Pasa! —grita mi abuela desde el pasillo.

Me hago a un lado y le cedo el paso. Ella, cautelosa, avanza un poco, entra y se coloca a mi lado. El olor que desprende me deja atontado. No lo distingo con claridad. Ni siquiera sé si es perfume. Es algo... no sé... ¿abrumador? No entiendo mucho de sensaciones olfativas, pero he trabajado en el mundo de los aromas, por lo que no puedo ignorar determinados olores. Y, además, me ponen mucho. Me gusta cómo huele una mujer bien rociada. Puedo parecer un poco fetiche por eso, aunque me importa más bien poco. Es algo que no puedo evitar, al igual que me atraen los labios femeninos y si están maquillados de rosa y brillan, aún más. Me recuerdan a otros labios.

Carraspeo y me muevo inquieto al percatarme de que le estoy mirando la boca a Ava mientras ella está hablando con mis abuelos.

No me he enterado de una mierda de lo que dicen.

Parezco un monigote. Un monigote incómodo, que no quita la vista de sus labios, pensando

en qué podrá hacer con ellos, a la vez que aspiro su extraño y atrayente olor, el cual sigo sin identificar. Me hace sentir...

¡Joder!

Y, aunque quiero desaparecer ahora mismo de aquí, no puedo hacerlo, a pesar de que el tirón que siento bajo los pantalones me está poniendo sobre aviso e indicándome que lo mejor será que busque una excusa y me largue por patas.

Es la segunda vez que la veo y la segunda que me provoca una erección.

Quiero pensar que no me sienta bien estar sin sexo y que por eso me *altero* enseguida. Sin embargo, he estado seis meses sin necesitarlo. También es verdad que durante ese tiempo no vi a ninguna mujer que no fuese parte de mi familia y, por supuesto, mi situación no era nada agradable como para andar pensando en meterla en caliente.

Así que... ¿qué cojones tiene la vecinita que me pone tanto?

Ava

¡Tierra, trágame!

¿Cómo he llegado a esta situación?

Solo quería devolverle a Eli todo lo que me había dejado en casa ayer por la tarde, porque, si no fuese por ella, cenaría un sándwich cada noche, ya que de lo último que tengo ganas cuando llego de trabajar es de cocinar. Eli es como mi madre, bueno, como mi abuela. Mamá y su hija eran muy amigas según me contó una vez. Ambas se separaron cuando Judith se marchó a estudiar fuera. Ella ya se quedó por no sé dónde trabajando y perdieron algo de contacto. Luego, encontró pareja, se mudó a Estados Unidos y... no sé mucho más, salvo que falleció hace unos años. Pese a ello, Eli y Thomas nunca perdieron el contacto con mi madre. De hecho, ellos fueron quienes la avisaron de que la casa en la que vivimos ahora se vendía y estaba en mejores condiciones que el pequeñísimo apartamento que teníamos en Interlaken.

En fin, que no sé de qué modo me ha hecho el lío. Aquí estoy, ayudándola con la cena que vamos a degustar los cuatro juntos. ¡Dios! ¿Cómo se me ocurre aceptar? Es que... es que... es... ¡su nieto! La primera vez que lo vi me quedé en *shock*. No acostumbro a tratar con tipos como él, salvo algún turista que otro, pero esos ni me miran. Los tíos guapos a ese nivel no existen, solo salen en las revistas... o eso creo, no me sobra tiempo para ver la televisión y, mucho menos, ojear publicaciones que no sean las que coloco en los *stands* de mi trabajo para que el resto se deleite con ellas. Es que es... ¡madre mía! Está como un queso el niño, porque eso sí, estoy segura de que llega a la mayoría de edad por los pelos, vaya... segurísima. Esa cara no puede ser de alguien que pasa la veintena. Es un yogurín.

El caso es que las dos veces que lo he visto me he quedado sin saber cómo reaccionar. Qué rostro, qué ojos, qué cuerpo... A veces se me olvida que, además de hija y hermana, soy mujer. Y esos labios... qué decir de esa boca y esa sonrisa perfecta de dientes blancos.

«¿Por qué me pones la tentación tan cerca y tan lejos?», pregunto en bucle dentro de mi cabeza a nadie en concreto y a todos en general.

Antes lo he pillado mirándome, o eso me pareció mientras lo repasaba, de refilón y como si la cosa no fuera conmigo, por supuesto. Disimulo o lo intento al menos, no quiero que se dé cuenta de que lo observo, aunque pienso que a cualquiera en mi lugar le costaría quitarle el ojo de encima. Y no me considero muy diferente del resto, ¿no?...

«¡Me miraba la boca! ¿A mí? Nooo, seguro que estoy equivocada», me digo mientras corto los cuadraditos de pan para mojar en la *fondue*.

Hace un rato que el susodicho se ha ido. Ethan, me ha dicho Eli cuando me lo ha presentado oficialmente y me ha dado la mano para saludarme. Diría que hasta me sudaba. Y si me detengo a pensarlo, él tampoco parecía muy cómodo.

«¿Me lo habré imaginado... lo de mis labios quiero decir?». —¿Puedo ayudar en algo?

La voz de Ethan me llega por detrás. Doy un respingo cuando lo siento respirar muy cerca de mi oído. ¿De dónde ha salido? Aún estoy intentando deducir a dónde se fue y por qué parecía tanta prisa por salir; tan solo me quedó claro que, tras el breve saludo, salió más que rápido sin decir nada a nadie.

—Mmm... —gime. Y a mí se me eriza todo al escucharlo. Mi mente desconecta de lo que estaba pensando y se centra en el escalofrío que me recorre al oírlo—. Me encanta...

«¿Le encanta? ¿Qué le encanta?».

Me interrumpo a mitad del proceso de cortar el pan y me paralizó. Supongo que se ha dado cuenta, porque se calla. De repente, una mano me pasa por encima del hombro, algo normal puesto que con su altura es fácil rebasar mi escaso metro y medio. Contengo la respiración y él sigue a lo suyo: atrapa un trozo de pan de los que hay esparcidos por la encimera y lo moja en la fuente de queso. Mientras tanto, yo estoy más tensa que un pavo en Navidad. Siento su aliento pegado en mi codo y también un nudo en el estómago que no sé a qué se debe... o sí, pero prefiero hacerme la tonta. No puedo permitirme distracciones, mi tiempo está más que ocupado con mis obligaciones.

—Deja de meter la mano donde no debes, Ethan —lo regaña Eli.

Lo escucho reír detrás de mí y me envaró un poco más.

Está hablando de la comida, ¿verdad?

—¡Qué bien te ha sentado la vuelta a la manzana, muchacho! —añade Thomas—. Te veo de muuuy buen humor.

Él sigue en silencio, imagino que degustando la comida, y yo... yo... sigo calladita e intentando pasar desapercibida para que nadie se dé cuenta de la incomodidad que siento con semejante espécimen-pegado a mi espalda.

—Ya era hora, la verdad —dice Eli, girándose hacia nosotros—. Ava, preciosa, vas a tener que venir a cenar a casa todos los días. Parece que a mi chico le gusta tu compañía.

Lo escucho atragantarse.

Normal.

Si yo tuviese algo en la boca...

«Borra, borra esa imagen, Ava. Bórrala a la de ya», me ordeno, sin querer volverme hacia ninguno y clavando la mirada en la encimera, en el cuchillo que he dejado sobre ella y planteándome salir corriendo de aquí. Nunca había tenido tantas ganas de huir de la casa de los Keller. ¡Qué vergüenza!

—Abuela... —la reprende Ethan en tono humorístico—, creí que estabas cansada de mi cara de...

—Sí, cariño, me encanta verte así —lo interrumpe ella, colocándose a nuestro lado y dándole un abrazo.

Suspiro despacio para que no se me escuche.

—Si me disculpáis, voy... voy... ¿al baño?

«¿Por qué preguntas, Ava? Parezco medio lela, de verdad. Menuda idiota...».

Me doy un golpe mental y salgo por patas de la cocina. Necesito alejarme un poco de Ethan, de su olor, de su presencia y hasta de su voz.

—Respira, Ava, respira —me digo, una vez a salvo en el baño. Y ahora es cuando me explayo y comienzo con mi diatriba, esa que mantengo conmigo misma cada vez que me pongo nerviosa—. ¿Por qué le has dicho que sí? ¿Acaso no sabes que sociabilizar no es lo tuyo? Dios, mira qué es guapo el condenado. ¿De verdad existen tíos así? Fijo que es un mujeriego... Tiene que serlo. No puede tener ese aspecto y no ligar con toda la que se le ponga por delante. Quizá es gay. Puede ser. Ya se sabe lo que dicen: los tíos guapos, o tienen pareja o son gays. ¿De qué hablas, Ava? Que el chico no te ha dicho nada. Son ilusiones tuyas... ¡Y un cuerno ilusiones! En el cogote, ahí lo tenía...

Un golpe en la puerta me hace callarme de repente.

—Ava, pregunta mi abuela que si te encuentras bien.

Su voz, esa voz... quiero quitármela de la cabeza, sé que soñaré con ella esta noche. Ese tono ronco... ¿por qué?

—¿Es que no tiene defectos...? Todos tenemos defectos. Y... ¿por qué me planteo todo esto? ¡Loca! Sí, definitivamente, estoy loca —susurro para mí misma, en vez de contestarle.

—¿Ava? —repite.

—Sí, sí, ya salgo. Me he mareado un poco —contesto, y me arrepiento de inmediato de lo que he dicho.

—¿Mareada? ¿Estás bien? ¿Entro?

¿¡QUÉ?!

—Noooo... ya voy —le aseguro—. Empezad sin mí, salgo en dos minutos.

No sé si ha sonado, pero, al menos, ha servido para que se marche. Escucho los pasos de Ethan alejándose.

Respiro hondo, me preparo mentalmente para salir y... el pitido de mi móvil me alerta de un mensaje de Mia. Lo miro antes de volver y *enfrentarme* a la presencia de semejante espécimen durante el tiempo que dure la cena.

Mia: ¿Qué tal está todo hoy?

Ava: Bien, como siempre. Está dormida. Ya sabes, el tratamiento.

Mia: Hoy has salido antes del trabajo, ¿no?

Ava: Tengo una ayudante. Debo enseñarla, pero con suerte haré turnos en vez de estar todo el día.

Mia: O, quizá, os quiere a las dos todo el día, al menos, en temporada alta. Búscate otro empleo.

Ava: Lo sé. Lo haré... algún día.

Mia: Te noto rara, poco habladora. ¿Suced algo? ¿De verdad mamá está bien? ¿Estáis en casa? Ava, dime lo que sea.

Ava: Sí, sí. Estoy con los Keller, que me han invitado a cenar... ¿Conocías a su nieto? Debe ser de tu edad, creo.

Mia: No, la verdad es que no sabía que tenían un nieto. ¿Y está bueno? Lo digo porque... ¡voy en Navidad!

Ava: Qué alegría me das. Tengo muchas ganas de verte, pitufa.

Mia: Oye, contesta... ¿está bueno o es un coco?

Ava: Está muuuuy buenooooo.

6

Ethan

Después del mal rato que he pasado cuando mi abuela me ha presentado a Ava, debido a la erección tan inoportuna que he tenido, he salido pitando de la casa sin decirle nada a nadie, como si la chica tuviese la peste o algo parecido. Ya sé que la culpa no es suya, que es mía, porque me moría de ganas de darle tres besos (qué buena costumbre tienen estos suizos, al menos, en casos como este), pero tras inclinarme hacia ella, mi raciocinio hizo acto de presencia y rectifiqué. No la conozco de nada, saludarla de ese modo sería, cuanto menos, maleducado. Además, tal cual estaba una parte muy específica de mi anatomía, ¿quién sabe? Fijo que me hubiese rozado... sin querer, por supuesto. Así que me decanté por el saludo más formal y típico en estos casos: la mano. Aun así, creo que se la sostuve más tiempo del necesario. O no. No lo sé, tan solo recuerdo el tirón bajo mis pantalones y cómo mi mente buscaba una excusa para salir de allí de inmediato y no volver, al menos, hasta que volviese a ser yo sin protuberancias incómodas.

Como no hallé ninguna, porque la sangre no me estaba llegando al cerebro, simplemente, me fui. Sin decir nada. Desconozco cuál fue la reacción de las mujeres, lo que sí sé es que mi abuelo salió a buscarme. Tan solo le dije que estaba sofocado y necesitaba un poco de aire. Si se percató de mi *estado* o no, lo ignoro, tan solo asintió y volvió a la casa, algo que le agradecí en mi interior.

El frío de cojones que hace aquí fuera consigue que mi libido baje lo suficiente para que no sea visible. Como a cada paso que doy la imagen de esa boquita fina y rosada me viene a la imaginación y consigue que la cosa a emerger de nuevo, busco el modo de evadirme de la realidad. Lo mejor para ignorar lo que pasa a tu alrededor es hablar con alguien. Y como estoy solo, decido enviar un mensaje al grupo de mis hermanos. A veces me pregunto por qué les pido consejo si sé de antemano que nada bueno puede salir de la mente de un Blackwood cuando de empalmes se refiere. Mis hermanos piensan con las pelotas, todos excepto Damian, que, aunque lo hace, su cerebro es más fuerte y consigue dominar sus instintos más primitivos.

Ethan: Capullos, tengo un problema.

Nathan: La vida es demasiado bella para pensar en problemas, hermanito.

Damian: Nathan, deja de esnifar flores raras que te hacen delirar. Esto es importante. ¿En qué lío te has metido?

Nathan: Yo no huelo flores raras... ni no raras.

Ethan: Mirad.

Les envió una foto de mi prominencia bajo los pantalones, ya que ha vuelto a aparecer al pensar en Ava mientras ellos discutían por las flores.

Ethan: ¿Qué hago con esto?

Damian: Esa conversación la tuvimos cuando tenías trece años. ¿Quieres repetirla o qué?

Julian: Juujuujuuu... Muchacho, eso tiene fácil solución. ¿Dónde está la musa que te inspira?

Gabriel: Si ya decía yo que las trenzas y las faldas de cuadros tenían su puntito.

Ethan: Idos a la mierda, cabrones. La culpable es la vecina. Y no sé por qué.

Alex: ¿Que no sabes por qué? Pues porque te pone, así de simple. Sé que eres el pequeño, pero... voy a tener que darle la razón a Damian.

Ethan: Me refiero a que no sé cómo terminar con esto. No la conozco, solo la he visto dos veces y las dos han terminado igual.

Nathan: Con igual te refieres a...

Julian: Empalmado?? Jooodeerrr. Estás mal, Ethan. O bien, según se mire. Envía una foto.

Julian: De la chica, por favor. No de tus partes nobles...

Gabriel: Buena aclaración.

Alex: Sí, porque parece que la nieve le está helando las neuronas.

Julian: No podemos decir lo mismo de las pelotas.

Damian: Chicos, tengo otras cosas que hacer. La solución es sencilla, Ethan.

Ethan: Ah, ¿sí? Qué fácil lo veis todo.

Julian: Cata a la muchacha. No creo que te cueste mucho con esa cara tan odiosa que Dios te ha dado. Tú ponle ojitos, que ella ya te pone lo que te tiene que poner. Ah, y quiero foto.

Nathan: Coincido. Ya sabes lo que siempre digo.

Alex: Sí, todos lo sabemos, Nathan. Tranquilo. Todos hemos padecido tus mantras.

Ethan: ¿Creéis...?

Damian: Oh, por favor, Ethan. No eres un crío. ¿Quieres tirártela?, hazlo. Eso sí, con consentimiento, que no quiero más líos de los que sacarte.

Ethan: ¡Capullo! ¿Sabes que?

Damian: No, no quiero saberlo. Déjalo. Creo que todos los Blackwood opinamos con unanimidad respecto a tu elevado problemilla.

Julian: Eso. Y la foto que no se te olvide.

Si es que no sé por qué les pregunto. Todos son igual en el fondo. Una panda de... Sonríó y desecho la idea que me ha venido a la mente, porque sé que tienen razón.

Al final, la charla con mis hermanos consigue su propósito, que me aclare un poco, que mi cerebro vuelva a tomar el control y, por supuesto, que tome una decisión. Nunca he sido tan indeciso en lo que a mujeres se refiere.

Cuando por fin me considero de nuevo el dueño y señor de mi cuerpo, vuelvo.

Ya lo tengo decidido. Como diría papá: «Cuando un Blackwood se propone algo, nada ni nadie se interpone en su camino». Así que... ¡allá voy!



Miro de reojo a mi abuela y la veo sonreír mientras salimos. Ha insistido en que acompañase a Ava a su casa, porque, literalmente, «la chica no puede con todo. Sé un caballero, Ethan». Mi abuelo casi se atraganta con el agua cuando la ha escuchado y es que... Hace años que no la veo, pero no ha cambiado nada, sigue siendo tan cotilla y metomentodo como lo era antes, además, esa curvatura pícaro que tiene dibujada solo puede significar una cosa: casamentera.

Hay que decir que yo tampoco he puesto objeción. Quiero sacarme las ganas de Ava y eso solo lo conseguiré estando a solas con ella. Quizá Nathan tenga razón y todo pasa por algo, incluso la estancia obligada en este pueblucho abandonado de la civilización.

—No es necesario, ¿eh? —me dice Ava, echando un vistazo hacia atrás, hacia la puerta,

donde mis abuelos sonríen mientras nos miran—. Vivo justo ahí, solo es cruzar la calle.

Parece apurada, puede que no tanto como cuando aparecí tras ella para degustar un poco de la *fondue*. Tan solo quise comprobar si mi cercanía la perturbaba al igual que a mí la suya. Necesitaba saberlo para actuar en consonancia. Y, por suerte para mí, así fue. No tenía muchas dudas al respecto, ni tampoco al cien por cien seguro. No soy un gurú del amor, pero sí sé distinguir cuando una mujer se altera con mi presencia. Y Ava lo hace. Pese a que suene prepotente, no es la primera vez que me ocurre, por ello, ahora puedo verlo con claridad.

Después del incidente del baño, la cena transcurrió bien, bastante bien diría yo, excepto porque cada vez que mis ojos se topaban con los suyos y, sobre todo, con su boca, mi polla se ponía juguetona. Los meses de sequía que llevo empiezan a pasarme factura y seguiré así mientras no la meta en caliente, a ser posible, preferiría que fuese con Ava, a ver si descubro ya qué es lo que me pone tanto de esta mujer.

—No me cuesta trabajo. No pesa —le contesto, subiendo y bajando las bolsas. Después, me doy un coscorrón mental, porque... En fin, por lo visto me vuelvo algo idiota cuando tengo que conversar con ella. No me sentía así desde... No sé, mínimo desde el instituto, antes de ingresar en la Escuela de Modelos, donde desarrollé bastante mi autoestima.

—Gracias.

Ava termina de cruzar y se detiene frente a la puerta. Me sonrío y yo vuelvo a sentir que algo dentro de mí se enciende. Le correspondo al gesto y, en el acto, mira hacia otro lado, esquivándome nerviosa.

«Sí, vamos bien», me digo.

—Te acompaño —me ofrezco y, aunque parece algo reacia, al final, accede—. ¿Vives sola? —pregunto, cuando, tras ir a la cocina, no me cruzo con nadie.

Niega con la cabeza. Saca las cosas de las bolsas y empieza a meterlas en la nevera.

—Vivo con mi madre —me explica justo después—. No sé qué haría sin Eli, de verdad. No sabes la suerte que tienes.

Cierra el frigorífico, avanza un par de pasos hacia la encimera y se apoya en ella. Yo, que estoy justo enfrente, trago saliva al ver el brillo que desprenden sus ojos, uno que no sé cómo interpretar, pero que, al igual que la primera vez que la vi parada frente a mi puerta, con cara de no saber bien qué estaba haciendo, me remueve y transmite sensaciones, en este caso, indescifrables para mí.

Sin pensarlo demasiado, doy unos cuantos pasos y me coloco delante de ella.

—Lo sé —aseguro.

—No sabía que tuviese un nieto.

Desplaza la mirada hacia todas partes. La veo algo incómoda con mi presencia y espero que sea por el mismo motivo por el que yo comienzo a inquietarme. El deseo, en ocasiones como esta, es frustrante.

—Hace tiempo que no venía a verlos. Pero... empiezo a pensar que ha sido la decisión más acertada, visto lo visto.

Alargo el brazo y le quito el gorro rosa, que sigue en su cabeza a pesar de que ya estamos en la casa. Durante la cena no lo tenía y pude ver y fantasear con esa melena rubia a mi alrededor. De verdad, estoy enfermo, pero no dejo de imaginármela con cada cosa que veo que hace o que luce.

Al darse cuenta de lo que estoy haciendo, mueve el brazo para, supongo, arrebatarme la prenda. Lo que no sabe es que yo esperaba con ganas ese movimiento, de manera que aprovecho para elevarlo un poco más y que no lo alcance, así consigo que en su furor por recuperarlo se

acerque a mi cuerpo.

Y lo hace.

Vaya si lo hace.

Sus pechos casi rozan mi torso.

«Si me acerco un poco más...quizá...».

Nos quedamos a escasos centímetros, me inclino un poco, algo apenas perceptible. Y sí, sus tetas se pegan a mí. ¡Qué bien se siente!

Sin embargo, cuando Ava baja la mirada y se percata de la poca distancia, o más bien debería de decir del roce, se queda quieta y sin saber qué hacer. Retrocede un paso y se topa con la encimera, mientras que yo bajo la mano y coloco el gorro sobre la misma, de manera que consigo dejarla atrapada entre mis brazos. Esta vez no la toco, pese a que me encantaría volver a hacerlo.

Por el momento, solo estoy tanteando hasta dónde me deja llegar.

Ella no me aparta, aunque está un poco tirante, comprometida sobre todo, porque al pegar mi cuerpo al suyo, hay una parte del mío que reacciona, más aún, y Ava lo nota, es imposible no hacerlo.

Abre los ojos y echa un vistazo rápido hacia mi entrepierna. Sube la mirada de inmediato al escucharme reír.

—Oh, noo, noo... noooo —dice, escapando por debajo de mis brazos.

Yo me río de nuevo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Su expresión es demasiado cómica y su actuación me hace gracia. Ni que fuese la primera vez que ve algo así.

—Oh, noooo... Eso no es... No, no lo es —la escucho que empieza a hablar, mientras me señala, se señala y mueve las manos sin sentido—. Pues claro que lo es, Ava. ¿No lo estás viendo? Oh, ¡cállate! —espeta.

Y ahora sí me preocupo.

¿Con quién carajo está hablando?

—¿Me lo dices a mí?

—Dios, esto no me está pasando a mí. Noo... Yo... Yo... Por favor, tápate eso. —Hago amago de hacerlo con las manos—. No, mejor no te tapes. ¿Pero qué dices, so loca? Es que no lo ves...

La miro discutiendo consigo misma y no sé si reírme o salir corriendo. Es la primera vez que una mujer reacciona de este modo conmigo y, por supuesto, la primera vez que veo este tipo de discusión.

—Ava —la corto, acercándome a ella y agarrándole las manos para que se esté quieta—. Mírame —le ordeno. Y me sorprende cuando lo hace—. Ya está. No pasa nada, ¿de acuerdo? Si estás incómoda, me voy. Tranquila.

La veo asentir y, de repente, negar.

Esta chica está un poco ida. ¿Todo esto por un simple roce?

«Más bien porque te has empalmado con ese simple roce, chaval», me replico.

¿Y a mí por qué me hace tanta gracia esta situación? Debería estar huyendo despavorido de semejante demente. En cambio, me encanta la idea de permanecer aquí y ver qué sucede a continuación.

Nos quedamos en silencio manteniéndonos la mirada. La veo tragar saliva y, acto seguido, se humedece los labios.

Ahora soy yo quien está incómodo, aunque por un motivo muy diferente.

—No eres consciente de lo que viene a mi mente cuando haces eso —le digo, pasando el dedo

índice por donde ella acaba de pasar su lengua.

Ava abre los ojos de par en par y niega.

No me huye, eso ya es algo. Y tampoco se pone a discutir con su *amiga* imaginaria.

Decido ir algo más allá y bajo un poco el rostro. Me muero por deleitarme con esos labios húmedos.

Ella no hace nada, permanece quieta y... ¿a la espera?

Me agacho algo más y...

Siento la piel cálida, húmeda y mullida de su boca. Un roce mínimo que no satisface mis ganas, al contrario, las acrecienta.

Un pitido estridente suena desde alguna parte y Ava da un salto. Se aparta de mí.

—¡Mamá!

Sale corriendo de la cocina hacia las escaleras, dejándome con el deseo insatisfecho de devorarle la boca y saborearla, sin hablar del dolor de huevos que, presupongo, va a convertirse en mi único acompañante esta noche.

Ethan

Dos años antes.

Después de la cena con toda la familia, tan solo Nathan y Damian se han marchado de vuelta a sus respectivos hogares. Se les echa de menos, es cierto, a pesar del carácter tan dispar y caótico que ambos tienen con relación al resto. Sin embargo, no digo nada. Lo comprendo. Cada uno es como es. El primero odia los sitios cerrados, dice que ya pasa suficientes horas del día metido en la oficina y manteniendo la compostura, como para estarlo por gusto y capricho. En serio, no sé de quien ha heredado ese estilo y alma de bohemio que tiene y que tanto crispa los nervios del cabeza de familia. Damian, simplemente, es Damian. Con sus más y sus menos. Su carácter seco y respetuoso. Sus pocas ganas de vivir la vida, de disfrutar. Aun así, cuando no está, lo echamos en falta. En esta ocasión, no son sus pocas ganas de fiesta lo que lo ha alejado de nosotros, es su preciosa damisela, la que decía que ya había pasado demasiado tiempo rodeada de Blackwood y quería marcharse a su *insignificante chalet*. Entiéndase la ironía. El resto de mis hermanos, junto a algunos amigos, están aquí, conmigo, celebrando mi primer contrato con una marca de las grandes. Para ser lo primero que me ofrecen, es el plato fuerte del menú.

—Eres un niño con suerte —me dice Julian, acercándose a mí y pasándome el brazo por los hombros.

Sonrío prepotente a la vez que doy un sorbo de mi vaso. Estoy que no quepo en mí y eso se nota, porque es tanta la dicha que siento que no deja de reflejarse en cada gesto que hago.

—Lo sé —contesto

—No te lo creas tanto. Lo dice por eso, capullo —me replica Alex, colocándose a nuestro lado.

Miro hacia donde me está señalando con la barbilla y enfoco un poco más allá del reservado en el que estamos. Concretamente, a la zona vip que hay enfrente. Allí veo una melena casi rubia que me observa con descaro.

—Menudo pibón... ¿quién es? —pregunta Gabriel, uniéndose a nosotros.

—Pues la que le va a hacer compañía al pequeño Blackwood —responde Alex con sorna—. ¿O no ves que se lo come con los ojos?

—Pues yo me la comería con la boca, sin duda... —añade Julian.

—Pero... ¡podrías ser su abuelo! —lo pincha Alex, porque, aunque la diferencia de edad entre ambos no es tan grande, es algo que siempre le preocupa a la hora de fijarse en las mujeres.

Decido no hacerles caso e ir hacia donde se encuentra la chica. Ellos no lo saben, pero ya nos conocemos. Por eso me mira.

Camino con decisión hasta allí y me planto frente a ella.

—Qué sorpresa, Adelaine.

Le muestro una amplia sonrisa, la cual va acompañada de una mirada por todo su cuerpo. La recordaba menos mujer. Ha cambiado mucho en un año. Está más exuberante, el nuevo color de pelo resalta el de sus ojos y el minivestido que luce... ¡Guau, eso sí que le favorece!



Siento la lengua de Adelaine jugueteando con la mía, mientras intento abrir la puerta de la habitación de hotel. Una vez que lo consigo, avanzamos a trompicones y sin separarnos. Ella gime sobre mis labios y yo me caliento un poco más. La encaramo sobre mí de un movimiento y me rodea con sus piernas, haciendo que el vestido se le enrolle. Caminamos así hasta llegar a la cama, donde nos dejamos caer con ímpetu.

Continúo besándola y deslizo la mano por su muslo, mientras que ella se arquea en respuesta. Voy subiendo poco a poco. Me alejo de su boca para observarla. Me gusta mirar cuando toco a una mujer. Me vuelve loco verlas excitadas.

Mis manos llegan hasta esa insignificante prenda que separa esa piel caliente de la mía y, en vez de retirarla, bajo el rostro y me coloco a su altura. La miro de nuevo. Adelaine no parece dispuesta a esperar más. Me río de placer cuando empuja mi cabeza hacia abajo. Eso es lo que quiere. Me pone que seas tan directa y sin reparos al hacerlo. Echo hacia un lado el encaje negro y empiezo a saborearla.



—¿Acaso estás loco, Ethan?!

Los gritos de mi padre al irrumpir en mi cuarto me retumban de un modo inhumano.

—Joder, papá. Tengo resaca —le digo, echándome la almohada sobre la cabeza.

—Estará en un lío si alguien se entera —añade.

¿De qué cojones está hablando?

Saco el rostro un poco y lo miro.

¡¿Cómo no?! Viene con don Damian el perfecto.

Bufo.

Si el mayor de los Blackwood lo acompaña, la cosa pinta mal.

—¿Qué lío...? ¿Qué dices...?

—Adelaine Stone —responde mi hermano.

Al escuchar su nombre, me incorporo de golpe. ¿Qué mierda...?

—¿Me espiáis o qué? —inquiero enfadado.

¿Cómo sabe que estuve con ella anoche?

—Julian te hizo una foto comiéndole la boca en medio de la pista y la envió al grupo, imbécil.

—¡Irresponsable! —añade mi padre.

—Solo es Julian y sus inoportunas... ¡¿Qué hay de malo?! ¿Acaso te piensas que sigo siendo virgen o qué?

—No es solo Julian o tus hermanos. Te vio todo el mundo, Ethan. —Papá está exasperado y no entiendo el motivo.

Resoplo, agobiado con tanto ruido innecesario.

—¿Me explicas, por favor, y sin gritos, a ser posible, dónde carajo está el problema? —pregunto, deseando que diga lo que tenga que decir y me dejen dormir hasta, al menos, mediodía.

¡Es domingo, por el amor de Dios! Y, además, domingo de resaca.

—Por suerte, no eres tan conocido como para salir en la prensa —continúa Damian, como si

no me hubiese escuchado. Él a lo suyo, ¡claro que sí! Total, ¿qué hay mejor que tocarle los huevos a tu hermano pequeño un domingo a las nueve de la mañana?—. Ella es otro cantar, sobre todo, porque se supone que tiene pareja y no una cualquiera, es el hijo de un magnate árabe.

Las palabras de Damian me dan de lleno, me espabilan de golpe y, por supuesto, me dejan de piedra.

¿Pareja?

¿Magnate?

¡Qué hostia! Ahora sí creo que la he liado, pero bien.

—Yo no sabía... No pensaba que...

—Ese es tu problema, Ethan, que solo piensas con... —Damian se calla, supongo que por respeto a papá, ya que él eso del lenguaje soez no es algo que tolere demasiado bien. Para su desgracia, ninguno de sus hijos ha seguido su ejemplo—. Con lo único que no deberías de hacerlo —termina.

—Estás en un lío, muchacho —concluye papá, resoplando despacio, aunque no calmado—. No sé qué hacer contigo, Ethan. Los Al-Fahd no se andan con rodeos y esto se tomará como una falta de respeto y una ofensa para ellos.

—A ver, a ver... —Me incorporo e intento sonar lo más calmado y, por supuesto, lucido que me es posible—. Yo no hice nada. Quien tiene pareja es ella. ¿Qué voy a saber de su vida si la última vez que la vi estaba soltera?

—No, no lo estaba.

—¿Ah, no?

—Ese no es el tema —corta Damian—. Prepárate, porque si alguien la ha reconocido o se va de la lengua, dile adiós a tu contrato. Dior no quiere escándalos y no dudará en largarte si empiezas dando qué hablar antes de subirte a una pasarela.

Papá bufa como un toro y sale del dormitorio. Lo veo irse y me tiro hacia atrás de nuevo. Suspiro.

—No me jodas, Damian.

—No te jodas tú a quien no debes.

Ethan

Hace cuatro días que no veo a Ava, cuatro días desde que casi disipo mis dudas sobre qué produce ese magnetismo que me atrae y...

«Cuenta bien, Ethan, cuenta».

¡Mentira! Solo han pasado tres, lo que sucede es que se me están haciendo eternos. Al día siguiente de nuestro frustrado intento, me *crucé* con ella. Llegaba de trabajar o eso creo por lo que he escuchado decir a mis abuelos. Estaba esperando ese momento. No lo niego. ¡Incluso me puse impaciente! ¡Increíble pero cierto!

Cuando la vi de lejos, pillé la basura y, sin avisar a nadie para que no sospechasen, salí a tirarla. Me *tropecé* por casualidad, al menos, eso quería que pensase. La saludé e intenté empezar una conversación, sin embargo, la noté incómoda. Le pregunté si todo iba bien y me excusé, diciéndole que la noche anterior me había marchado de su casa al ver que no bajaba. Tan solo me sonrió de manera tímida y, posiblemente, por compromiso. Tras el escueto gesto me aseguró que todo seguía igual que siempre y que no me preocupase. Su respuesta no me dejó muy satisfecho y, mucho menos, tranquilo. Me hice la nota mental de intentar sonsacarle algo sobre la madre de Ava a mi abuela, pero sé que es demasiado lista como para que no se percate de mis intenciones, así que sigo esperando el momento adecuado para hacerlo. Después, antes de que pudiese insistir sobre el tema o preguntar algo más, me agradeció el interés e hizo el intento de avanzar.

Como era evidente, no me aparté. De repente, nos encontramos frente a frente y en silencio. Me quedé mirándola y, aunque quise, no supe qué decir. Me jode mucho comportarme de ese modo cuando la tengo cerca. Nunca he dudado cuando me ha interesado una mujer, al menos, desde que perdí la virginidad. Pero no quiero ir directo al grano, como haría con otras y eso es lo que me descoloca tanto. Ava... No sé, tiene algo que me cohibe y me hace frenar en vez de acelerar, que es lo de verdad quiero, y no pienso parar hasta averiguar qué hay en ella que me trastoca tanto los sentidos.

El caso es que, a pesar de que quería acercarme, en todos y en cada uno de los significados del verbo, me tuve que apartar, dejarle paso y, como un idiota, observarla mientras entraba en la casa sin tan siquiera echarme una mirada de reojo como despedida.

Después de aquel día... ¡Nada! No he vuelto a saber de ella. Por eso, sigo mirando por la ventana cada mañana y cada noche, con la oculta esperanza de verla aparecer y poder... no sé, poder hacer algo, lo que sea, lo que surja. Me da igual, tan solo busco el instante oportuno, pero desconozco qué le ha sucedido para que no siga la rutina que parecía tener.

«Parezco un puto demente, acosador», me digo a la vez que miro más allá del visillo que cubre el cristal.

—¿Qué haces, cariño? —me pregunta mi abuela, sorprendiéndome con las manos en la masa.

—Eh... —dudo. Si le digo la verdad, lo mismo me da un beso y se alegra, que me pega con la escoba por degenerado, con Elizabeth Keller nunca se sabe—. Nada, parece que va a llover hoy —contesto, sin apartar los ojos de la acera de enfrente.

—¿En serio? —cuestiona preocupada.

—¿Por qué te preocupa? Pensé que era lo normal aquí, el sol no asoma ni pagándole.

Me gano una colleja, aunque una que destila algo de amor. Me río y mi abuela se contagia.

—Me encanta ver cómo te estás haciendo a esto —comenta mi abuelo desde algún lugar por detrás de nosotros—. Por lo menos, ya no tienes esa cara de amargado con la que llegaste.

Me giro hacia él y, justo cuando voy a replicarle, lo veo parado en la puerta, cargado con dos enormes bolsas que parecen llenas de herramientas. ¿Qué hace?

—Espera, te ayudo —me ofrezco mientras acorto la distancia.

Al cogerlas, me doy cuenta de que pesan demasiado para él. Este hombre parece no darse cuenta de que ya tiene una edad para estar cargando peso de esta forma tan tonta e innecesaria.

Miro el interior y me sorprendo al ver la cantidad de cachivaches que hay, de los cuales, la mayoría para ser exactos, no conozco ni los nombres.

—¿Para qué es esto?

—Deberías ir ya —le dice mi abuela, acercándose a nosotros e ignorando mi pregunta—. El cielo está muy encapotado. No creo que tarde mucho en llegar la lluvia. Te diría, incluso, que es más que probable que esta noche haya temporal.

—Ir... ¿a dónde?

Mi abuela se acerca a los fogones y se pone a preparar un poco de leche caliente, la vuelca en una taza y la coloca en la mesa a la par que mi abuelo se sienta para tomársela casi de un trago.

—Voy a reparar el tejado de la cocina a Ava. Tiene goteras y la muy testaruda no da su brazo a torcer. No puede pagar a alguien que se lo arregle y, aunque me he ofrecido varias veces, siempre me da largas. Es demasiado apurada y cree que ya nos debe suficiente.

—Es una buena chica —añade mi abuela.

Juraría que me está mirando mientras lo dice, al menos, siento sus ojos en mí, a pesar de que estoy simulando estar un poco distraído con lo que hay dentro de las bolsas.

—Y ayer me encontré con Malena y me comentó que cada vez está peor...

Desconecto por completo de lo que dice. Solo hay dos partes que me interesan y ya las he escuchado: Ava y casa.

—Voy contigo —me ofrezco, aún a sabiendas de que no tengo ni puta idea de bricolaje ni soy nada parecido a un manitas.

—¿Tú?! —Me mira extrañado.

—Claro —secunda mi abuela—. El niño se aburre, Tom, así aprende cosas útiles, porque mucha educación en colegios de renombre y ¡míralo!

—¡Eh! —interrumpo—. ¡Estoy aquí, ¿sabes?!

—No le hagas caso, Ethan. Anoche habló con tu padre y discutieron, como siempre —me aclara el abuelo. Antes de que pueda decir algo o, peor, algo que defienda a mi padre, me mira y añade—: Está bien. Me harán falta un par de brazos fuertes que lleven las bolsas.

—De mulo de carga, ¡fantástico! —exclamo sarcástico.

—Eso sí —continúa, mirándome de arriba abajo—. Quítate esa ropa de muñeco que siempre llevas y ponte algo más... No sé, algo menos... tú.

—¿Menos yo?

Mi abuela me observa y especifica:

—Pijo, algo menos pijo, Ethan. La ropa de marca no está hecha para arreglar tejados.

Empiezo a reír al ver cómo me señala la vestimenta con cara de circunstancia y asiento. ¡Qué remedio!

No me hace especial entusiasmo hacer lo que se supone que vayamos a hacer en casa de Ava. Lo cierto es que preferiría poder ir a verla sin ningún tipo de excusa, salvo la de retomar por dónde lo dejamos la otra noche y, por supuesto, que sea ella quien me quite la ropa de... pijo. No obstante, como eso no parece que vaya a pasar así, tendré que ser yo quien lo propicie.



Llevo todo el día en casa de Ava. Todo el puto día. ¡Y no hay rastro de la vecinita del gorro rosa! ¡¿Por qué?!

Estoy muy frustrado. Nada me sale como quiero. Esto es una auténtica mierda.

Se supone que he estado arreglando un techo, que aún no me he enterado por qué se llovía ni qué carajo le hemos hecho para que deje de hacerlo. Solo sé que parezco mi abuelo con esta camisa de cuadros de leñador que me ha dejado, porque mi atuendo era «demasiado fino para la tarea», palabras textuales del señor Keller. Tampoco quiero decirle que con esta mierda de ropa lo único que voy a conseguir es que Ava salga corriendo, espantada, y, encima, la puta camisa pica como si estuviese hecha de ortigas.

De hecho, no sé cómo explicarle a mi abuelo que me la suda la ropa, si es de marca, pija o como quiera catalogarla, y el tejado, ¡igual! ¡Yo le pago a quien sea que necesite para que se lo repare! Esta situación es una condena. Y, sin embargo, soy consciente de que volvería a hacerlo si tuviese la posibilidad de verla. Sí, todo este circo lo he montado solo por eso, porque lo que me quita el sueño es encontrar el momento de sacarme las ganas de empotrarla contra la pared, hacer que se olvide hasta de su nombre y repetirlo las veces que sean necesarias hasta que solo piense en mí cuando cierre los ojos. Ava me tiene cachondo todo el día y soy incapaz de sacármela de la cabeza, ni a ella ni a su boca húmeda antes de poder besarla.

Ava

Pero mira que soy tonta. Yo pensaba, o más bien creía, que tener una ayudante me facilitaría el trabajo y resulta que me ponen a una chica que recién acaba de cumplir la mayoría de edad y que no sabe ni cómo se aguanta en pie. ¡Indignante! Necesito a alguien con experiencia en el sector, que tenga soltura y que agilice el asunto, no que haga lo contrario y me esté preguntando cada dos minutos. Por eso, al ver el panorama que me esperaba, al día siguiente de su incorporación, le indiqué que hasta el próximo viernes entraríamos con una hora de adelanto para poder enseñarle lo básico, así estará preparada para la semana que viene, que es cuando se espera la primera gran afluencia de turistas, pues comienza la temporada alta de esquí. Y para colmo de males, Anise, que así se llama la muchacha, se marcha a la hora de comer y ¡ya no vuelve! Me quedo sola, igual que antes, cuando la tarde es bastante más movida que la mañana. De verdad que no entiendo para qué me sirve que esté aquí.

La jornada ha sido agotadora. Muchos pedidos nuevos que colocar y la gente que no paraba de entrar y salir. Por eso, se me ha hecho tarde. Voy deprimida, a marchas forzadas: no puedo perder el último tren, como me pasó ayer. No entra en mis planes gastar más de lo necesario por tener que volver en taxi y, menos aún, escuchar a Malena en plan madre reprendiéndome una vez más por dejar el coche en casa y verme obligada a tirar el dinero de esa manera. ¡Bastante enfadada me encuentro ya!

Tan enfrascada estoy recogiendo, que no me doy cuenta de que ha empezado a nevar hasta que miro hacia fuera, tras escuchar el característico tintineo de las campanitas de la puerta al abrirse.

—Y ahora... ¡nieve! ¡Fantástico! —murmuro antes de girarme hacia quien ha entrado.

Me sorprende que alguien acceda a la tienda a estas horas, ya que hay un cartel que pone bien claro «CERRADO». Me giro para informar a quien sea de ese ínfimo pero importante detalle, al menos, para mí y me sorprende al encontrarme a Edward, mi supervisor y el hijo del dueño.

—Ho-hola —lo saludo, turbada de verlo por aquí. Sus visitas fuera de horario nunca traen nada bueno.

Edward avanza despacio hasta donde me encuentro y, al llegar junto a mí, se agacha y toma del suelo una postal que se ha debido caer sin que me diese cuenta de la pila de cosas que debo ir colocando. Me la tiende antes de hablar.

—Gracias —digo, tomándola despacio—. ¿Sucede algo?

—No, no pasa nada. Solo quería ver qué tal andaba todo antes de que comenzase la temporada, si los pedidos han llegado correctamente... —responde.

—Pues... bien, como siempre.

No sé por qué, pero su *excusa* para venir no me convence. Estoy segura de que hay algo más. Las cajas llegaron a última hora del día de ayer, ¿hasta ahora no viene a asegurarse?

—Necesitaría que te quedases hoy y mañana haciendo inventario.

Paro de pensar y de conjeturar de inmediato, y lo miro atónita. Ya me temía yo que había algo más que no me había dicho.

No puede estar hablando en serio.

—¿Y los chicos? ¿No pueden venir? —cuestiono molesta, aunque intentando no parecerlo.

Hace tres años que trabajo aquí y siempre se ha encargado de hacer eso una empresa externa—. Sabes que me es imposible quedarme después del cierre. Tengo a mi madre, no puedo dejarla sola. Y eso me llevará horas, más de dos noches seguro. ¡Estoy sola para esto! —indico, señalando toda la tienda—. Y... y... ¿qué harás con esto de día? Es imposible trabajar la noche y también...

—Anise se encargará.

—Pero...

—Son órdenes de arriba, Ava. El hotel no quiere invertir pasta para contratar a personal extra para unos simples inventarios. Solo serán dos o tres noches como mucho.

¿Simples? Echo un vistazo a mi alrededor y veo lo que hay que contabilizar. Luego me desvío hacia la pila de cajas que tengo a mi lado y pienso en las que quedan aún en el almacén.

—No puedo... —Controlo el tono para que no se note el nudo que tengo en la garganta. Me estoy agobiando muchísimo.

—Mira, aún quedan cinco días para el viernes, distribuye el tiempo como quieras. Ven solo a trabajar a partir de las cinco y te quedas después del cierre hasta que aguantes. Tienes libertad para organizarte.

Me quedo en silencio, porque quiero protestar, llorar y patalear. También, gritar y expresar que eso no es justo. Pero soy consciente de que no va a servir de nada. Yo aquí solo soy una empleada, alguien reemplazable. Si acepto y hago lo que me dice, tengo claro que no recibiré una cuantía por ello, ya que sería cambiar mis horas de trabajo por las de inventario y si me quedo, hago el esfuerzo e intento cumplir con lo que me pide, todo el dinero que gane de manera extra será para dárselo a Malena por cuidar a mamá durante ese tiempo. De cualquier modo, no gano nada, salvo perder un descanso que ansío y necesito.

Lo pienso bajo la atenta mirada de Edward.

Finalmente, asiento.

Sé que no puedo hacer nada y no tampoco estoy dispuesta a poner en riesgo mi trabajo. Edward sonrío satisfecho, porque ya tiene lo que quería, y yo agacho la mirada. Siento ganas de llorar, no sé si es por la situación, el cansancio que llevo arrastrando estos días o...

No puedo seguir pensando, ya que mientras hacía planes mentales de cómo podría organizarme, Edward ha dado un par de pasos en mi dirección y se ha puesto frente a mí.

—Mi padre tiene reuniones con los del hotel estos días para el tema de la ampliación de los locales. —Aún no capto qué es lo que quiere decirme—. Me quedaré aquí unos días. Llámame y te llevaré al pueblo. Da igual la hora, Ava.

—Edward, ya sabes que...

Me callo en seco al sentir cómo pasa una de sus manos por mi cuello y me agarra con suavidad. Luego, con la que le queda libre, me aparta el pelo de la cara.

«¡¡¡NO, NO, NO...!!!», grita mi cabeza.

Y a punto estoy de decirlo en voz alta, cuando me veo interrumpida por el tintineo de nuevo.

—Está cerrado —dice Edward, sin moverse ni un ápice.

Quiero replicar, decirle a quien sea que sí, que entre y que lo atenderé encantada. Todo con tal de que me saque de este apuro del que no sé cómo salir. Levanto la mirada y, aunque no llego a verlo, el carraspeo que escucho se me hace inconfundible y eso que solo lo he oído una vez el día que nos conocimos. Y el vuelco que da mi estómago al escucharlo confirma mis sospechas.

—¿Interrumpo? —La voz grave de Ethan hace que cierre los ojos y que le pida a la tierra que me trague una y mil veces.

—No, no —contesto, sacando una seguridad al hablar que no poseo ni por asomo—. Edward

ya se iba.

El aludido se queda callado, quita las manos de mi rostro y se gira para observar al nieto de los Keller; después, vuelve la atención hacia mí.

—Llámame luego —dice, y me guiña un ojo antes de echar a caminar.

Al llegar junto a Ethan, ni lo mira, tan solo lo rebasa, chocando su hombro con el de él, o lo intenta, pues Edward no tiene su altura.

«Sí, trágame tierra».

10

Ethan

—Eli no soporta a su jefe, dice que es un explotador —comenta mi abuelo al oír lo que Malena le cuenta sobre los horarios de mi peculiar vecina.

No tengo muy claro quién es esta mujer y qué hace aquí. Me da apuro preguntar y parecer que me meto en lo que no debo. Supongo que será la chica de la limpieza o yo qué sé, porque es demasiado joven como para ser la madre de Ava, la que por cierto, ¿dónde está? ¿trabajando? Nunca la he visto salir de la casa, pero no quiero parecer cotilla e ir preguntando sin ton ni son.

—Bueno, él no, Thomas. Lo que pasa es que el local está adherido al hotel y dependen en parte de este. Y, claro, eso es otro cantar.

Los miro como si estuviese en un partido de tenis, no me entero de mucho y voy de uno a otro, en silencio y sin nada que aportar. Me gustaría preguntar, aunque no lo hago. Me quedo aquí como un pasmarote, esperando que acaben y rezando para poder quitarme esta puta camisa cuanto antes.

Después de eso, me abstraigo un poco, rascándome con disimulo el cuello. Creo que el roce de la tela áspera va a provocarme una dermatitis aguda.

¡Joder, cómo pica!

Vuelvo a la realidad en un vano intento de olvidarme de la incomodidad que me provoca esta prenda, escucho a Malena hablando de los horarios y de cómo está de agobiada Ava por ese motivo. También, que cada día tiene una hora de viaje, puesto que toma el tren en Kleine Scheidegg y, después al bajarse, se sube un bus que la deja en la estación de Grindelwald, desde donde debe andar hasta su casa, aproximadamente, unos diez o quince minutos, sola y de noche.

—Por la hora que es y no me ha dicho nada todavía, doy por hecho que hoy también volverá tarde—termina.

—Esa cría es una testaruda —añade mi abuelo, meneando la cabeza en señal de desaprobación.

Testaruda, ¿por qué? ¿Me he perdido algo importante? Seguro.

—Al acabar de trabajar siempre me llama para ver qué tal ha ido el día y así vamos hablando hasta que llega a la estación. Sé que es temprano, pero le envié un mensaje hace más de una hora y no ha contestado, de manera que supongo que estará hasta arriba de trabajo.

Ambos siguen a lo suyo mientras que yo maquino qué puedo hacer para ganar algo de tiempo extra con ella y, a ser posible, a solas. Por lo que veo, la vida de Ava está bastante organizada y no parece dispuesta a hacerme un pequeño hueco, por lo que eso implica que tendré que hacérmelo yo.

—Pues debería tener cuidado —dice mi abuelo, y ni reparo en lo qué se refiere, puesto que he desconectado de nuevo—. Ayer robaron en la tienda de la esquina, en la de deportes. Pasa por ahí sola cada día.

—¿Y te has enterado de lo de la esa cría?

—Sí, una lástima. El mundo está cada vez peor. Una panda de desalmados.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, sin saber de qué hablan. Me da en la nariz que no es bueno y que puede afectar a Ava.

—Anoche violaron a una chica de diecisiete años. No se sabe mucho, solo que fueron tres

agresores y ella es la hija de unos ingleses que se hospedan en el Beldevere.

—¡Qué hijos de puta!

Escucho a mi abuelo darme la razón y dice algo de que va a avisar a Ava para ir a recogerla a la estación para que no vuelva sola a casa, por lo que pueda pasar.

—Yo iré —me ofrezco.

—Lo cierto es que él impone más que tú, Thomas —secunda mi idea Malena.

—Eso sería genial, hijo.

—Es más, si me dejas el coche, voy a buscarla al trabajo.

Y después de treinta minutos de conducción por una carretera de montaña, con los copos de nieve que comenzaban a caer y sin tener ni zorra de idea de si Ava estará en su lugar de trabajo o ya habrá salido, estoy aquí por fin.

Dudo a la hora de entrar porque leo un cartel que indica que está cerrado, a pesar de que hay luz en el interior. Me asomo un poco por el escaparate y la veo, aunque con tanto trasto por en medio, apenas la distingo.

Tras unos segundos pensando, abro.

No sé cómo recibirá Ava mi visita, pero lo que sí sé es que jamás me imaginé, dentro de las mil posibilidades que se me habían pasado por la cabeza, era encontrármela en esta situación.

—Está cerrado —oigo que me dice alguien de muy malos modos.

Miro y no me gusta lo que veo.

¿Quién cojones es este tío y qué están haciendo aquí y así?

—¿Interrumpo? —pregunto al ver la escena al abrir la puerta.

Por una milésima de segundo, me siento estúpido y me cago en mi impulsividad, esa que me hizo venir a buscarla en cuanto me enteré de dónde trabajaba, el horario que tenía y que, además, llevaba días entrando antes y saliendo a deshora. «¡Bendita Malena y esa lengua que no calla!», pensé en ese momento. Ahora, creo que comienzo a arrepentirme de lo que he hecho.

Cuando Ava me escucha y, sobre todo, me mira, me percató de que no está cómoda y que se alegra de verme, quizá, incluso más de lo que yo me hubiese imaginado. En un instante, me viene a la mente lo que dijo mi abuela el otro día: «Según me contó Malena, ha intentado propasarse en alguna ocasión...».

¿Será él? De ser así lo que estaba intentado hacer... ¡lo mato! Me contengo, porque no puedo meterme en más líos, aunque las ganas no me faltan.

No le quito la vista de encima hasta que sale de la tienda. Me reta con la mirada, pero no me intimida. ¡Qué más quisiera! Hace mucho que a mí no me intimida nadie. Son cosas que uno aprende cuando se ha estado donde yo lo he hecho.

—¿Estás bien? —cuestiono en cuanto el tipejo cierra la puerta.

Quiero acercarme a ella. Me queman los pies por echar a andar hasta su lado, pero me freno. No sé por qué, pero lo hago.

La veo resbalar por la estantería que tiene a su espalda y se deja de caer, hasta que se sienta en el suelo. Cierra los ojos y, al abrirlos, me encara.

—¿Qué haces aquí, Ethan?

Me siento estúpido. Parado. Quietos. Mirándola y sin hacer nada. ¿Cómo consigue que me comporte así? En otra época de mi vida, habría entrado en la tienda, salvado la distancia que nos separaba y, mientras la subía al mostrador, le devoraría la boca hasta quedarnos secos, sin aliento y con ganas de pasar al siguiente nivel. Y ahora...

«Tal vez no sea el momento de tu vida, sino la persona, el lugar o la situación», me sugiere una voz en mi cabeza. Una que no recuerdo haber tenido nunca, una que me asusta escuchar si es

cierto lo que dice.

Trago saliva y empiezo a andar hacia ella.

—He venido a buscarte, así no se te hace tarde. Malena le ha dicho a mi abuelo que... —me callo, porque me parece que no falta decir más.

Al llegar a su lado, me pongo en cuclillas y la miro. Tiene el mentón apoyado sobre las manos, que reposan encima de sus rodillas flexionadas. Hay un aire ausente en ella cuando me mira, uno que me cala hasta lo más hondo.

Y me temo que, a pesar de que no nos conocemos tanto como me gustaría, sé el motivo de su desazón.

—¿Qué ocurre, Ava? ¿Quién era ese? —Niega de inmediato con la cabeza y aparta la mirada de mí. Juraría que los ojos se le han empañado antes de volver el rostro—. ¿Te ha hecho algo? Puedo partirle la cara si quieres.

—¿Tú? —indica con ironía.

—Sí, yo. ¿Acaso no me crees capaz?

—¿Con esa pinta que tienes...?

—¿Qué pinta? —inquiero molesto. Me interesa saber cómo me ve ella.

—Déjalo, Ethan —dice, levantándose rápida y sacudiéndose el pantalón—. Me queda mucho trabajo, así que...

—¿Aún no has acabado? —pregunto incrédulo, y miro el reloj de mi muñeca. Vuelve a negar—. ¡¿No?! Si ya está cerrado —añado, como si ella no lo supiese.

«Imbécil», me reprendo.

—Edward —señala hacia la puerta para darme a entender que habla del susodicho—, ha venido para «pedirme» que haga inventario por las noches. De manera que tengo que quedarme aquí y...

—¿Toda la noche?

—¿Acaso estás sordo? Sí, TODA y TODAS las noches —inquieta molesta—. Lo siento, estoy pagando contigo algo de lo que no tienes culpa. Si me disculpas.

Y se va. Entra en un cuarto que hay tras el mostrador y cierra la puerta.

Me quedo con cara de idiota mirándola y cuestionándome qué debo hacer ahora.

Finalmente, me acerco hasta donde está encerrada y abro despacio. Ella no se da cuenta de que lo he hecho, porque está enfrascada en una conversación por teléfono.

—Gracias, Malena. Te lo pagaré, te lo juro, de donde sea... —escucho que dice, conteniendo un sollozo—. Explícaselo, ¿de acuerdo? No sé a qué hora volveré, lo más probable es que regrese en el primer tren de la mañana. —Sorbe por la nariz—. Ya sé que no se va a dar cuenta, pero... ¡tú, díselo, por favor! Me siento mejor así.

¡¿Qué carajo pasa?! Esta sensación de que hay algo que no entiendo y que nadie me explica se repite una y otra vez. Y ya empieza a joderme la vida que me dejen de lado de este modo. Me molesta que nadie me explique qué sucede. O, tal vez, lo que ocurre es que yo no he hecho nunca nada por comprender al resto y ahora, que lo intento, no sé cómo se hace. Quizá, desde que he llegado he estado tan centrado en pensar cómo conseguir tirarme a Ava, que he dejado de lado todo lo demás. En definitiva, la tónica de toda mi vida. De repente y por primera vez desde que tengo uso de razón, me percibo como un insensible con todos los que me rodean. Y también, por primera vez en mi vida, me importan y quiero solucionar los problemas de los demás.

—¿Todavía estás aquí? —inquieta Ava, al darse la vuelta, aún con el teléfono en la mano—. Será mejor que te vayas, Ethan.

Sin mirarme, aunque no necesito que lo haga para saber que está llorando, pasa por mi lado.

Al hacerlo, la agarro de la muñeca. Ella se detiene y me mira. De inmediato, pestañea rápido y desvía su atención hacia fuera. Nos quedamos muy cerca uno del otro, casi rozando nuestros cuerpos, como aquella noche en su cocina. Noto el subibaja de su pecho al respirar y cómo este se acelera cuando doy un paso más, viéndose acorralada entre mi cuerpo y el marco de la puerta. Quiero acariciarla, pasear la mano por su rostro y borrarle las lágrimas que lo cubren.

Me contengo, cuento hasta tres y... ¡maldita sea, no puedo! Dejo de pelearme con mi conciencia y le limpio el rastro húmedo que hay sobre sus mejillas. ¡A la mierda todo lo demás!

—¿Qué ocurre, Ava?

Busco sus ojos, que parecen esquivarme sin motivo.

—Nada. Tengo que trabajar —responde y levanta la mirada. Me quedo clavado en ella, ensimismado—. ¿Me sueltas, por favor? Así no puedo.

Observa el punto donde mi mano la sostiene y, sin previo aviso, la eleva de nuevo y me sonrío con ternura. Al contemplar el brillo que ilumina sus ojos al realizar ese simple gesto y, sobre todo, al ser consciente de que me acaba de dar un vuelco cada puto órgano que poseo al verlo, me doy cuenta de que, pese a que no sé qué tiene Ava que me altera los sentidos, quiero descubrirlo a la vez que me aterra hacerlo.

11

Ethan

Hace año y medio.

La miro de nuevo y paso mis manos por su vientre. Me acerco y deslizo la lengua por su cuello. Sé que eso la enciende. Bajo un poco más y ella suspira. Se incorpora, me mira y sonrío de lado. Adelaine se revuelve entre las sábanas y, al levantarse, me deja con ganas de continuar. Se planta frente a mí desnuda. ¡Cómo me pone eso!

—¿A dónde vas? —le pregunto al ver que se da la vuelta y empieza a caminar.

Al oírme, se gira y me mira pícara. Pone cara de traviesa y se lleva un dedo a los labios.

—Compruébalo tú mismo —me responde, privándome de nuevo de la vista de sus pechos.

No importa, le miro el culo. Todo me gusta.

Entra en el cuarto de baño y, al segundo, escucho el agua de la ducha correr. No espero más y me levanto para ir tras ella. No me ha dado tiempo aún de meterme bajo el agua cuando el timbre de la puerta nos interrumpe.

—¿Esperas a alguien? —me pregunta molesta, separándose de mi boca. Niego con la cabeza —. Ignóralo —me dice, agarrándose del brazo y tirando de mí hacia dentro.

—¡Joder! —maldigo mientras vuelve a sonar el pitido—. Voy a matar a quien sea.

Me giro para salir a pesar de que no es lo que me apetece. Antes de hacerlo, la beso otra vez y juego travieso con su lengua. Deslizo ola mano entre sus piernas y, antes de que suelte el gemido que me haga olvidarme de mi decisión de abrir, la saco y me la llevo a la boca.

—Espérame aquí. No tardo.

Me envuelvo la cintura con una toalla y me dirijo hacia la entrada. No sé quién cojones es, pues llevo viviendo aquí una semana y solo mi familia más cercana sabe que me he comprado este ático.

—Ethan —me saluda Damian en cuanto abro, eso sí, no de muy buenas maneras.

Eleva las cejas, sorprendido por mi cara de enfado. Pero ¡¿qué espera?! ¡Me acaba de fastidiar un polvo que apuntaba ser la hostia.

—¿Damian?

—¿Puedo entrar?

Casi le gruño para que se largue y que me deje fornicar tranquilo, sin embargo, al mirarlo bien, me guardo el cabreo para otro momento, porque me da la impresión de que está un poco alterado, algo extraño en él. Me basta verlo aflojarse un poco la corbata para preocuparme por su visita, tanto, que me olvido de la diosa que me aguarda paciente en la ducha.

—Ey, ¿ocurre algo? Pasa —lo invito.

Accede en silencio. Al entrar, echa un vistazo alrededor. Sigo sin entender qué le trae por aquí como tampoco comprendo por qué parece agobiado. Damian no es de los que muestran nada de lo que sienten y, mucho menos, de los que se presentan en los sitios sin avisar, al contrario, todo en él es previsión. Le encanta tener planificado cada puto detalle o imprevisto que pueda aparecer.

—¿Estás solo? —pregunta, observando de nuevo el salón.

—Eh... Sí... y no.

Frunce el ceño y me mira.

—¿Qué clase de respuesta de mierda es esa?

—Pues esa: sí, «aquí» estamos solos. Y no, no estoy solo. Ya me entiendes...

Muevo la cabeza hacia el pasillo que lleva a mi dormitorio.

—Pues dile a quien sea que se largue. Tenemos un problema que resolver y un contrato que firmar.



Aunque me jode, he tenido que decirle a Adelaine que va a tener que macharse. La actitud de Damian me preocupa y molesta a partes iguales. No sé qué clase de problema tendremos, pero seguro que es algo que se puede solucionar, lo que pasa es que mi hermano no está acostumbrado a que las cosas se salgan de los esquemas que él ha establecido. ¡No hay nada tan grave que justifique el dolor de huevos con el que me voy a quedar!

Mientras ella termina de ducharse y vestirse, yo me pongo unos pantalones cómodos y una camiseta. Espero en el salón, sentado en el sofá junto a Damian, que aguarda impaciente a que estemos solos para iniciar la conversación.

Cuando está lista, sale de mi dormitorio.

La acompaño hasta la puerta y ahí, antes de marcharse, me planta un beso, uno en el que me mete la lengua hasta la garganta, sin importarle que Damian nos esté viendo y que me esté calentando del modo que lo hace.

—Me has dejado con las ganas. Llámame luego, bombón —susurra, aún pegada sobre mis labios. Después, baja la mano hasta la cinturilla del pantalón y la mete dentro—. Esto es para que no te olvides de mí.

La beso y maldigo la inoportuna visita de Damian. Lo cierto es que mi mente tiene unos planes mejores que no lo incluyen a él y a su cara de amargado.

Cierro la puerta a regañadientes. Resoplo y me acomodo la polla lo mejor que puedo para que no me moleste tanto la erección. Estoy caliente y tan cachondo como si no hubiese follado dos veces esta noche. Es el efecto que ella tiene sobre mí.

—¿En serio? ¿Acaso eres idiota o qué?! ¿Aquí? ¿De día?! ¡Y yo preocupándome por ti! ¡Eres imbécil, Ethan!

La reprimenda a gritos de mi hermano comienza en el mismo instante en el que el clic de la puerta se escucha. No puedo decir que me sorprenda, sabía lo que pasaría si esto que tengo con ella salía a la luz, por eso nunca se lo conté a nadie. Lo que sí me sorprende es la actitud del mayor de los Blackwood, porque los gritos no suelen formar parte de su manera de hablar.

—Damian, hay una explicación... —intento justificarme con toda la tranquilidad que poseo.

—¡Mis cojones! Julian tenía razón: solo piensas con las pelotas. Y mira que me jode dársela, no sabes cuánto.

—No te pases.

—¿Quéééé?! No te soporto, Ethan. No te das cuenta de nada, lo único que te importa es meterla en caliente. Puedes tirarte a la que te dé la gana, ¿por qué Adelaine? Ella es una de las pocas de las que deberías alejarte.

Me muerdo la lengua y cuento hasta diez antes de mandarlo a la mierda. Sin embargo, eso no funciona. Creo que ni aunque contase hasta cien, me callaría. Estoy hasta los cojones de que todos me digan lo que tengo que hacer.

—¡Porque Adelaine es quien me la pone dura! —exploto—. ¿Qué quieres? Tú tienes una

prometida que es un témpano de hielo, ¡¿qué vas a saber tú de eso?!

Veo cómo los ojos de Damian echan chispas, pero no me replica. Lo sabía, es demasiado correcto para enzarzarse en una discusión de este tipo. Estoy de pie junto a la puerta y él en el sofá. Al ver que he terminado de contraatacar, se levanta y camina hacia mí. Se planta enfrente y, con más fuerza de la necesaria, me pega un par de carpetas negras contra el pecho.

—Tienes razón. ¿Qué voy a saber yo? Tan solo soy el gilipollas que tiene que sacarte de las mierdas en las que te metas.

Agarro los portafolios antes de que caigan al suelo y me quedo de piedra cuando lo veo salir en silencio.

—¡Damian! —grito para atraer su atención antes de que se vaya—. ¡¿Qué se supone que es esto?!

A pesar de que mi hermano me mira, no me contesta. Por el contrario, niega con la cabeza y entra en el ascensor.

Me quedo un buen rato esperando a ver si se arrepiente y regresa, pero eso no sucede. Al final, vuelvo a entrar en casa y, ya repantingado en el sofá, abro el primer archivador. Sonrío al ver el contrato de Armani, leo las fechas y lugares en los que desfilaré. También están anotadas las sesiones de fotos y demás. Hincho el pecho, orgulloso de mí mismo. Nada, absolutamente nada, puede empañar la satisfacción de este momento.

Mi teléfono suena y lo miro de inmediato, pensando que es Adelaine con algún mensaje morbosos. Sonrío antes de abrirlo.

—Mierda —me digo a mí mismo al ver que me he equivocado, es él.

Damian: Necesito el contrato de Armani firmado mañana a primera hora. Déjaselo a mi secretaria. Puedes destruir el resto, hay copias.

¿El resto? ¿Qué resto?

Mis dudas pronto se despejan al ojear la otra carpeta y ver que hay una serie de sobres cerrados. Los abro con cuidado, temiendo lo que puedo encontrar. Justo mientras lo hago, me entra otro mensaje.

Damian: Por favor, toma la decisión correcta por una puta vez en tu vida.

Las manos comienzan a sudarme cuando visualizo las imágenes que guardaban los sobres, unas de Adelaine y más en multitud de situaciones comprometidas, a pesar de que hemos sido muy discretos y no nos hemos dejado ver en lugares públicos.

—Pero ¿qué carajo...?

12

Ethan

La veo deambular, entrar y salir del almacén, anotar en un cuaderno... Y me siento un poco inútil. Ya le he dicho que la ayudo, pero me parece que no está dispuesta a dejarme o, al menos, eso pienso, porque ni me ha contestado. ¡¿Qué cojones?! ¡Ni me ha mirado! Así que aquí estoy, parado en el centro, mimetizándome con la tienda, observándola mientras que va y viene, a punto de convertirme en un tiesto más de los que tiene que contar.

No sé qué hacer, esta sensación es nueva para mí.

—Oye, Ava —empiezo, rompiendo el silencio incómodo que nos rodea—. Me siento un poco... mal, viendo que vas a destajo y yo solo miro... aquí, de pie. En serio, dime en qué puedo ayudarte y lo haré. —Ella levanta la mirada del anotador que tiene delante y... ¿Se acaba de sorprender?—. Te acordabas de mí, ¿verdad?

Cuando salgo de mi asombro, no puedo hacer otra cosa que reírme, ya que... ¿se ha abstraído tanto en el trabajo que se ha olvidado de que yo también estaba en la tienda? No recuerdo que jamás una tía me haya ignorado tanto. Me temo que Ava ha aparecido en mi vida para terminar de hacerme caer de la nube en la que vivo. ¿Cómo es posible?

—¿Aún estás aquí? —pregunta al cabo de unos segundos. La miro y alzo las cejas. Pues sí, se había olvidado de mí. ¡Me cago en la puta! Antes de que pueda contestarle, comienza con sus charlas, esas que mantiene con vete a saber quién en su cabeza—. Obvio. ¿Acaso no lo ves, Ava? El chaval está aquí, claro. No seas tonta y dile que te eche una mano... o dos. ¡Cállate, imbécil!

—Te juro que nunca había conocido a alguien como tú.

Sin embargo, ella no parece oírme y sigue a lo suyo, charlando sola.

—Dios, de verdad, eres más idiota y no naces. ¡Menudo lío hay en el almacén! Estoy agotada y tú pensando en otros menesteres. Si es que hay que ser...

—Por eso digo: que te ayudo —vuelvo a cortar su diálogo.

De repente, se calla y parece que vuelve al mundo real.

—Ethan —me llama y me sonrío con timidez—, pensarás que estoy chalada, pero es que... es una manía que tengo. Fea, manía fea, de hecho. —Se ríe incómoda—. Paso sola todo el día y me he acostumbrado a hablar conmigo misma. No estoy loca, ¿de acuerdo?

Se toca el pelo, nerviosa. Me mira a los ojos y sonrío. Me río al verla tan apurada. No está loca no, al menos, ahora ha dejado de parecerlo. Se encoge de hombros al ver mi reacción.

—Te creo, te creo —aseguro, porque lo último que quiero es que se sienta incómoda a mi lado. Ella frunce una de sus cejas y rompo en carcajadas al observar el gesto. Bufo en respuesta—. Eh, eh, que lo estoy diciendo en serio, ¿va? —Levanto las manos como si me rindiese, en señal de paz, a ver si así capta que no miento—. Hubo una época en la que no tuve mucho contacto con el resto del mundo y ¡lo confieso!: alguna que otra vez también hablé solo.

¿Por qué carajo le cuento eso? ¿Y si me pregunta cuándo fue? O peor ¿dónde estaba para estar lejos de mi gente?

—Gracias.

Así, sin más.

Me deja de piedra y manda al traste todas mis hipótesis y miedos. Ava no pregunta, no interroga. No es como el resto. Y eso me gusta.

Sonríó con más ganas.

—Comprendido el asunto y aclarado, ¿en qué puedo ayudarte?



Casi cinco horas llevamos haciendo recuento de cada puto trasto que hay en la tienda. Jamás me imaginé que este trabajo se hiciese. Alucino. Me doy cuenta de que he estado viviendo en un mundo paralelo, uno de *glamour*, belleza y dinero que nada tienen que ver con el real, ese en el que el resto de la civilización se defiende como puede. Aun así, no me quejo, la compañía no puede ser mejor y el tiempo se me está ha pasado volando.

—Oh, no me fastidies... —la escucho decir mientras meto en el almacén la última caja que hemos vaciado y colocado.

Salgo del cuartucho y la busco con la mirada. Está en la puerta, quieta, delante del cristal que la separa de la calle.

—¿Qué ocurre? —pregunto mientras salvo la distancia y me coloco detrás.

—No para de nevar. Mira. —Me señala con pesar fuera y yo, que me agarro a cada mínimo detalle para poder tocarla, pongo mis manos sobre sus hombros, como si necesitase hacerlo para ver.

Ella no dice nada, pero tampoco se envarra, como llevaba haciendo toda la noche, ya que he aprovechado cada tontería que se presentaba para acariciarla con sutileza, apartarle el cabello de la cara o, simplemente, sostenerla mientras bajaba de las escaleras. Lo que fuera con tal de rozarla. El problema es que cada vez que lo hacía, notaba un vuelco por dentro y un tirón en cierta parte de mi anatomía.

—¿Y? ¿No te gusta la nieve?

—Sí... supongo. No lo sé. —Sin moverse del sitio, se gira y se coloca frente a mí. Mis manos siguen sobre ella. Estamos a tan solo unos centímetros y... Contengo la respiración y las ganas —. Es que es complicado bajar al pueblo con la noche así.

La oigo. Sí, pero no soy capaz de contestar. Estoy tan embobado perdido en sus ojos que mi mente parece no coordinar bien. Me doy cuenta de ello, aun así, no puedo separar mi mirada de la suya. ¿Por qué me perturba tanto? Sin duda alguna, es la primera vez que me gustan y me atraen de este modo los ojos de una chica, por norma, lo primero que captaba mi atención eran sus tetas; luego, sus labios y su culo. Después... ya no había después, porque había conseguido aquello que quería.

Tardo unos segundos en reaccionar a esa sensación extraña que me invade. Y cuando lo hago, me siento confundido.

«Estás jodido, Ethan», me digo. «Sácate las ganas ya y a otra cosa, así no vas bien».

Le quito la mano de su hombro y le acaricio la mejilla con el pulgar.

—Complicado no, es imposible —respondo, viendo el tiempo de fuera por primera vez desde que estoy frente al cristal—. El coche de mi abuelo es casi una antigualla. Ni siquiera sé cómo ha llegado hasta aquí sin perder ninguna pieza por el camino. Nos dejará tirados. Seguro.

Se ríe con mi respuesta y yo la miro mientras tanto.

—Pues... ya que vamos a tener que quedarnos, voy a seguir. Puedes acostarte. No sé, por ahí. Busca algo que te sirva. —Frunzo el ceño al escucharla—. Te agradezco mucho tu ayuda, pero no quiero abusar. Descansa. Este es mi trabajo.

A la vez que habla, se aleja de mí, lo que me provoca una sensación de frío e insatisfacción

que me molesta.

—Ava —La idea más loca que se me podía pasar por la cabeza, hace acto de presencia y...—. Espera, se me ha ocurrido una cosa. —Abro la puerta y salgo.

—¿Ethan?! —escucho que me llama, sin embargo, no le hago caso.

Tengo algo en mente y cuando un Blackwood quiere algo, no hay nada ni nadie que se interponga.



Julian: Entonces... ¿hay tema o no?

Damian: Ethan, cuidado en el jardín que te metes. Nadie sabe dónde estás.

Julian: El jardín... Sí, tú riega el jardín, macho, verás como mañana lo ves todo de otro color.

Ethan: No me ayudáis ninguno, ¿lo sabéis?

Damian: Es lo que intento. No des tu nombre a nadie ni uses tus tarjetas. Aún están las aguas revueltas.

Julian: Damian, a veces me pregunto en qué estarían pensando tus padres el día que te hicieron. ¿Tienes algo bajo ese cuerpo? ¿Sangre, tal vez? Eres una máquina y no en el buen sentido de la palabra, créeme.

Nathan: Ethan, piensa que si el universo te la ha puesto en el camino, por algo será.

Alex: Nathan, deja de fumar cosas raras.

Nathan: Paso de vosotros. No fumo, no esnifo, no tomo... Soy el más sano de todos.

Julian: Ni caso. Al lío, Ethan. No te lo pienses más.

Gabriel: Yo esperaría. Ella tendrá algo que decir, ¿no os parece?

Damian: No sé para qué mierda me preguntas, si luego haces lo que te sale de los cojones. Cuando tengas a la prensa en la puerta, no vengas con lloros, Ethan. Deja de pensar con las hormonas, ya no eres un adolescente.

Nathan: Hombre, adulto tampoco es.

Julian: Ni virgen tampoco. Dejadle echar un polvo tranquilo, panda de mamones.

Nathan: Haz lo que te nazca, así sabrás que no te estás equivocando.

Ethan: No sé ni para qué os pregunto, de verdad.

13

Ava

No me lo creo...

—¿Estás loco? —Ethan me mira como si no entendiese a qué se debe mi incredulidad—. Y... ¿cómo has conseguido? Siempre está hasta los topes. ¿Sin reserva? A ver, se supone que...

Sonríe de lado y me parece prepotente cuando lo hace, sin embargo, también me quedo embobada mientras lo hace. ¿Cómo se puede ser tan condenadamente guapo? ¿Y esos dientes perfectos y tan blancos? ¿Esa sonrisa de anuncio? ¿Ese cuerpo? ¿Cuántas horas le dedica para conservarse a así? Dios, ¿es que no tiene defectos? ¿De dónde ha salido un tío así? Porque si hay algo que tengo seguro, es que no suelen pasar por Grindelwald y, mucho menos, vienen a buscarme a mí.

—Deja de quejarte y entra. Se me van a congelar las pelotas aquí fuera.

—Pues sí, sí que tiene defectos —me contesto yo sola.

—¿Qué? —Arruga el ceño tal y como me escucha hablar.

—Eh... nada. Que estás loco, definitivamente.

Noto su mano en mi espalda, empujándome con suavidad para que entre. Un revoltijo inquieto y placentero me recorre de entera.

«Son los nervios», me intento autoconvencer, necesito hacerlo.

No soy tonta ni ingenua, esto ya lo sentido antes y sí, sé de qué se trata, pese a que intento creer lo contrario.

«Calentura, Ava, eso es lo que es. El tío está para hacerle un favor. O que te lo haga él a ti, que ya ni te acuerdas de cuándo fue la última vez».

—¡Cállate! —me ordeno entre dientes.

Ethan, al oírme, me mira. Después, sonríe y me dice:

—Me encantaría estar en tu cabeza. Debe ser la mar de divertido.

—No te creas. Podrías volverte loco.

—Tal vez, ya lo estoy.

Sus palabras me calan hondo, ya que mi mente se imagina que lo dice por mí. Intento alejar esa idea y abstraerme de esta ecuación surrealista que estoy viviendo y que, hasta podría decir, estoy ansiosa por tener.

—Vamos —me incita de nuevo.

Me dejo guiar y entro.

Trago saliva a la par que cruzo las puertas, porque esto es algo desconocido y no sé cómo actuar. Sonríó por compromiso cuando me veo en el mostrador de la recepción y Marie me mira con picardía al darnos la llave de la habitación. Es lo que tiene trabajar a dos calles de aquí y, para más inri, en una tienda asociada al hotel, ¡me conoce todo Cristo!

—¡Qué vergüenza, madre mía! —expreso justo cuando las puertas del ascensor se abren delante de mis narices. Ethan suelta una carcajada y me impulsa a entrar. Siento de nuevo su mano, aunque ahora está casi en mi trasero. No puedo evadirme de su toque y eso no me deja pensar con claridad, algo que me lleva sucediendo toda la noche—. Seguro que todavía está mirando —añado, en un vano intento de ignorar mis pensamientos y, sobre todo, lo que me origina con su contacto.

A Ethan parece hacerle gracia, ya que se pone a reír con más ganas aún.

Mientras las puertas metálicas se cierran, echo un vistazo de reojo hacia donde está la recepcionista. Sigue observándonos y sonriendo.

—¿Qué ocurre?

—Es que... es que... ella y yo nos conocemos y van a pensar que tú... que tú y yo... ¡tú y yo! ¡Es medianoche! Y... y... ¿para qué van dos personas a un hotel a esta hora? Ay, mamá, ¡qué vergüenza!

Las carcajadas de mi acompañante resuenan entre las cuatro paredes y, al oírlo, no puedo evitar hacer lo mismo. Sí, es cierto, sueno ridícula. Imagino que su cercanía no me deja pensar con claridad ¡o yo qué sé! No me reconozco. Jamás hubiese accedido a esto con nadie, ¿por qué con Ethan sí? ¡Apenas le conozco!

«Pues porque te pone, Ava. Reconócelo de una vez. Te pone mucho».

—Creo que eres la primera persona, mujer, para ser exactos, que se avergüenza de que la vean conmigo —dice, interrumpiendo la voz de mi cabeza y haciéndose el ofendido.

—¡Creído! —le replico riendo, y le doy un golpe en el hombro, o lo intento, porque con mi metro cincuenta a lo máximo que llego es a su bíceps.



Mia: ¿Estás de coña? ¿Y qué haces encerrada en el baño, so tonta?

Ava: Es que... Mia, yo... yo no soy así. Tú sí, pero yo no.

Mia: No me puedo creer que de verdad me estés diciendo eso.

Ava: ¿Y qué quieres? Ethan está ahí fuera y yo aquí. ¡No sé qué hacer! No quiero parecer una fresca.

Mia: Frescas las lechugas, idiota. Lo que serías, en todo caso, es una tía con suerte. ¿En serio está tan bueno?

Ava: Parece sacado de una telenovela.

Mia: ¿Turca? ¿Tipo Can Yaman? ¡Joder!, cómo me pone con esa barba.

Ava: No, más bien tipo Dicaprio en Titanic.

Mia: Mira que eres antigua, Ava. Aunque me sirve, me sirve... Uf, vaya sí me sirve.

Ava: No soy antigua, soy clásica Y Titanic es un películón.

Mia: Lo que tú digas. No voy a discutir de eso contigo cuando tienes a Leo esperando.

Ava: ¿Leo? ¿Quién es Leo?

Mia: ¡Dios! ¡Que no te enteras! ¿De verdad eres así o lo haces para exasperarme? No, no lo digas. Prefiero conservar la fe.

Ava: Está bien, pero...¿qué hago?

Mia: Hermanita, haz lo que yo te diga y ya mañana me darás las gracias. ¿OK?



—Te prometo que te lo pagaré —le aseguro cuando salgo de la ducha y me acerco hasta la cama.

Al oírme, suelta el teléfono a un lado, vuelve el rostro hacia mí y puedo apreciar el cambio que da su expresión al verme. He decidido hacerle caso a la loca, o no tan loca (según se mire), de mi hermana. Ethan me remueve muchas cosas, entre las que destaca el deseo. Mia es de la

opinión de que me deje de tonterías y aproveche el momento. Y, aunque me ha costado tomar la decisión, aquí estoy. De pie, frente a él, envuelta en una toalla sin nada debajo. Me siento totalmente expuesta y desnuda, pero también excitada por la situación y por la que debería de ser su reacción.

—Ah, ¿sí? —pregunta Ethan, sentado en el filo del colchón.

No me quita el ojo de encima mientras habla. Se remueve un poco, parece incómodo. Veo cómo su nuez baja un par de veces y...

Ni dos segundos tarda en levantarse y ponerse de espaldas a mí.

«¿Qué he hecho mal?! Mia, cómo te hayas equivocado con esto, te juro que...».

—Sí —contesto, intentando alejar esos pensamientos de mi cabeza y buscar qué hacer a continuación para salir de este embrollo en el que me he metido yo solita. Esto no está funcionando y me siento una idiota de los pies a la cabeza—. Te voy a matar, Mia —susurro, a pesar de que tan solo quería pensarlo.

—¿Qué has dicho? —me cuestiona, dándose la vuelta.

—He dicho que te pagaré esto. No sé cuánto te ha costado la habitación, pero no quiero que...

—Un leve murmullo me hace callarme, suena a gruñido. ¿Está enfadado?—. ¿Ethan?

No dice nada. Mira hacia otro lado y tan solo puedo apreciar que aprieta las mandíbulas. Este silencio me está matando. Si al menos pudiese verle bien la cara.

—¡Dios!, comienzo a sentirme más idiota de lo que lo hacía antes de salir del baño —añado en voz muy baja, apartando la mirada—. Cállate —me reprendo, notando cómo un rubor de vergüenza comienza a extenderse por todo mi rostro—. Si es que, de verdad, Ava, no sé en qué estarías pensando. Date la vuelta, aún te queda algo de dignidad.

Y lo hago. Me giro para volver al baño. Estoy nerviosa, avergonzada. Sé que no podré volver a mirar a la cara al nieto de los Keller en lo que me resta de vida. ¿Quién me manda a mí hacerle caso a la demente de mi hermana? Si es que... por algo yo soy la mayor, la voz de la cordura, la sensata. ¡Me lo tengo merecido!

—Ava.

Su voz me llega cercana, justo a mi espalda, a pesar de que no lo he escuchado acercarse. Siento el aliento de Ethan pegado a mi cuello y se me eriza el vello. Me tensó y, aunque quiero, no puedo darme la vuelta y encararlo. Me arde el rostro.

Coloca una de sus manos en mi cintura.

Me tensó y trago saliva.

—Mírame —me susurra al oído. Su voz suena ronca, atrayente y varonil.

—¿Para qué? —pregunto, incapaz de enfrentarme a sus ojos.

—Porque voy a besarte.

Comienzo a hacerlo. Y, antes de poder terminar, estampa su boca contra la mía. Todo se vuelve caótico entre nosotros, caliente y brusco. Me agarro en sus hombros, porque noto que las piernas no me sostendrán por mucho más tiempo. Él me suelta la cintura y sube despacio hasta la nuca, acariciándome mientras lo hace. Me recorre un escalofrío al sentirlo. Me empuja. Mi espalda da contra la pared. Estoy a su merced. Me inclina un poco la cabeza y con la lengua comienza a lamerme el labio inferior antes de invadirme y buscar la mía. Me vuelve loca con su movimiento. Pega su cuerpo un poco más, sin alejarse de mi boca, y roza contra mi vientre la erección que hay bajo sus pantalones.

Ethan

¡Por mis cojones que no quería que pensase que la había traído aquí solo para follar! Claro que tengo ganas, pero por una puta vez quería hacer las cosas de otra manera. No sé, conocerla un poco más antes de... Pero todo eso se va a la mierda en cuanto aparece medio desnuda con esa toalla.

Mi polla responde antes que yo. Imaginé que sería difícil mantenerme tranquilo, pero verla así, con la piel todavía húmeda, supera cualquier expectativa. Cada gota que resbala por su cuerpo es una provocación que me quema desde dentro. Puedo sentir cómo mi respiración se acelera con cada movimiento de esas gotas, deslizándose lentamente por la curva de sus caderas, perdiéndose entre los pliegues de su piel húmeda. Mi mente se llena de la necesidad urgente de seguir su rastro con mi lengua, de descubrir cada lugar donde el agua ha tocado.

El calor que me invade se entrelaza con la tensión que hay en el aire, un equilibrio frágil que amenaza con romperse en cualquier momento. No puedo apartar la mirada, hipnotizado por cómo su pecho sube y baja con cada respiración. Mis ojos siguen el rastro de las gotas que desaparecen entre sus pechos, imaginando el sabor de su piel, el tacto de su cuerpo contra el mío. Es una tortura deliciosa, un fuego que crece con cada segundo que paso mirándola así, indefensa y tan jodidamente sensual.

Me alejo, tratando de pensar en otra cosa. Lo que sea. Pero las imágenes en mi cabeza no ayudan. La idea de arrancarle la toalla y hacerla gemir hasta que salga el sol es demasiado tentadora.

Joder, soy débil. Ni siquiera intento resistirme.

Simplemente, voy tras ella.

—Ava —la llamo desde la puerta. Mi voz suena más ronca de lo que esperaba—. Voy a besarte.

Ella se gira y, cuando nuestros ojos se encuentran, no hay vuelta atrás. La agarro de la nuca y la beso.

No hay suavidad, no hay espera.

La devoro como he imaginado tantas veces. Echo su cabeza hacia atrás, profundizando el contacto y cuando responde con la misma intensidad, algo dentro de mí se descontrola aún más.

Me separo solo lo justo para mirarla. Quiero verla excitada, quiero que sus ojos me pidan más. Y lo hacen. Mierda, cómo lo hacen. Con una sonrisa ladeada, la atraigo de nuevo hacia mí. Mis manos se deslizan por su espalda hasta su culo. Lo aprieto con fuerza, pegándola contra mi erección. Quiero que note cómo me tiene, lo que me provoca.

—¿Lo notas? —pregunto, acercándome a su oído mientras subo mi mano por la toalla.

Deslizo los dedos hasta el nudo que la mantiene en su sitio y espero. Ella asiente, mordiéndose el labio inferior. Esa imagen casi me hace perder la cabeza.

Con un tirón suave, la toalla cae al suelo, dejándola completamente desnuda frente a mí.

Joder, es perfecta.

Mis ojos recorren cada centímetro de su piel mientras mis manos bajan hasta sus pechos. Ava gime. Sus dedos empiezan a recorrer mi pecho y tiran de mi camiseta como si le estorbara. Me la quita de un tirón.

No puedo evitarlo; me inclino y capturo un pezón con mi boca, chupándolo hasta que la oigo gemir más alto.

Mi otra mano desciende hasta sus pliegues, deslizándose entre ellos para encontrarla mojada y lista. Muevo mis dedos por su entrada, paseándolos, introduciéndolos y sacándolos, volviéndola loca de placer y disfrutando de cada sonido que escapa de sus labios. Sus caderas empiezan a balancearse buscando más fricción.

—Ethan... —jadea, aferrándose a mis hombros mientras la follo con mis dedos. Echa la cabeza hacia atrás, exponiendo su cuello, y no puedo resistirme a besarla.

Saco mis dedos y, sin apartar la vista de ella, los lamo. Ava traga saliva al verme y se lanza a mis labios. Su sabor se mezcla en nuestras lenguas.

Sin apartarse de mi boca, su mano busca mi pantalón. A tientas, lo desabrocha y mi erección queda atrapada entre nosotros. Ava se cuela dentro de mi bóxer. Me envuelve y comienza a masturbarme con una habilidad que casi me lleva al límite. Sus ojos me buscan, desafiantes, con esa chispa que solo consigue encenderme más.

—¿Te gusta? —susurra, y su voz ronca me hace estremecer.

—Podría correrme ahora mismo

No aguanto más. La levanto con facilidad, sus piernas rodean mi cintura mientras la presiono contra la pared. El contacto directo de su piel contra la mía es una tortura exquisita. Mi boca encuentra de nuevo su cuello, mordisqueándolo, dejando un rastro de besos húmedos mientras mis manos exploran cada rincón de su cuerpo.

—Ethan... por favor —gime, y ese sonido me hace perder cualquier rastro de control que quedaba.

La llevo hasta la silla que hay justo detrás y la dejo caer sobre ella, abriéndole las piernas para acomodarme entre ellas. Mis labios encuentran su vientre, descendiendo hasta su centro. Cuando mi lengua la toca por primera vez, ella arquea la espalda, gimiendo mi nombre. Es el sonido más sexy que he escuchado en mi puta vida.

Mis dedos y mi lengua trabajan juntos, acompasados como si fueran uno solo. Cada movimiento busca una nueva respuesta en su cuerpo, un gemido más alto, una curva más pronunciada de su espalda contra el respaldo. Siento cómo su piel arde bajo mis manos, cómo sus caderas empiezan a moverse instintivamente para buscar más fricción. Mi lengua traza caminos lentos y precisos, explorando cada pliegue, cada rincón que la hace estremecer. Mientras mis dedos penetran con más fuerza y profundidad, alterno el ritmo, buscando ese punto que la desarma por completo.

Los gemidos de Ava llenan la habitación, acompañados por el sonido húmedo de cada caricia. Su mano se enreda en mi pelo, tirando de él, guiándome hacia donde más lo necesita. Mis propios jadeos se mezclan con los suyos, la tensión en mi propio cuerpo es casi insoportable, pero me obligo a mantener el enfoque en ella. Quiero ver cómo llega al orgasmo, sentirlo en mi boca. Cuando finalmente se corre, su grito ahogado es música para mis oídos y la sensación de sus contracciones alrededor de mis dedos me deja completamente hechizado. Quiero grabar cada uno de sus gemidos en mi memoria.

Cuando termina, y aún temblando bajo mi boca, me incorporo para besarla de nuevo, dejando que saboree lo que ella misma me ha dado.

—Ahora sí —digo, apartándome lo justo para quitarme los pantalones del todo.

La levanto de donde está y, con sus piernas rodeándome, la pongo sobre el filo de la cama. Tiro con suavidad y pongo sus tobillos en mis hombros y me posiciono entre sus piernas.

Ava me mira. Sus ojos están oscurecidos por el deseo, y asiente. No necesito más invitación.

Me coloco el condón y la penetro muy despacio, disfrutando de cada segundo mientras ambos jadeamos al unísono.

Nuestros cuerpos se mueven en perfecta sincronía. Acompaño mis movimientos trazando con la palma de mi mano círculos sobre su clítoris, provocándola con descaro, mientras que cada embestida me lleva más cerca del clímax y reaviva el fuego en Ava. La intensidad entre nosotros es abrumadora, pero no hay nada que quiera más que seguir así, escuchándola gemir mi nombre mientras la hago mía durante toda la noche.

Cuando llega a un nuevo orgasmo, su cuerpo se arquea contra el mío y suelta un grito ahogado que escupe mi nombre. Su interior se contrae de nuevo y me envuelve con más fuerza, y eso me empuja también al límite. Mi orgasmo llega rápido, intenso, como una ola que arrasa todo a su paso. Nos desplomamos juntos, con el sudor y la respiración desbocada llenando el silencio que queda tras la tormenta.

15

Ethan

Hace quince meses.

Me quito los brazos de la cara y giro el rostro hacia ella. Hace un rato que no dice nada y me extraña, ya que habla por los codos. Adelaine está tumbada de lado, frente a mí y me doy cuenta de que está medio dormida.

«¡Joder!, con lo poco que me gusta esto. Parezco el cabrón de la historia».

Sin pensarlo mucho, la llamo antes de que termine de sucumbir a Morfeo y sea irremediable que se quede.

—Ey, es hora de marcharse —le digo en un susurro.

Ella me ignora, se revuelve y me da la espalda. Le toco el hombro con suavidad y la zarandeo un poco.

—Ethan... ¡déjame! —protesta.

Quito la mano y me la paso por rostro. Definitivamente, sabía que esto sucedería tarde o temprano, por eso, cuando quedábamos en mi casa, lo hacíamos de día. Por las noches, siempre nos veíamos en un hotel y así podía marcharme cuando la sesión de sexo había finalizado. Pero hoy ha sido un imprevisto, por eso las cosas no están saliendo como deberían.

—Adelaine, es hora de irse —repito, con un tono serio y determinante a ver si así deja de hacerse la remolona.

Sabe perfectamente cuáles son las normas, mis normas, para continuar con esto que nos traemos. Las aceptó y debe atenerse a ello.

Ella bufa en respuesta y se incorpora de malas maneras. La sábana que la cubre se desliza hasta su cintura y le deja los pechos a la vista.

—¿Acaso ya te has cansado de estos? —me pregunta, tocándoselos y poniéndomelos delante y dispuestos.

—No.

—Pues déjame descansar y, por la mañana, seré toda tuya de nuevo.

Me quedo en silencio, sopesando lo que dice. No sería una mala opción, excepto porque no me apetece compartir cama con Adelaine (ni con nadie), al menos, no para descansar. Dormir juntos es algo que siempre me ha parecido muy íntimo. Estás vulnerable ante el otro, sin defensas, le muestras la faceta más pura e inocente de ti. Crea un nexo entre ambas personas, una unión que va más allá de la carnal. Y no quiero eso con ella. Adelaine es una diosa, nuestras sesiones de sexo van a otro nivel, sin embargo, soy el otro. Yo lo sé, lo tengo claro, y ella debería actuar como tal.

—No.

Me clava la mirada enfadada y me increpa furiosa:

—Si estás de broma, no tiene gracia, Ethan.

—No lo estoy. Te pediré un taxi —le indico, mientras que me incorporo de la cama y voy al salón a por el teléfono.

Justo cuando le doy a colgar la llamada, Adelaine aparece delante.

—Ethan Blackwood, tienes un problema mental muy grave.

—De acuerdo —accedo, porque no me gusta discutir y, aún menos, por un tema que para mí está zanjado.

—Estoy hablando en serio. Tu actitud no es normal. ¿Qué problema hay en dormir juntos? —Me dejo caer en el sofá y la miro mientras sigue con su discurso—. Es lo más habitual cuando se mantiene una relación como la nuestra, ¿no crees?

—No.

Al oír mi parca contestación, se envara.

—¿No? ¿Qué pasa? ¿Acaso esperas a otra? ¿Es eso?

Su tono de voz se ha elevado al decir eso último, así que, de inmediato, la chisto para que lo baje. Lo último que quiero es que algún vecino la escuche y dé la voz de alarma a algún medio de comunicación. Adelaine no sabe lo de las fotos que me trajo Damian hace tres meses. Se supone que no volvería a verla y encontraríamos a quien las hizo llegar a la oficina, aunque pueda hacerme una idea de la persona que está detrás de todo esto, es bastante obvio.

—Adelaine, tú y yo solo follamos. Si quiero traer a alguien a casa, puedo hacerlo y no tengo que informarte. No somos nada. —Me mira espantada—. ¿Qué quieres que te diga? Estás prometida, no tienes derecho a reclamarme mi comportamiento. Es más, si esto llega a oídos de los Al-Fahd, la cabeza que cortarán será la mía.

—No estés tan seguro de eso...

La voz apenada con la que dice eso me hace replantearme la situación. Quizá, ella actúa por algo más que por *vicio*, por llamarlo de algún modo. Todo el que se mueve en el mundillo de las riquezas, sabe que los Al-Fahd es algo así a un clan ruso. Una vez entras, no puedes salir. O eso me ha dicho Damian en infinidad de ocasiones, las mismas que me ha «sugerido» que corte con esto y con cualquier trato que la relacione conmigo antes de que sea tarde. Hay veces que pienso que tendría que hacerle acaso. Es el mayor, el que lleva más tiempo en el mundo de los negocios con mi padre. Pero en otras, solo creo que el jodido de mi hermano es un puto demente. ¿Por qué todo tiene que ser tan tremendo y retorcido para él? ¿Qué puede pasar? ¿Que Nassef rompa el compromiso? Es posible que de ese modo le esté haciendo un favor a Adelaine. O, al menos, me engaño pensando eso, porque me cuesta alejarme de lo que compartimos. Es adictivo.

Me incorporo y salvo la distancia que nos separa.

—¿Y si le dejas? —Se queda en silencio y, después de unos segundos callada, niega con la cabeza—. No lo entiendo. Si no le quieres, ¿por qué sigues con esa farsa?

Ni siquiera sé por qué digo esto. No es lo que tengo en mente, no en este momento de mi vida. Soy demasiado joven para atarme a otra persona. Tal vez hablan mis ganas de sentirme libre a la hora de vernos, la necesidad de no estar ocultándome hasta de mi familia, porque no pueden saber de nuestros encuentros y, sobre todo, tener la tranquilidad de que mi futuro laboral no se verá comprometido por nuestra «relación».

Siendo sinceros, nunca me he planteado tener algo serio con ella. Tengo muy claro que Adelaine Stone es como un caramelo, dulce, delicioso, que te tienta, que quieres degustar de vez en cuando y que te sacia con su sabor, pero no es algo de lo que quieres alimentarte el resto de tus días, porque sabes que no te conviene y que, además, terminarás aborreciéndolo si lo haces. A veces siento que si esta situación dejase de ser prohibida, perdería todo el morbo que me hace caer una y otra vez.

Ethan

Sigo sentado frente a la cama, observándola. Le dije que iba a ducharme para buscar una excusa y que se acostase sin mí. Tampoco insistió y no sé si eso me molestó o tan solo fue inesperado. El caso es que cuando salí estaba más que dormida, echa un ovillo en un lado del colchón, como si quisiera dejarme todo lo demás. Confirmando lo que siempre he creído: dormir es mostrar tu vulnerabilidad a quien está contigo. Y ella está dándome la razón en estos momentos. Ava es... contradictoria. Puro fuego cuando está excitada, mientras que ahora... ahora parece la inocencia personificada.

Sonrío al mirarla y un extraño vuelco me remueve por dentro. Esto no es la primera vez que pasa.

Me levanto incómodo por lo que acabo de sentir: ganas de acurrucarme a su lado.

Muevo la cabeza en un acto reflejo de querer sacar esa estúpida idea.

«Si me levanto antes que ella, ni siquiera lo sabrá», me digo, atisbando la duda una vez más.

—No —me contesto tajante.

Me río al darme cuenta de que no somos tan diferentes: yo también hablo conmigo mismo.



Miro el teléfono. Quedan varias horas para el amanecer y siento que tanto ejercicio con Ava me está empezando a pasar factura. No sé si aguantaré despierto. Desde el ventanal, observo mi reflejo ojeroso, pero con un aire satisfecho que ni el cansancio puede borrar. Sigue nevando. Me giro y la miro de nuevo. El pelo desparramado por la almohada y los labios entreabiertos, rosados e hinchados todavía. Tengo claro que para no dormirme, voy a despertarla para disfrutar de ella otra vez. De ese modo, las el tiempo pasará mejor.

Sin embargo, al acercarme a la cama con esa clara intención, me arrepiento. La veo tan delicada y relajada que me da pena interrumpir lo que sea que esté soñando.

—¿Qué cojones...? ¿Desde cuándo pienso en lo que quieren los demás?

Al final voy a tener que dar una cabezada en la silla, aunque no me atrae la idea de tener tortícolis por la mañana.



He mirado redes sociales, he jugado a mil y un laberintos sin sentido, pero nada, no aguanto más, me caigo de sueño. Abro el chat de mis hermanos en un último intento de no ceder, porque no quiero dormir con nadie, eso es sabido por todos, a pesar de que esa alocada idea ya ha pasado esta noche por mi cabeza más veces que en el resto de mis días.

—A esta hora, ya deberían estar tranquilos cada uno en su casa —digo en voz baja cuando observo el reloj.

Ethan: ¿Qué tal va la cosa? ¿Alguna novedad?

Julian: ¿Y lo preguntas tú? ¿Qué pasa, te ha dado calabazas Heidy?

Damian: Simplemente, no ha hecho caso de tu consejo de mierda.

Ethan: En serio, no sé cómo seguís hablándoos. ¿Os habéis parado alguna vez a escucharos? Siempre es igual. Dejad de intentar ser el macho alfa de los Blackwood, ese es papá. Es agotador oíros.

Gabriel: Está bien. No pensaba entrar en la conversación, porque me voy en media hora, pero... ¿quién eres tú y dónde está el pequeño Ethan?

Alex: Opino igual. ¿Quieres un rescate por él?

Ethan: Idiotas.

Julian: Ya ha vuelto. Menos mal.

Damian: Ethan, ¿algo interesante o puedo seguir con lo que estaba?

Gabriel: Todo dependerá de qué consideres interesante.

Julian: ¿Has follado?

Alex: Hala, la sutileza no es uno de tus puntos fuertes, ¿verdad?

Ethan: Oye, ¿y Nathan?

Julian: No cambies de tema, mamón. ¿Has mojado o no?

Ethan: Es extraño que no haya dicho nada.

Julian: ¿En serio?

Alex: Creo que tenía una cita.

Ethan: Ah, ¿sí?

Gabriel: Sí, con el psicólogo.

Ethan: Muy gracioso.

Julian: Ethan, ¿de verdad nos has escrito para preguntar por Nathan? Está vivo, si es lo que te preocupa. Lo he dejado en su casa hace poco más de una hora.

Ethan: No, solo quería... Da igual. No es importante.

Damian: Nunca creí que diría esto, pero...

Ethan: ...???

Julian: El benjamín de la familia... qué fuerte. Ahora nos va a dejar en mal lugar a todos.

Ethan: ¿De qué carajo estáis hablando?

Damian: De ti.

Ethan: ¿De mí?

Gabriel: Creo que nos hemos dado cuenta todos menos tú.

Alex: Felicita a la chica. Ha conseguido lo imposible.

Ethan: ¿Disculpa?

Julian: Dile a Eva...

Ethan: Ava, se llama Ava.

Damian: Dale la enhorabuena.

Julian: De parte de todos y hasta de papá.

Ethan: La enhorabuena ¿por qué?

Julian: Damian, eres el mayor, es tu deber darle la noticia.

Damian: Chaval, has cambiado. En otro momento, te habría faltado tiempo para contarnos hasta los lunares de la muchacha. Creo que puedo decir que estoy orgulloso de tu comportamiento por una vez en la vida.

Mis hermanos siguen hablando como si yo no estuviese leyendo lo que dicen, aunque podría decirse que así es. Me he quedado de piedra tras leer el comentario de Damian, porque... ¡es cierto! Les he escrito con la idea de regodearme de la noche de sexo que he tenido, pero me he arrepentido. ¡Es Ava! No puedo hacerle eso. Cuando mis hermanos vengán en Navidad, es probable que la conozcan y no quiero que tengan en su mente imágenes de ella que solo me corresponden a mí, es algo que hemos compartido y...

¿Por qué carajo pienso así? Nunca me ha importado contar mis intimidades. Es cierto que jamás les decía el nombre de la chica; ahora, es diferente. Saben quién es. No voy a ser tan capullo.

El teléfono no para de vibrar, porque le he quitado el sonido para que no la despierten con tanto parloteo. Ni me molesto en mirarlo. Sé que son esta panda de cabrones, ya que se están riendo de lo lindo a mi costa. Me da igual. No voy a entrar al trapo.

Me levanto desesperado. ¿Qué hago? Esto se me va de las manos.

Desde la mesa, donde lo he dejado con la clara intención de ignorar a mis hermanos hasta mañana, la pantalla se ilumina. Dudo antes de acercarme. Al ver que es Damian, me inquieto.

—¿Qué ocurre? —pregunto nada más descolgar.

—Nada, solo quería saber cómo estabas.

Sus palabras no me pillan de sorpresa, porque, pese a que discutamos y a veces parezcamos tenernos la guerra declarada, Damian es el mayor y siempre se preocupa por todos nosotros, en especial, por mí y, aún más, desde que sucedió aquello.

—Muerto de sueño —le contesto, riendo.

—Eso tiene fácil solución —me responde y puedo detectar por su tono que lo hace sonriendo.

—Si tú lo dices.

—Sí, lo digo yo y lo sabes tú. Olvídate de tu otro yo. Has cambiado y para bien. Llevo meses dándome cuenta de ello. No quiero parecer un hijo de puta, pero...

—No lo seas entonces —lo corto tajante—. No quiero que me digas que ese sitio me ha hecho mejor persona, porque no es así. No lo siento así. Me avergüenzo de ello y no quiero que nadie conozca ese episodio de mi vida, así que...

—Las oportunidades solo pasan una vez en la vida. ¡Hazlo, Ethan! Quítate esos estúpidos ideales de mierda por los que te riges.

—Habló el más flexible de los Blackwood —contraataco.

—Mira, solo quería saber cómo estabas. No voy a comerme tu frustración ni tus malos modos porque no sabes gestionar lo que te pasa. Tan solo espero que no te arrepientas.

Damian me cuelga antes de que pueda replicarle otra vez. El pitido en mi oído se hace insoportable y bufo mientras suelto el teléfono sobre la mesilla.

—¡Capullo! —mascullo.

Un sonido, que se me hace bastante agradable de escuchar, llama mi atención. Al mirar hacia la cama, que es de donde procede, veo a Ava con los ojos entrecerrados, intentando no sucumbir al sueño.

—¿Ethan? —me llama—. ¿Pasa algo? —pregunta con la voz ronca y pastosa.

—Nada, hablaba con mi hermano —le contesto y, como si de un acto reflejo se tratase, me siento junto a ella y la arropo.

Al sentirme, se acerca un poco más y me rodea la cintura con una de sus manos. Me tenso, aunque no me aparto. Le paso el brazo por los hombros y la atraigo para que esté más cómoda. En menos de un minuto la escucho respirar profundo y sé que se ha vuelto a dormir. Echo la cabeza hacia atrás y suspiro.

—¡A la mierda! —me digo, justo antes de dejarme resbalar por completo desde el cabecero y quedar acostado junto a ella.

Ava, al notarlo, se acurruca un poco más. La estrecho contra mí. La satisfacción que siento en estos momentos me confirma algo que me está costando asimilar: Ava no es como las demás.

«O yo no soy el mismo Ethan», me replico en un vano intento de evadir la realidad.

«Tal vez, ambas son correctas», es mi último pensamiento antes de dormirme abrazado a su cuerpo.

17

Ava

Mia: ¿En serio te acorraló contra la pared? Dios, qué escena más peliculera. Y con DiCaprio. ¡Me encanta!

Ava: Déjate de historias y películas. No reaccioné, Mia. Se suponía que había empezado yo, pero... No supe qué hacer. Me quedé pasmada.

Mia: Preguntar cómo besa está de más, ¿verdad?

Ava: Sí, lo está.

Mia: Da igual. Esa vocecita que tenías en el primer audio me lo dice todo.

Ava: ¿Disculpa? Estaba recién despierta.

Mia: Aún no me creo que te hayas soltado la melena, hermanita. Mándame una foto del elegido, porfis. Quiero conocer al afortunado que ha conseguido encerrar a la responsable Ava y ¡¡ha liberado a la bestia!!

Ava: Mira, si te vas a reír de mí, ¡adiós!

Mia: No, no, qué va. Me alegro mucho de que le hayas dado una alegría al cuerpo o las que hayan sido. Ahora, quiero esa foto.

Ava: ¿Tú estás loca? ¡Nooo!

Mia: ¿Por qué? Si lo voy a conocer de todos modos en unas semanas. Espera, espera... No te lo habrás inventado, ¿verdad?

Ava: ¡¿Qué...?! ¿Tú te estás oyendo?

Medio segundo después, el teléfono comienza a sonar. Mucho estaba tardando. La paciencia y Mia no son buenas compañeras. Descuelgo de inmediato la videollamada para evitar que Ethan se despierte.

—¡Mia! —la saludo en voz muy baja—. ¿Qué...?

—Ya me puedes enseñar a DiCaprio —me ordena sin tan siquiera decirme «hola». Ella siempre es así, directa a lo importante y sin dar ni un rodeo.

Me inquieto al darme de cuenta de que no va a parar hasta que lo conozca, pero es que yo me muero de la vergüenza si lo hace. No es lo mismo contarle tres cosas sin importancia o decirle que el nieto de los Keller me besó en la cocina de casa, a que le ponga cara y me dé su opinión al respecto. Es probable que ella no entienda que para mí eso lo hace más real y que me asusta tan solo pensarlo. No puedo permitirme distracciones en mi vida, no como algo habitual. Ya está, ha sucedido. Una noche. Una muy buena noche. Una que repetiría de no ser porque la pieza del puzle de Ethan no encaja en el mío. Él no es de aquí, está de vacaciones unos meses, o eso me ha dicho Eli, y yo no puedo alejarme de este sitio. Esta es mi vida, es mi madre. Lo mejor es dejar que esto pase y quede solo como un recuerdo, agradable y placentero.

—Mia, no es el momento —le replico, incómoda y aferrándome a la idea.

Me levanto de la taza del váter, donde me he sentado cuando escuché el primer mensaje de Mia, y me acerco a la puerta. Abro una rendija mínima, sin hacer ruido, y echo una rápida ojeada por ella.

—¿Cómo que no? Ava Isabella Hopler Karson, me lo debes.

Parpadeo un par de veces intentando encontrarle la lógica a lo que me está pidiendo. ¿Que le debo qué? ¿Y por qué?

—¡Que no! —termino por decir—. Y baja la voz que lo vas a despertar.

—¡Buenos días por la mañana, dormilona! —grita a pleno pulmón la muy perra, con la clara intención de hacerlo—. Espera, eso que llevas... ¿es su camiseta?

Miro hacia mi pecho y lo compruebo. Ni me acordaba de que me la puse anoche para dormir, porque era más larga que la mía y, punto importante, no estaba sudada de trabajar.

—Sí... bueno...

—¿Sabes cuánto vale?

—¿Qué?

—El símbolo ese, ¿no lo reconoces? —Lo miro y niego con la cabeza—. De verdad, ¿en qué mundo vives? Esa camiseta vale más que...

—¿Con quién hablas? —Ethan, ni corto ni perezoso, abre la puerta de par en par.

Mía se calla al instante y yo me pongo roja como un tomate. Rezo porque no haya escuchado nuestra conversación. ¡Qué vergüenza!

—Con nadie —contesto sin pararme a analizar que eso es, cuanto menos, poco creíble, porque estoy con el móvil en la mano mirando directamente la pantalla.

Ethan sonríe, confirmándome que me ha pillado *in fraganti*. Al menos, mantengo la esperanza de que esa criatura que mi madre decidió darme como hermana continúe con su pequeña boca inoportuna bien cerrada.

—¿En serio? —cuestiona, sin dejar de sonreír.

Mirarle los labios trae a mi mente recuerdos de lo que puede hacer con ellos, con todo el conjunto en general, y eso me hace enrojecer más. Me pongo nerviosa.

—Y... ¿por qué abres? ¿Y si no estoy visible? —contraataco, en un vano intento de que se sienta cohibido y se vaya.

Por suerte, Mia continúa en silencio. Por el momento, se conforma con escuchar nuestra pésima conversación.

—Creo que anoche ya te vi todo lo que... ¡Auch! —exclama, cuando le tiro a la cara el pequeño tarro de champú con el que obsequia el hotel.

Por suerte, tengo poca puntería y solo le roza el hombro.

—Hola, soy Mia, la hermana de Ava —se autopresenta casi a gritos. La veo estirar el cuello, como si quisiese ver más allá. Estoy segura de que si pudiese hacerlo, saldría de la pantalla como Samantha lo hacía del televisor—. Ava, cariño, dale la vuelta a la pantalla, que no quiero ser maleducada con DiCa... tu amigo —se corrige.

—Tierra, trágame. Trágame y escúpeme muy lejos. No, mejor hazlo en Alemania, así puedo matar a esta pedazo de loca y además... ¡¿Qué haces?!

Ethan me quita el móvil de las manos y se pone frente a la pantalla.

—Encantado, soy Ethan —le dice, enseñándole esa dentadura perfecta y blanca que tiene.

Ya me puedo imaginar la cara de mi hermana, porque, para más inri, está sin camiseta.

—¡Hala, a presumir de pectorales! —exclamo entre dientes para que no se me oiga—. Idiota, la tienes tú —susurro en respuesta. Me echo las manos a la cabeza y me masajeo el cráneo—. Esto es increíble. Esta niña no tiene vergüenza. ¿Y él? ¿Por qué tiene que ser así? ¿Tan simpático y complaciente? Sí, Ava, complaciente... mucho. ¡Oh, cállate, tarada!

Al darme cuenta de lo que estoy diciendo, abro los ojos de par en par y levanto la cabeza, sin embargo, me sorprendo cuando me veo sola en el baño. ¡Será caradura! Se ha llevado mi teléfono ¡y a mi hermana!

Los escucho reír desde aquí y me muero de curiosidad de saber por qué. Después, me digo que lo mejor es desconectar por completo de la situación. No, eso no. No me fío de Mia y de lo

que le pueda llegar a decirle. Me siento mal, porque... es mi hermana. Debería hacerlo, ¿no?

Me pongo de pie con la firme determinación de salir del baño y cortar la conversación tan alegre que mantienen. Justo antes de que pueda hacerlo, me encuentro con Ethan en el umbral de la puerta. De golpe, la mente se me ha quedado en blanco y no sé qué decir. Se acerca a mí, me devuelve el teléfono y, con una sonrisa, me da un pequeño beso en los labios, un pico mañanero, podría decirse. Me desconcierta, ya que... esto debería ser cosa de una noche, ¿no?

Ethan

No pensaba hacer de esto algo habitual, no, para nada. Sin embargo, no he podido resistirme. Tenía la idea de que por la mañana todo sería igual que el día anterior, salvo por la diferencia de que ya no me moriría de ganas de meterla en mi cama, porque el motivo que me hacía tenerla en mente cada puñetero segundo era, precisamente, ese.

Me equivoqué.

Me equivoqué como nunca lo había hecho.

Antes de dejar que me venciera el sueño, me hice el firme propósito de levantarme el primero de los dos, pese a que eso me implicara descansar tan solo unas horas. No estaba dispuesto a que supiera que habíamos dormido juntos, aunque intuyo que para ella ese hecho es menos importante que para mí o eso me parece, teniendo en cuenta cómo me agarró cuando me coloqué a su lado.

En aquel puto instante, me asaltó una idea que me asustó... y mucho: «¿y si se piensa que tenemos algo que no es?».

Me sentí el malo de la historia cuando giré el rostro y vi el suyo mientras descansaba.

«Al final voy a tener que darles la razón a los cabrones de mis hermanos. Siempre me pasa igual».

Pero lo deseché. No estaba a gusto pensando de ese modo. Quería hacer otra cosa y yo solo me contradecía por... ¿miedo? No lo sé, tan solo era consciente de mi extraño y poco productivo debate mental. Aparté cualquier cosa que pasase por mi mente y me permití el lujo, y el capricho, de acurrucarme junto a su cuerpo y dejarme vencer por el agotamiento y la satisfacción que tenía, ya que era lo que me apetecía hacer.

En un momento de la noche me desperté sin saber el motivo que me había incomodado y, al mirar hacia el lado, la vi. Pelo suelto, desparramado y el rostro, tranquilo y apacible, recostado hacia mí. Observé sus gestos, sus párpados cerrados y la boca entreabierta. Sentí deseos de besarla de nuevo. Y, de repente, ese estúpido vuelco interior volvió y me puso cada puto órgano del revés. Quise maldecir, pero mi garganta no me obedeció y solo sonreí, algo incoherente para mí. Sin que yo diese la orden, mi mano salió del edredón y le quitó varios mechones de pelo que le caían por la cara. Sentí electricidad cuando la toqué. Una que me recorrió entero. Ava, al notarme, se removió un poco y, aún dormida, se giró hacia el otro lado. Despotricando y luchando contra un impulso que no sabía que tenía, hice lo mismo y le di la espalda. Ni dos minutos tardé en arrepentirme, ceder y volverme hacia ella. Me pegué a su cuerpo. Lo peor llegó después, cuando, apenas se dio cuenta de que mi cercanía, se acurrucó contra mí y, de nuevo, mi interior saltó por los aires al sentir su contacto.

Ya cuando los rayos de sol entraban a través de las cortinas, se movió con mucho cuidado. Lo noté, porque seguíamos abrazados. Abrí los ojos despacio. Me disponía a darle los buenos días justo cuando me percaté de que iba al baño. La observé caminar, sin embargo, Ava no miró ni una sola vez hacia mí y eso me afectó más de lo que debería.

¿Acaso era ella la que estaba intentando hacer borrón y cuenta nueva?

Me quedé tumbado intentando aclarar las ideas y ponerle nombre al revoltijo de emociones y sensaciones que tenía dentro. Y en eso estaba cuando la escuché hablar. Me picó muchísimo la curiosidad, porque... ¿con quién charlaría a esas horas de la mañana? ¿Le estaría contando lo que habíamos compartido? ¿Quién cojones era tan importante como para tener que despertarse temprano y correr con el teléfono en la mano para narrarle las...?

—¡Hostia puta! —maldije, al pensar que me había equivocado. Ava sí sabía quién era yo y delataría mi paradero a la prensa o a quien fuese—. Damian me cuelga de las pelotas.

Me incorporé de golpe y fui hacia el baño. Según avanzaba, esa idea me parecía cada vez más idiota.

«¿Desde cuándo soy tan paranoico?».

«Ava no tiene ni idea de quién soy yo y si lo hiciera, tampoco se lo diría a nadie, porque eso la implicaría a ella directamente. Y no, ella no es así. No es otra más que se vende por dinero...».

O eso quiero pensar.

Por un instante, *flashes* de otros momentos de mi vida vinieron a mí. Y no me gustó, no me gustó lo que vi y lo que me hacía sentir.

Me coloqué tras la puerta con cuidado y escuché la voz de una chica que le estaba dando los buenos días a pleno pulmón.

«La culpa es de Damian y de mi padre», me respondí de inmediato al percatarme de mi error y de mi estado de paranoia.

Ya debería saber que el mundo de la moda, a pesar de tener contratos con grandes marcas, no es un mundo conocido si no te mueves en él. Casi nadie pone cara o nombre a los modelos, solo somos un cuerpo que desfila con ropa, o sin ella. Eso es lo importante, no nosotros.

«Es imposible que sepa quién soy», me reitero.

Todo sucedió muy rápido. Decidí entrar al enterarme de que hablaban de mi ropa. Si bien es poco probable que ninguna conozca mi identidad, tampoco quiero que se sepa mi posición social. Le estoy pillando el gusto a esto de poder hacer lo que me dé la gana sin tener que dar explicaciones ni adaptarme a unas normas sociales ya establecidas. Por eso, le quité el teléfono de las manos y me dispuse a conocer a la hermana de Ava, a la cual le cambió la cara al comprobar que ambos nos poníamos a hablar. Cuando terminé, se lo devolví y, sin saber por qué, me incliné y la besé.

Pero... ¿qué carajo...?

¡Esto no era lo que había planeado!

19

Ethan

Hace un año.

Me dirijo hacia el lugar de encuentro. Adelaine me envió un mensaje bastante contundente y, a la vez, me es complicado de entender:

Tenemos que vernos. Es importante. Algo único, como nosotros.

¿Qué es lo que le pasa? ¿Qué quiere?

Últimamente, está un poco paranoica con lo «nuestro», si es que puede llamarse así. Desquiciada, diría yo. Siempre está sospechando de todo el mundo, cuando antes no parecía preocuparle mucho. Me ha pedido de manera autoritaria que niegue cualquier tipo de relación con ella delante de mis hermanos. A Damian le tiene la guerra declarada, aunque no sé por qué, mi hermano ni la mira. Supongo que es porque Adelaine es consciente de que él es quien más puede influir en mis decisiones, ya que, a pesar de su carácter de ogro, todos sabemos que solo busca nuestro bienestar y siempre actúa como la voz de nuestra conciencia.

Entro en el hotel y saludo a la recepcionista. No doy datos ni tampoco pregunto nada. Ya sé la habitación, la *suite junior* de la cuarta planta. Me dirijo directamente hacia allí.

Cuando me abre la puerta, me agarra del brazo y tira de mí hacia dentro.

—¿Qué...? —comienzo, pero no me da tiempo a terminar la pregunta, porque ella ya está sobre mi boca, mordiéndome los labios e incitando a mi lengua a que juegue un rato con la suya —. Pero...

—No digas nada. Estoy muy cachonda.

Mete la mano dentro de mis pantalones y lo único que me preocupa a partir de ese momento es ponerla a cuatro patas y que se nos haga de día gimiendo como posesos.



—¿No me ves nada diferente? —me pregunta.

Me giro hacia ella mientras me seco el pelo con una toalla.

—¿Diferente? —repito. No entiendo a qué se refiere—. ¿Has ido la peluquería? —digo al azar, intentando hallar la respuesta, ya que no tengo ni zorra idea de a qué se refiere.

—No...

Empiezo a vestirme a la vez que Adelaine me come con los ojos.

—Pues no, no te veo diferente.

Ella parece enfadada por mi falta de interés... o no, no lo tengo claro.

Decido dejar de pensar en tonterías. Si le pasa o quiere algo, ya me lo dirá, como siempre hace.

Me giro y tomo los pantalones. Siento sus brazos rodeándome por la cintura. Pone sus labios en mi espalda y me da un par de besos suaves. Demasiado íntimo para lo que solemos compartir,

es decir, solo sexo.

—Soy libre, Ethan —susurra, pegada aún a mí.

Las palabras me llegan, pero no las proceso.

Espera... ¿se está refiriendo a lo que creo que lo está haciendo?

—¿Libre...? —repito, como un idiota—. ¿Cómo que libre?

Adelaine suelta una risita que me resulta molesta, aunque no sé por qué. Intenta girarme para que estemos de frente. Sin embargo, me zafo de su abrazo y me separo. Para disimular, levanto la camiseta del suelo y me la pongo.

—Nassef y yo hemos roto. —Me envaró al oírla, porque... No sé por qué. Se supone que mis problemas acaban de terminar, pero yo siento como si estuviesen empezando ahora—. Mírame —me reclama.

Y lo hago.

Estoy serio, frente a ella. No sé qué decirle, ya que...

—Tengo una cita con Damian —me invento, pues es lo único que se me viene a la mente.

—¿Qué haces, Ethan? —me pregunta, echando a andar tras de mí, que ya estoy cerca de la puerta—. Es lo que siempre hemos querido: ser libres. Ahora no tenemos que escondernos más. Puedes quedarte aquí, conmigo.

—¿Aquí? —inquiero, frunciendo el ceño.

—El apartamento era de Nassef, así que por el momento y hasta que encuentre algo adecuado, me alojaré aquí. —Abre los brazos, como si quisiera abarcar toda la habitación con ellas—. Si lo prefieres, podemos ir a tu casa.

Debería decirle que no, que no deseaba que rompiese su compromiso por mí. Adelaine no sabe lo que quiere; de ser así, no estaría tirando su vida por la borda por alguien como yo, que ni siquiera le he sido fiel, entre otras cosas, porque no nos une nada.

—No, no lo prefiero —suelto, sin pensarlo mucho.

Adelaine me mira incrédula mientras me vuelvo y cruzo el umbral. Juraría que si no fuese porque he salido como alma que lleva el diablo de esa habitación, me habría cruzado la cara. Sin embargo, no le ha dado tiempo a reaccionar.

¿Cómo voy a decirle a Adelaine que no quiero nada serio después de lo que ha hecho por mí? A ella le debo dos de mis mejores contratos, pues sus mejores amigos son hijos de grandes modistas. No soy tan desalmado, pero, por otro lado, si decido darle el gusto para que no piense que soy un desagradecido y luego la dejo, ¿no seré aún peor? Además, si los Al-Fahd se enteran de que el causante de la ruptura he sido yo, no sé cómo pueden reaccionar.

Casi estoy hiperventilando cuando consigo llegar a mi coche. Arranco el motor y, de inmediato, llamo a Damian.

—Tengo un problema —le digo en el instante en el que descuelga.



Dos días después.

Al principio, me acojoné. Mucho. Damian me dijo eso que a nadie nos gusta oír: «te lo dije». Y sí, es verdad, me lo dijo. No tendría que haberme enredado con Adelaine Stone. O en su defecto, haber roto con ella cuando me informaron de que estaba prometida o al enterarme de quién era el novio. Quizá, cuando llegaron a manos de mi hermano determinadas imágenes de los dos en

momentos comprometidos. Tan solo pedían que me alejase de ella, que no pusiese en riesgo mi carrera, pero no lo hice y tampoco sucedió nada que me obligase a tomar semejante decisión. Al contrario, todo se quedó en un susto y yo me dejé llevar por las ganas de tirármela una y otra vez, porque, ¿para qué negar lo evidente?, lo pasamos muy bien juntos. Hacemos un tándem explosivo.

Ahora, todo eso quedó en el pasado.

Adelaine me ha estado enviando mensajes, pidiéndome que nos viéramos y no sé qué contestarle. Hay una parte de mí que está deseando sentir su boca de nuevo en ciertos lugares de mi cuerpo, que enloquece con solo pensar en sus labios rosados; sin embargo, hay otra, la más racional y condicionada por mi hermano, que me dice que debería cortar por lo sano.

De modo que sigo sin saber qué hacer con esta situación de mierda. No soy bueno tomando decisiones, es algo que siempre he sospechado y ahora lo estoy confirmando.



Dos semanas después.

—¿Que has hecho qué? —inquiére Nathan, sin dar crédito a lo que acabo de decirle.

—¿Acaso estás sordo? —le increpa Julian, bastante molesto también—. Ya sabéis lo que dicen: cara bonita, cabeza hueca. Y, sin duda, eres el más guapo, aunque también el más tonto de todos.

—Poneos en mi lugar... —les pido—. ¿Qué otra cosa podía hacer? No puedo dejarla así. Serán solo unos meses y...

—Ethan —me corta Damian, tan serio como siempre—, entiendo que has querido obrar adecuadamente, pero engañarla no es la solución. No quieres a Adelaine y esto solo empeorará las cosas.

Suspiro. Resoplo. Bufo.

No me entienden, ninguno lo hace.

—Solo serán unos meses y, después, cada uno seguirá su vida. —Hago hincapié de nuevo en la misma idea, a ver si así lo comprenden de una puta vez.

—Y eso... ¿lo dices tú o ella? —cuestiona Nathan, soltando la taza de té que tenía en las manos—. Ya sabes que no me gusta juzgar a nadie, cada cual que sea consecuente, pero Adelaine no ha parado hasta conseguir lo que quería: a ti. No va a dejarte ir fácilmente. Eres muy joven para hipotecar tu vida por tres polvos.

Bufo de nuevo.

Me jode escucharlos. Claro que lo hace, porque ya sé que esta no ha sido la mejor decisión, sin embargo, no sé cómo ayudarla. Mis hermanos piensan que me estoy equivocando al haber accedido a tener una relación con ella y no entienden que eso ha sido propiciado porque se ha visto sola después de que Nassef la dejase al enterarse de nuestra *relación*. Me enteré de todo hace una semana y, desde entonces, estoy pensando en ello. Me llamó para hablar y explicarme bien todo lo sucedido. Según me contó, bastante afectada por cierto, su prometido lo tenía todo orquestado. Nos había descubierto gracias a un detective privado (supongo que así fue como llegaron las imágenes a manos de Damian) y esperó a estar en un acto oficial y la repudió en medio de una recepción llena de gente y periodistas. Ha sido tal la repercusión que ha tenido su comportamiento que me ha confesado que incluso su padre la ha amenazado con desheredarla si

no arregla la situación y se retracta de lo ocurrido. Yo solo quiero ayudarla, que no se encuentre sola en un momento así, porque... soy parte del problema. Claro que lo soy. Dos no follan si uno no quiere. Y yo estaba más que dispuesto. Ahora solo intento apoyarla en un mal momento y que no se sienta sola mientras afronta a la prensa con el escándalo que se va a montar en cuanto se filtre la noticia.

—Serán solo...

—Unos meses, eso ya lo has dicho —me corta Julian—. Oye, la chica está cañón, pero no merece la pena atarse a un par de tetas cuando el mundo está lleno de ellas.

—¡Joder! ¡Qué burro eres, Julian! —lo corta Nathan, echándose a reír—. Eres mayor que él, deberías decirle que...

—¿Qué? —interrumpe Julian.

—¡Ya está! —Damian se mete en medio de la supuesta pelea de gallos que está a punto de suceder entre estos dos. Ambos tienen una manera muy diferente de ver la vida y, por si fuese poco, ambos consideran que la suya es mejor que la del otro—. ¿Y se vendrá contigo, aquí, al ático? —pregunta, señalando el salón.

—No, no, no... —aseguro. Creo que no sueno convincente—. Le dije que se buscase un apartamento. Mi casa es mía. Noooo —repito, para intentar creérmelo.

Sé que Julian va a replicar algo, aunque no le da tiempo. Hay ruidos en el rellano. Golpes, hombres hablando...

—¿Qué cojones...? —digo, mientras me levanto y voy a ver a qué se debe tanto alboroto.

Mis hermanos vienen detrás y los cuatro nos quedamos anclados en el umbral al ver lo que tenemos frente a nosotros: montones de muebles y la puerta del ático de enfrente abierta. Los hombres que hemos escuchado son los encargados de la mudanza, los cuales discuten sobre cómo mover un aparatoso sofá más grande que el pasillo en el que está.

—Uh, ¿vecinos nuevos? —pregunta Nathan.

Me encojo de hombros, sin entender nada. Se supone que esa casa es de una pareja mayor que la habían comprado para su nieto, el cual estaba en Francia acabando sus estudios y no volverá hasta dentro de un par de años.

—¡Ethan!

La voz de Adelaine se cuela por entre los muebles que inundan el pasillo. Me quedo perplejo al verla venir hacia mí. ¿Ha salido del ático?

No soy capaz de articular palabra cuando me doy cuenta de que sí, así ha ocurrido.

—Solo unos meses, ¿eh? —Damian me toca el hombro—. La llevas clara —es lo último que me dice antes de volver adentro.

Julian y Nathan se quedan en silencio mientras son testigos de cómo Adelaine se acerca a mí, me come la boca con total tranquilidad y, justo después, me informa de que ha alquilado el apartamento de enfrente para que podamos estar «disponibles» siempre que queramos.

¿Qué he hecho? Para una vez que intento ayudar a alguien y ser un caballero...

¡Me cago en mi puta estampa!

Ethan

La observo de reojo mientras caminamos hacia el descampado donde dejé el coche anoche. Por suerte, o por desgracia, según se mire, ha dejado de nevar en algún momento de la noche y la carretera es transitable, al menos, por el momento. Resoplo. Aún estoy algo molesto y me cuesta disimularlo, porque me parece increíble su actitud. No me puedo creer que, cuando terminó de vestirse, en vez de pedirme que la acercase al pueblo, me diese las gracias de manera cordial por ser tan atento con ella y se despidiera de camino a la puerta.

Pero...

¿Qué cojones...?

¿Desde cuándo son las tías las que me dejan con dos palmos de narices?

No me lo esperaba.

Petrificado me quedé al oírla. Plantado en el pasillo de la habitación, como un imbécil, viéndola salir, hasta que por fin reaccioné y corrí tras ella.

Cuando la alcancé, estaba ya frente al ascensor. La detuve y le pregunté que a dónde iba, me dijo que el tren salía en quince minutos y no podía perderlo. Tenía una hora hasta llegar al pueblo, también, debía hacer algunas cosas en la casa y regresar a su puesto de trabajo antes de las cinco. Como es obvio, me negué en rotundo. Yo la llevaría de vuelta, por supuesto. De hecho, esa era la idea principal al subir anoche hasta aquí, que volviese conmigo.

—¿Quién es? —le pregunto, para cortar el silencio incómodo que tenemos.

Ella niega un poco con la cabeza y vuelve el rostro hacia donde el tipejo ese todavía está de pie, en la entrada del hotel, la cual aún divisamos desde aquí.

—¿Edward? —cuestiona de manera retórica—. Es mi encargado, creo que te lo dije ayer —me contesta, aunque siento que me oculta algo más.

Siento ira, un enfado enorme que quiere salir. ¿Por qué no me dice la verdad? Ese tío estaba en la recepción del hotel cuando hemos salido y la cara con la que me ha mirado no es la de un encargado que se sorprende de ver a su trabajadora acompañada, es la de un gilipollas al que no le gusta lo que tiene delante, la de uno a quien le fastidia comprobar que Ava ha pasado la noche conmigo.

Soy un tío, ¡joder!, sé de lo que hablo.

—¿Tu encargado?! —Mi tono no pasa desapercibido. Se gira hacia mí y se para en seco—. Ese tío quiere darte algo más que un simple uniforme para trabajar. Yo diría que...

—Tú no dices nada —me interrumpe de inmediato—. Eso es asunto mío —zanja la conversación justo al llegar donde está el coche aparcado.

Ambos nos metemos dentro y emprendemos el camino de vuelta. Ella mirando por la ventanilla y yo con un cabreo de mil demonios mientras intento centrarme en la carretera y borrar de mi mente la cara de ese baboso que la ha saludado con tres señores besos, algo que aquí solo se hace si conoces muy bien a la persona a la que se los das.

¿Relación laboral? ¡Y una mierda!

Además, no ha quitado la mano de su cintura en todo el rato que ha estado hablando con ella.

¡Me cago en todo!

La media hora de camino en absoluto silencio ha sido una condena. Me moría por decirle algo, pero ella ni siquiera me miraba. Bien podría haber comentado cualquier tontería que la hiciese girarse hacia mí, aunque tampoco sabía cuál para no meter la pata. Me da la impresión de que Ava es más compleja de lo que puede parecer a simple vista y yo no soy muy bueno en asuntos complicados. A los hechos me remito.

—¡Llegamos! —le digo, intentando atraer su atención hacia mí.

—Gracias.

Me mira de manera fugaz, me sonrío de forma algo forzada y se vuelve para salir del auto. Antes de que lo haga, la agarro de la mano. Quiero que se gire de nuevo y quiero...

Cuando la tengo de frente, me quedo en blanco y esto es la primera vez que me pasa en la vida. Pienso rápido, ideo algo y digo la primera cosa que se me pasa por la mente.

—La habitación está reservada hasta el sábado. —Y sin quitar ojo a su cara de sorpresa, con la mano libre, le tiendo la tarjeta que abre la puerta y que estaba guardada en el bolsillo de mi chaqueta.

Ella se queda mirándola y no la coge. Le muevo la mano y pongo la palma hacia arriba. Se la doy.

—¿Por qué? —cuestiona incrédula.

—Porque ayer me contaste que tenías que hacer inventario cada noche.

—Sí, así es. Gracias —repite—, pero no puedo aceptarlo. Te dije que te lo pagaría y...

—Ni quiero ni necesito que me pagues nada. No voy a dejar que duermas en el almacén ni que regreses de madrugada en taxi o cómo mierda quieras desplazarte. No es seguro. De este modo, perderás menos tiempo y descansarás más.

—Ethan, yo quiero...

—No voy a aceptarlo.

La veo dudar y eso no me gusta.

Sin pensar demasiado o, mejor dicho, nada, me dejo llevar. Me acerco rápido a ella, le acaricio con suavidad la mejilla con el pulgar, antes de plantarle un beso en la boca. Noto que se sorprende, al igual que me ha pasado a mí al ser consciente de que esto era lo que me apetecía hacer desde antes de detener el vehículo.

Me separo despacio, aunque no tanto como para que el aire corra con libertad entre nosotros. Apoyo la frente en la suya, cubierta por ese gorro rosa que tanto me molestó ver el día que la conocí.

Estamos muy cerca uno del otro, demasiado. Podría volver a besarla con tan solo acortar unos mínimos centímetros y...

—Ethan, cariño, ¿qué haces?

La voz de mi abuela a través del cristal me hace cerrar los ojos con fuerza. Ava comienza a reír de manera nerviosa y yo la imito. Tan solo unos segundos es lo que tarda ella en volver a darme las gracias y bajarse rapidísimo del coche para saludar a mi abuela, quien nos observa con picardía.



Damian: Entonces, ¿ese es tu plan?

Ethan: Sí, básicamente. Creo que ese tío la acosa y quiero que sepa que estoy aquí.

Julian: Ethan, no vayas de caballero andante que la otra vez te convertiste en el ogro. Deja los cuentos de princesas para las niñas.

Gabriel: Oye, ¿soy al único al que le parece que Ethan está buscando una excusa para pasar más tiempo con la vecinita de las trenzas? ¿O, quizá, está algo celoso?

Ethan: ¡Que no tiene trenzas, cateto!

Alex: ¡Eh, sin insultar!

Ethan: ¡A ti no te he dicho nada!

Gabriel: Pero compartimos ADN, así que todo lo que me digas a mí...

Alex: Exacto.

Ethan: Paso de vosotros.

Damian: En primer lugar, me parece bien que quieras ayudarla, aunque no lo hace el hecho de que, en el proceso, te acuestes con ella. Aun así, si vas a hacerlo, déjale las cosas claras y, por supuesto, tenlas tú también. No mezcles conceptos. Eso nunca sale bien.

Julian: Sin que sirva de precedentes: coincidido con Damian. Esa cara de muñeco Ken que tienes después te trae problemas. Ya lo sabes.

Ethan: ¿Podéis dejar de tocarme los cojones?

Julian: Creí que ya tenías candidata para eso.

Damian: Julian, vete a lo que sea que estuvieses haciendo. Deja al chico en paz. Te llamo, Ethan.

Ethan: OK.



La conversación con Damian me ha dejado en *shock*, porque he dicho cosas que no sabía ni tan siquiera que las pensase. Es lo que tiene hablar con él, que parece conocerme, a veces, mejor de lo que lo hago yo. Siempre tan correcto, tan serio, meticuloso... Somos totalmente contrarios y por eso me ayuda tanto cuando hablamos sin tapujos y sin que me eche la bronca. Para mí es algo así como la voz de la experiencia. Antes no solía hacerle caso y me parecía una mosca cojonera, sin embargo, me he dado cuenta de que he estado siempre muy errado con él.

Hablando con mi hermano he sido consciente de que hay algo más que me atrae en ella, que no es solo sexo, y quiero averiguarlo. Eso sí, con cuidado. No deseo que se entere de algunas partes de mi pasado y salga corriendo como quien huye del mismo demonio. Y, por supuesto, tampoco quiero que el resto de los Blackwood sepan nada o no dejarán de tocarme los huevos con el temita. ¡Como si los estuviese escuchando ya!

Damian me ha dicho que concuerda con mi idea de acompañar a Ava estos días para que el impresentable de su jefe se dé cuenta de que no está sola y se olvide de intentar acortar distancias en cada ocasión. Es un modo de ayudarla sin parecer que lo hago y, además, puedo pasar tiempo con ella y descubrir eso que Damian me ha dejado entrever y que me tiene tan confuso. Él prefiere no inmiscuirse en ese tema, aunque asegura que tiene clara mi situación; no como yo, que insisto en que todo esto se debe a la necesidad de ayudar a una *amiga*, con la que he compartido más de lo que se consideraría adecuado para ser amigos.

Está claro que no hay peor ciego que el que no quiere ver. O eso es lo que me ha dicho Damian justo antes de colgar y dejarme más confundido de lo que estaba.



Estoy en la ventana y, al verla salir, me dispongo a hacer lo mismo. No sé nada de Ava desde que la dejé en su casa esta mañana, pero eso tiene fácil solución.

—¿A dónde vas? —me pregunta mi abuela desde los fogones.

—Llevas todo el día pegado a esa ventana —añade mi abuelo.

No les contesto, tan solo los miro, me acerco a ellos mientras sonrío y les doy un beso.

—¿Ethan? —me reclama de nuevo—. La cena estará a las...

—No me esperéis para cenar —les digo desde la puerta, a punto de salir de la cocina—. Ni para dormir —añado.

Escucho al abuelo reír y a la abuela decir algo que no logro descifrar. No me preocupa demasiado en estos momentos. Tengo una idea en mente y no voy a parar hasta conseguirla.

—Ah, me llevo el coche —añado, justo antes de tomar las llaves de la entrada y salir raudo tras Ava, que ya cruza la calle.

21

Ava

¡No me lo puedo creer!

¡Tierra, trágame!

Si es que... no sé por qué no lo hace con la cantidad de veces que se lo pido.

Miro a mi lado y lo veo conduciendo, atento a la carretera. Está en silencio, pero no es como esta mañana. No. Ahora es uno cómodo. No necesitamos hablar, al menos yo, porque estoy tan confundida que ni las palabras me salen.

¡Ha venido a buscarme a la parada de bus!

¡Me lleva al trabajo!

Esto era cosa de una noche, ¿verdad?

Aparto los ojos de su rostro, ese que parece esculpido y que cada vez que veo me pregunto cómo es posible ser tan guapo, y clavo la mirada en el paisaje.

Saco el móvil y le escribo a mi hermana.

Ava: Me lleva al trabajo. No puedo dejar que se piense lo que no es. No puedo distraerme con estas tonterías.

Mia: ¿En serio? Además de guapísimo, atento. ¡No te quejes! Te ha tocado la lotería.

Ava: Pero... ¿tú estás tonta? No me sobra el tiempo para dedicarme a jugar a los cuentos de hadas. Mia, ¿qué hago?

Mia: Carpe diem, hermanita.

Ava: ¡¿Qué?!

Mia: Estoy en clase. Un beso.

Me quedo con cara de idiota mirando la pantalla. Mia se ha desconectado de inmediato. No recordaba que tuviese clases a esta hora, de hecho, creo que me ha colado una mentira como una casa de grande.

—¡Será posible! —gruño, sin acordarme de que estoy acompañada—. La mato. Tener hermanas para esto... de verdad. Es que es... luego me dirá que... Arg, no la soporto.

El carraspeo de Ethan, ese sonido que ya se me hace tan familiar al oírlo, me trae de vuelta. Lo miro y veo cómo me observa con atención.

—¡¿Qué haces?! Mira la carretera, que ¡nos vamos a estrellar! —le digo de inmediato. Él rompe a reír y en menos de un segundo me percató del motivo que le causa tanta gracia. Iba tan ensimismada en mi conversación, que no me he dado cuenta de que ya hemos llegado. Es más, estamos parados frente a la puerta de la tienda—. Ups. No me...

—¿Haces mucho eso de abstraerte y olvidarte del resto del mundo? —me pregunta. Sin embargo, se está riendo, como si no le molestase que lo estuviese ignorando hasta el punto de no haberme fijado ni siquiera en que ya estábamos aquí.

—Bueno, estaba hablando con mi hermana y... Ethan, yo... —empiezo, pero me callo de golpe al ver que se quita el cinturón y se acerca un poco más a mí—. Yo... —continúo. Él levanta una mano y la posa en mi mejilla. Empiezo a darme cuenta de que es algo que siempre hace antes de besarme. La electricidad que me provoca ese gesto y el pensamiento de lo que va a

continuación me eriza el vello de la nuca y ocasiona un revuelo muy intenso en mi interior—. Yo soy... complicada.

—Eso ya lo sé —me contesta, sonriendo.

Quiero decirle algo más, pero no lo hago. Me quedo en blanco y me pierdo mirando esos labios rosados, ni muy finos ni muy gruesos, simplemente, perfectos. En sus dientes, tan blancos que podrían competir con la nieve recién caída. Un suspiro se me atraganta cuando intenta salir y yo lo retengo.

Mi atención sube un poco y se clava en sus ojos azules, en los que un brillo travieso despunta ahora mismo, los mismos que se transforman en un mar embravecido cuando está excitado, esos que me observan como si me conociesen al completo, como si pudiesen leer mi alma y, sobre todo, como si la comprendiesen y aceptasen sin más.

Trago saliva e intento volver a la realidad, la misma en la que soy consciente de que los chicos como él no son buenos, no son lo que nos convienen a chicas como yo y esos que...

¡Que besan como si fuesen el mismísimo diablo! Que te arrastran al infierno del pecado y a los que sabes que les venderías tu alma si te lo pidiesen.

—¿Ava? Menos mal que has llegado. Necesito ayuda adentro...

La voz de Anise me saca de esta ensoñación, porque el mirar a Ethan podría considerarse como algo así. Cierro los ojos para recomponerme antes de girarme hacia ella y la risa del nieto de los Keller me hace abrirlos de nuevo. Al hacerlo, me encuentro de frente con los suyos.

—Esto comienza a convertirse en costumbre —me suelta.

Me percató de que su mano sigue en mi rostro, trazando pequeños círculos con el pulgar sobre mi pómulo. Y, aunque quiero apartarla, no puedo. Lo reconozco, me gusta más de lo que debería tenerlo de este modo. Debo admitir que me encanta su tacto y que, mientras lo hace, me remueve todo por dentro y me hace sentir especial.

—Eso parece —contesto como autómatas, sin mirar a mi compañera, la que, por otro lado, no sé qué hace fuera de la tienda si tanta ayuda necesita—. Creo que debo... —indico, moviendo la cabeza hacia el exterior.

—Sí.

Ethan aparta la mano y yo, sonriendo como una tonta, porque este chico me hace sentir así, tonta y alegre a la vez, me giro con intención de salir del coche. Antes de alcanzar la maneta, me llama. De manera automática, me vuelvo de nuevo hacia él y, al hacerlo, pega su boca a la mía. Me olvido de que Anise está fuera, me olvido de que esto no debería de estar pasando, me olvido de que... me olvido de todo, excepto de la calidez de sus labios, de la humedad de su lengua mientras juega con la mía y del calor que me produce en el vientre las ganas de volver a sentirlo dentro de mí.



Cinco días después.

Estamos en la puerta de casa, dentro del coche de Thomas, como cada mañana, haciendo el estúpido intento de despedirnos. Repartiéndonos besos por doquier y pareciendo dos adolescentes ansiosos.

Y es que... las cosas han cambiado mucho durante esta semana. Ni siquiera yo soy capaz de

procesar todo lo ocurrido. Después de aquel encuentro, nada fortuito por cierto, en la parada de bus, eso se convirtió en costumbre. Cada día, a las cuatro y cuarto de la tarde, Ethan estaba puntual en la puerta de casa para llevarme al trabajo y permanecía allí, en la estación de esquí, paseando o vete a saber haciendo qué, hasta que la tienda cerraba y entonces, como por arte de magia, él aparecía para echarme un cable con el inventario. Su ayuda ha hecho posible que pudiese terminar antes de lo que pensaba en un principio y, así, podíamos ir luego al hotel para disfrutarnos del mejor modo posible.

No sé cómo me he metido en esto, solo sé que estoy a gusto y que me va a costar salir de esta agradable y placentera situación. Estos días han sido fantásticos y no solo por el sexo, que también, ha sido un cúmulo de cosas. Hemos comido, reído, hablado... He descubierto que tiene cinco hermanos, todos chicos y, según él, a cuál más tocapelotas; también, que fue su madre quien le enseñó el idioma y que siempre hablaba con ella en alemán, además de enseñarle nuestra variante suiza, de ahí que se comunique tan bien y que no tenga ni siquiera un pequeño acento que lo delate. Me ha sorprendido saber que es «hijo de la gran manzana», porque jamás lo hubiese pensado. No lo parece. Lo que no he averiguado es el motivo que le ha traído hasta aquí, sin embargo, tampoco creo que sea algo más importante que una visita familiar.

Y así, con todo lo que he conocido de él, he admitir que Ethan, alias El nieto de los Keller, me gusta más de lo que debería.

Lo que me genera desazón es que pienso que no permitirme el lujo de emplear el poco tiempo que tengo *libre* en estar con alguien como él. Ni como él ni como nadie. Mi vida se resume en trabajar y cuidar a mamá.

—Ethan... —comienzo, a ver si soy capaz de cortar con esto sin ser la villana de la historia.

—Dime —contesta, separándose lo justo y necesario de mi boca. Empieza a repartir besos por mis mejillas, logrando que me distraiga y se me olvide lo que le iba a decir.

—Ethan... —repito.

Al oírme, él se aleja un poco más y me mira. Imagino que se ha dado cuenta de que me despista con tanto beso y no soy capaz de concentrarme en lo que quiero decir.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que entrar y... —Me pierdo en sus ojos azules.

—¿Y?

Inspiro antes de seguir. Evito su mirada, así puedo centrarme mejor en lo que debo decirle.

—Ha estado bien, muy bien, pero...

—¿Por qué te cuesta tanto, Ava? —me cuestiona y de verdad veo que no entiende mi postura—. ¿Qué te impide esto?

Su pregunta me deja en *shock* por un momento.

—¿Esto? Es que tengo responsabilidades y...

—¿Responsabilidades? —repite, muy serio—. ¿Es Edward?

—¿Edward? —replico de inmediato, sin dar crédito a lo que dice—. ¿Qué tiene que ver él con esto? —cuestiono, moviendo la mano entre él y yo, dando a entender que «esto» es, en realidad, «nosotros», solo que me cuesta admitir que hay un «nosotros».

—No lo sé —responde—. Dímelo tú.

—¿Yo? Estás paranoico, Ethan.

Me molestan los celos y las recriminaciones, no las soporto y no estoy dispuesta a aguantar una escenita de nadie. Está bien, quizá sean imaginaciones mías, es imposible que Ethan esté celoso y mucho menos de Edward. Sí que es verdad que cuando se han cruzado durante estos

días, su actitud ha cambiado. Me di cuenta el primer día que llegó a la tienda de improvisó y, después, ha seguido así. Cada vez que mi encargado aparecía y Ethan estaba cerca, me pegaba a él, me tomaba de la cintura y en una ocasión, hasta se despidió con un beso. Entonces, preferí ignorarlo, porque estaba cansada y sin ganas de discutir, pero ahora no voy a mirar para otro lado.

Me doy la vuelta y me bajo del coche. El frío helado me da en el rostro y me hace aguantar la respiración para que no se me congelen los pulmones. Aun así, ni el aire polar que sopla hoy es capaz de eliminar el malhumor que tengo ahora mismo. Echo a andar hacia mi casa. Ni siquiera me preocupo de qué hace él. Simplemente, saco la llave y entro.

Ethan

Salgo del coche y voy directo a su casa. Entro antes de que cierre la puerta. Ava se vuelve hacia mí y me mira sorprendida. Tal vez esperaba que me quedase en el auto y dejase estar el asunto. Pero no, no lo voy a hacer. Me arde la sangre cada vez que veo a ese tío y cada vez que observo cómo la toca o la mira. Y lo que más me cabrea es que ella no haga nada por impedirlo.

—¿Qué haces?! —me recrimina, cuando me ve tras ella, cerrando la puerta de su casa—. Nadie te ha invitado a entrar.

—No hemos terminado la conversación —le replico, intentando ignorar el malhumor que tengo.

—Yo sí he acabado de hablar. Adiós, Ethan —me dice.

—Pero ¿qué cojones te pasa?!

Ella se detiene, pues estaba quitándose el abrigo y el gorro, y, tras dejarlo todo en la percha de la entrada, se vuelve de nuevo hacia mí. Me mira con esos ojos tan expresivos y puedo leer en su mirada que, aunque aparenta enfado, lo que está en realidad es asustada. ¿De qué? ¿De mí?

—Ava —la llamo, bajando el tono de voz. Doy un par de pasos hacia ella. Me esfuerzo por parecer relajado y desechar el malhumor que me invade—. Hablemos tranquilos, ¿de acuerdo?

Ella me observa atenta. La escucho inspirar con fuerza y después traga saliva de manera pesada. ¿Cómo hemos pasado de comernos a besos a lanzarnos puñales de esta forma o, lo que es peor, a que me mire como si fuese su peor pesadilla? Sin decir nada, se va hacia la cocina.

Tardo unos segundos en ir tras ella. Primero quiero serenarme un poco, aunque no lo consigo del todo. Cuando me dispongo a seguirla, me cruzo con Malena, que sale del pasillo por el que ha entrado Ava. Se queda parada al encontrarme de frente, pero no parece sorprendida. Nos ha oído discutir al entrar, estoy seguro. Tan solo me saluda con una inclinación de cabeza, toma el bolso que está en el recibidor y se va en silencio. Imagino que no quiere decir nada que pueda alterar la situación más de lo que ya está.

Camino despacio mientras voy respirando pausadamente para terminar de recomponerme, porque, no solo quiero aparentar estar relajado, quiero estarlo. No me apetece discutir con ella. No me gustan las discusiones. Es más, siempre las evito porque creo que son un sinsentido. Nadie gana cuando se discute, al contrario, perdemos todos. Eso es algo que me enseñó mi madre y algo que siempre he practicado, sin embargo, en esta ocasión ha sido algo incontrolable para mí y eso me descoloca mucho.

Llego a la puerta de la cocina y la encuentro allí. Está de pie, junto al fregadero. No puedo verle el rostro, pues está de espaldas. Tampoco parece muy tensa. Quiero acercarme y rodearla con los brazos, pero una fuerza que no reconozco en mí me impide dar los pasos necesarios para acortar la distancia entre nosotros, y no me refiero solo a la física.

Mi teléfono suena y yo maldigo por lo inoportuno que es. Lo saco para acallararlo cuando veo en la pantalla que es Damian. Le cuelgo de inmediato. Ava, al escuchar el tono de la llamada, se vuelve hacia mí. Y es entonces cuando la veo bien. Tiene los ojos brillantes, acuosos. ¿Está llorando? Me siento un auténtico mierda, un capullo que no tiene perdón por haber empañado de

tristeza esa mirada tan transparente y sincera.

Mi móvil vuelve a sonar. Me preocupa, porque Damian no es de los que insisten si no hay un motivo importante. Aun así, apago el aparato. No hay nada más importante ahora mismo que borrar esa angustia que reflejan sus ojos.

—Ava —la llamo desde mi posición. Deseo acercarme, pero no estoy seguro de cómo recibiré ese gesto.

Ella agacha la mirada y echa a caminar hacia la mesa. Coloca sobre esta el vaso de agua que ha cogido y, rodeándolo con ambas manos, suspira.

—Ethan, no soporto los celos. Dejé a mi ex por ese motivo. No voy a aguantar una sola escena de este tipo. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme en este momento. Estos días han estado bien, pero...

Avanzo despacio, temiendo lo que sé que va a decir. Aun así, me callo, porque... ¿celos? ¿En serio parezco celoso? Me vienen a la mente las últimas conversaciones con mis hermanos, sobre todo, aquellas en las que Nathan me decía exactamente eso: «Estás celoso, Ethan», «Tú no lo ves, pero son los celos los que te hacen pensar mal de todos», «Tal vez no sea solo su jefe, sean amigos, aunque los celos te tienen cegado». Y muchas más que no quiero reproducir en mi cabeza, porque... ¡Yo no soy celoso!

«Quizá, nunca lo has sido... hasta ahora», me indica una voz en mi cabeza.

¿Puede ser eso posible?

Me coloco de pie junto a ella y con la mirada le pido permiso para sentarme a su lado. Accede y lo hago.

—No soy celoso, Ava —empiezo. ¡Error! Su cara me dice que ese no es una buena manera de empezar esta conversación—. Está bien, quizá me he comportado como un cavernícola —reconozco, y esa declaración saca una pequeña sonrisa de sus labios—. Es que no sé si es que no te das cuenta o es que te gusta esa situación... Pero a mí... a mí... a mí me arde todo por dentro cuando lo veo tocarte y mirarte de esa manera. Es como... como...

—Ethan —me corta.

—No, Ava, no. Es un baboso, por decirlo con palabras sutiles, y tú te dejas, y yo...

—Edward no es un baboso —afirma, contundente.

—¿Lo defiendes? ¿Es que te gusta que te esté acosando? ¿Es que...?

—Edward es mi ex, Ethan.

—¡¿Qué?! —es lo único que soy capaz de articular.

Entre las mil y una posibilidades que había pintadas en mi cabeza, ninguna era esa.

—Es una larga historia y ahora tengo cosas que hacer.

—Resúmela. —Ava suspira y me mira. Agacha la mirada y da un trago al vaso de agua. Estoy expectante, porque continúa callada después de beber—. Por favor —añado.

Al fin, levanta los ojos de la mesa y asiente mientras me observa con atención.

—Podría decirse que Edward ha sido mi único amor. —Siento ganas de replicar a eso, por suerte, me doy cuenta de que no soy yo quien quiere hacerlo, sino el monstruo verde que anida en mí, al que le molesta imaginarla en los brazos de ese tipo. Aun así, consigo controlarlo y no digo nada—. Nos conocimos en el instituto. Me enamoré al instante de él y a los dos meses me pidió salir. Estuvimos juntos dos años. Lo dejé porque empezó a exigirme explicaciones por todo, le molestaba cada amigo que se acercase a mí y comenzó a controlarme más de lo debía. Mi madre presencié una discusión un día, desde la ventana, y cuando entré en casa me dijo que eso debía acabar ya. Que no le permitiese ese comportamiento si no quería acabar como ella. Y

le hice caso. Lo dejé. Cuando me mudé aquí y empecé a buscar trabajo, Edward apareció como mi salvador. La tienda de la estación de esquí estaba a punto de abrir y buscaban personal. Me contrató sin pensarlo. Le estoy muy agradecida por eso. Hace cosa de un par de meses, me pidió una segunda oportunidad, me aseguró que ya no era el mismo, que aquello fue cosas de críos inmaduros. Yo no creo que las personas cambien. Nunca lo hacen. Y él, como respuesta, tan solo me dijo que se había propuesto demostrarme que estaba equivocada.

—Cretino —suelto por lo bajini.

—Ethan... —me reprende.

«Mierda, me ha escuchado».

—Lo siento. Continúa.

—No hay más. Edward es todo un caballero, jamás se ha propasado conmigo y esos gestos que tanto te molestan son fruto del cariño que compartimos y que él quiere recuperar.

Me quedo en silencio intentando procesar lo que oigo.

—Y tú, ¿quieres recuperarlo?

Ava me sonrío con tristeza y eso me descoloca. ¿Por qué esa actitud alicaída? Finalmente, se encoge de hombros.

—No, no entra en mis planes tener pareja.

Sus palabras me dan de lleno como si fuesen una bofetada. ¿Por qué? Yo tampoco he querido nunca tener pareja. Entonces, ¿por qué siento que me asfixio? ¿Por qué me ha sentado tan mal oírle decir eso?

—Es bueno saberlo —contesto dolido y con la ironía desbordando en cada palabra.

No sé qué más decir o hacer.

—Ethan, no eres tú...

—Soy yo —acabo por ella—. Esa frase está muy manida, ¿sabes? Es demasiado típica. Dime otra cosa.

—Es que... soy yo, de verdad. Tengo una vida complicada y no puedo permitirme distracciones.

—¿Soy una distracción? Vaya, eso es nuevo. —No reconozco mi tono de voz. Esa ironía y desidia no son propias de mí, y, sin embargo, han salido de mi boca sin permiso, como si hubiesen estado esperando en la línea, atentas al pistoletazo que les diese la oportunidad de correr hacia fuera con total impunidad.

—Ethan, no tengo tiempo para esto. Mi vida se resume en trabajar para pagar la universidad de Mia y el tratamiento de mi madre. Tu abuela me hace de comer, porque no tengo tiempo, ni ganas ni dinero para hacerlo. ¿Entiendes? Lo poco que me sobra es para pagarle a Malena, porque mamá no puede estar sola.

Sus ojos se llenan de lágrimas y me hacen sentir el tío más insensible de la Tierra. Siempre pensé que mis problemas eran los más importantes, que nadie podía entender cómo me sentía, que viajar de un lugar a otro, desfilar y volver en apenas días era agotador. Creía que mi relación con Adelaine era complicada, por eso nadie me comprendía y ahora, con tan solo dos frases y unos ojos llorosos, Ava acaba de darme un golpe de realidad. Jamás pensé que alguien viviese tan agobiado por algo como el dinero, porque le habría dicho que todo se soluciona, que no hay nada que no se consiga... ¡Qué triste realidad la mía!

Voy a decirle cualquier cosa que la alivie, aunque aún no sé qué. Antes de que pueda hablar, vuelve a sonar el pitido que escuché la última vez que estuve en su casa, el día que la besé en la cocina.

—Si me disculpas... —Ava se limpia de un manotazo las lágrimas, se levanta rápido y se va.

Ah, no, esta vez no va a huir de mí. Quiero ver con mis propios ojos qué es lo que me aleja de ella, qué es eso que le impide sacar un poco de tiempo de su vida para dedicarme y por qué su vida es tan complicada.

Por eso, no me lo pienso más, salgo detrás de ella y subo las escaleras.

Ethan

Hace once meses.

Suspiro y me dejo caer en el sofá. Estoy agotado. El viaje desde Milán se me ha hecho eterno. He estado allí casi tres semanas desfilando sin parar, además de conociendo la ciudad y sus alrededores, su cultura y, por supuesto, sus mujeres. *Sono tutti bellissimi*. Evidentemente, lo he hecho todo con discreción, puesto que Adelaine y yo tenemos «una relación». O eso se supone. Para mí es solo sexo. Ella vive en el ático de enfrente y siempre está disponible, aunque yo quiero algo más y no me refiero a una relación estable, eso es algo que busca ella con ahínco, yo quiero libertad y poder experimentar cuanto me apetezca.

Julian me ha recogido en el aeropuerto y me ha puesto al día de todo lo que ha pasado en estas semanas. Cosas de hermanos.

Sé que me he quedado dormido cuando me despierto de un respingo al oír el sonido de una llamada. Parpadeo varias veces para intentar centrarme en el aquí y ahora. Me levanto con dificultad, porque estoy incluso mareado. El *jet lag* me está matando.

—¿Diga? —contesto sin tan siquiera mirar quién es. Nadie responde, solo se escucha una respiración al otro lado—. ¿Quién es? —Igual, silencio.

Por un lado, me acojono un poco, a pesar de que no soy de los que se amilanan con facilidad; de haber sido así, habría dejado de ver a Adelaine después de nuestro primer encuentro. No obstante, esto es va más allá. Damian me lo advirtió cuando recibimos las fotografías. Aun así, no le hice caso. Después del escándalo que se ocasionó cuando la prensa filtró la ruptura de Nassef y Adelaine, pensé que todo iría a peor. Pero no fue así. Al contrario, nada pasó. Unos cuantos fotógrafos tocapelotas y poco más. La noticia dejó de ser tal en un par de semanas, por lo que nadie supo nunca el verdadero motivo de su separación y ni mi nombre ni mi trabajo se vieron perjudicados. Por suerte y en contra de lo que decían mi padre y mi hermano, todo quedó en eso: un simple susto.

Ahora, empiezo a pensar que nada es lo que parece y que esto se debe a algo más.

Una nueva respiración me pone el vello de punta. Aparto el rostro, me retiro un poco del auricular y miro. Me doy cuenta entonces de un detalle, que puede ser insignificante, pero no lo es. Me están llamando al teléfono antiguo, al que solo uso para temas «específicos», es decir, para aquellas cosas en las que no quiero que se sepa mi número privado. Vamos, el que le doy a las chicas. ¿Quién ha localizado este...?

Vuelvo a pegarlo a mi oreja.

—¿Quién es? —pregunto otra vez, intentando que no cuelgue. Necesito hacer tiempo.

Mientras busco, repito una y otra vez lo mismo, a pesar de que sé que nadie me va a contestar. Revuelvo desesperado en el interior de la bolsa.

Por fin lo encuentro.

Tomo mi móvil, que estaba guardado en uno de los bolsillos laterales, y, al ver que aún está apagado, lo enciendo.

«Mierda», maldigo, al ver que me tiemblan los dedos.

Quiero hacerlo rápido y, aun así, soy incapaz. Tengo que localizar a Damian, necesito que me aconseje qué hacer y que escuche a...

El pitido al otro lado de la línea me deja claro que quien quiera que fuese ha colgado.

Me quedo con cara de idiota mirando la pantalla. El número está oculto. Seguro que hay algún modo de rastrearlo.

«Damian sabrá qué hacer».

Ethan

Al llegar al pasillo, veo todas las puertas cerradas y no sé en cuál ha entrado, aunque, al mirar bien, me doy cuenta de que una de ellas está entreabierta. Me acerco y la voz de Ava susurrando me confirma que está dentro.

—Relájate, ¿de acuerdo? ¿Qué ha pasado, mami?

Empujo con suavidad la madera y me quedo parado en el umbral al verla frente a mí. Juro que esto que tengo delante es algo que no esperaba. Si bien es cierto que me había dicho en un par de ocasiones que su madre necesitaba tratamiento, no pensé que sería... No sé, creí que sería... que no sería esto. Mis abuelos no me han dicho nada de esta situación, a pesar de que eran más que conscientes de que me estaba viendo con Ava. ¿Por qué?

Ella le da un beso a la mujer que está postrada en la cama y le toma la mano con delicadeza. Levanta el rostro y me mira con los ojos llorosos. Yo sigo de pie en la puerta, quieto como un pasmarote, sin tener ni idea de qué decir o qué hacer.

—Ahora ya lo sabes.

Ava habla en voz muy baja, para *evitar* despertarla. Ese pensamiento me pone la piel de gallina, ya que no creo que vaya a hacerlo.

Me obligo a dar unos pasos y acercarme. Y digo «obligo» porque no es que no quiera estar a su lado, es que la situación me ha tomado tan de sorpresa que no sé exactamente cómo afrontarla.

—Ava, yo... —comienzo, mientras me agacho y me pongo en cuclillas junto a la silla en la que ella se ha dejado caer.

—Déjalo, Ethan. Es lo que estaba intentando decirte: el único tiempo del que dispongo es para ella. No puedo tener distracciones, aunque quiera. Yo no...

Sin saber ni lo que hago, pues actúo por inercia, la abrazo antes de que termine de hablar y, sobre todo, de que rompa a llorar. Sé que lo haría. Su cara me lo está diciendo, sus frases entrecortadas, sus gestos... Las palabras se pierden en el aire y quedan ahogadas en mi pecho. No puedo verle el rostro, pero me rompe de igual modo oírle sollozar del modo en el que lo hace.

Permanecemos así un largo rato, no sé cuánto. Ella hipando y agarrada a mí como si fuese su único salvavidas. Yo, mientras tanto, la sostengo como puedo. Nunca he tenido que consolar a nadie y no tengo ni puta idea de si lo que estoy haciendo es o no lo correcto.

Cuando siento que está más relajada, bajo el rostro para intentar ver el suyo. Ava, al percibir mi movimiento, se separa un poco de mí y me mira. Lo hace despacio, como si le diese vergüenza.

—Ava...

Me doy un manotazo mental, porque, de verdad, parece que solo sé decir su nombre. Ella asiente y me parece que es capaz de entender mi falta de palabras.

Se levanta y, antes de que salgamos de la habitación, vuelve a inclinarse sobre la madre y le planta un nuevo beso en la frente. Una vez fuera, suspira hondo y echamos a caminar hacia el salón. Paso mi mano por su cintura, pues, pese al momento que estamos compartiendo, necesito

tocarla, sentirla pegada a mí y, sobre todo, que esté segura de que yo lo estoy junto a ella.

Una vez abajo, ya sentados en el sofá, se separa un poco de mí. Siento el frío que deja a mi lado y eso me confunde. ¿Qué tiene que me trastoca tanto? ¿Por qué todo es tan diferente con ella? ¿Es Ava o soy yo el que ha cambiado?

—¿Quieres...? —empiezo, y aunque no entienda el motivo, noto un nudo en la garganta al hablar.

Ella asiente de nuevo.

—Por favor, déjame contártelo todo. Quiero que me entiendas. No eres tú, Ethan. —Frunzo el ceño. No me agrada escuchar eso, ya que, pese a que me diga lo que sea, sigue con la idea de mandarme a paseo—. De verdad, me gusta estar contigo, pero...

—Esa palabra es demasiado jodida. Los «pero» nunca son buenos —agrego de un modo no muy agradable. Ella agacha la mirada y niega—. ¿Qué ocurre? Entiendo que tu madre esté en una situación complicada —vuelve a elevar los ojos y me observa mientras hablo—, sin embargo, tienes derecho a vivir tu vida.

Ava niega de inmediato. Siento que me estoy perdiendo algo y no soy capaz de comprender qué tiene de malo esta situación.

—Es complicado... —dice.

—Eso ya lo has dicho. ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué está así? ¿Por qué estáis así? —Quiero que tenga claro que me preocupa la situación, toda, TODA la puta situación que la tiene atada de pies y manos.

—Mi padre la maltrató durante años. Demasiados. Aguantó porque estaba sola, con nosotras. No tenía trabajo y él tampoco le permitía que lo buscase. Por ese motivo, me dijo que no aguantase jamás una escena de celos, un solo reproche a mi comportamiento y que no permitiese ni una sola vez que un hombre me dijese lo que tenía que hacer. Ella lo hizo y mira cómo acabó. No quería lo mismo para mí.

—Entiendo, Edward. —Ava mueve la cabeza en un gesto afirmativo, dándome la razón. Ahora comprendo eso que me dijo hace un rato de «si no quería acabar como ella».

—Nunca nos sobró el dinero, mi padre lo malgastaba en apuestas y putas. Le daba palizas cuando llegaba borracho, mientras que yo me escondía debajo de la cama e intentaba distraer a Mia para evitar que las escuchara. Ilusa, solo nos separan dos años. Mi buena intención nunca dio resultado.

—¡Hijo de...!

—Por suerte, una noche volvía borracho y se estrelló con el coche. Y así fue cómo pudimos respirar tranquilas por fin. Al poco tiempo, apareció Andreas, un hombre cariñoso que llegó a Interlaken de turismo. Conoció a mi madre, que entonces trabajaba en un supermercado, y surgió el amor. Él fue quien nos enseñó que era posible tener una familia que no diese miedo, se desvivió por nosotras. Fue una lástima que su historia no acabase bien y, al cabo de seis años, se separasen. A pesar de todo, seguimos teniendo contacto y lo queremos como si fuese un padre. De hecho, Mia se hospeda con él, en Alemania, al menos, así puedo ahorrarme el coste del alojamiento de mi hermana.

La observo mientras habla, aun así, no comprendo el porqué de esta historia. Me interesa saber cómo ha llegado esa mujer a estar en semejante estado, pero lo que Ava me cuenta se remonta demasiado en el tiempo. Tengo la impresión de que quiere justificarme SU comportamiento más que cualquier otra cosa. Lo que desconoce es que soy muy cabezota y que no soy de los que renuncian a lo que quieren así porque sí, sin motivos de peso que me obliguen

a ello.

—¿Y cómo...? —pregunto, ya que me mata la curiosidad.

—Hace dos años tuvo un derrame cerebral. Nadie lo esperaba. No entendíamos el motivo por el que... Hubo una doctora que me comentó que era bastante probable que, tras tantas palizas, tuviese daños internos, que, con el paso de los años, le hubiesen provocado el derrame o ayudado a que pasase. Mi padre era una mala bestia e incluso después de muerto ha seguido amargándonos la vida. —Quiero decirle algo, pero no sé qué...—. Perdió la movilidad de la mitad del cuerpo. Estuvo así año y medio. Todo era complicado entonces y...

—¿Cómo ha llegado a estar así?

—Hace seis meses le dio un ictus debido a toda esa falta de riego cerebral. Llevábamos unos meses viviendo aquí, yo apenas había empezado en la tienda y sucedió mientras estaba trabajando. Ella insistía en que estaría bien y, al no poder permitírnos gastar más de lo necesario, accedí. Al llegar a casa, la encontré en el suelo. Fue tan súbito que no pudo avisar a nadie. Los daños fueron irreparables. Ahora está consciente, escucha y siente, pero ni siquiera puede hablar. Ese pitido que has oído es la máquina que la monitorea día y noche, y cuando se alteran sus constantes, suena.

No soy capaz de articular palabra, pese a que callado me siento un completo inútil. ¿Qué le digo? No hay nada que pueda arreglar esto, ni el puñetero dinero... como siempre he creído. De repente, el recuerdo de la conversación entre Malena y mi abuelo viene a mi mente. Me parece que todo va cobrando sentido.

—El coche que tienes...

—No puedo ir con él a trabajar. Es mejor que Malena lo tenga aquí, por si ocurriese algo.

—Algo... ¿Cómo qué?

—Los médicos me indicaron que hay riesgo de que se le repita el ictus y... ¡la ambulancia tardó media hora en llegar la última vez! —Las lágrimas que lleva reteniendo desde hace un buen rato, asoman y comienzan a resbalar por sus mejillas—. Además, el hospital está en Interlaken. No puedo permitir que todo sea peor por el simple hecho de ir más cómoda al trabajo. Si le sucediese por eso...

—Ava, no creo que, en ese supuesto, pudieras llevar a tu madre en el coche. Mírala, no puedes cargarla como si nada. Necesitarías una ambulancia.

—Tú no lo entiendes. ¡Fue mi culpa que no recibiese asistencia inmediata! ¡No había nadie con ella! ¡Por eso está así...!

Y, sabiendo lo que está a punto de ocurrir, acorto toda la distancia con ella y la estrecho contra mí.

Ava

Me rompo de verdad en el instante en el que esas palabras salen de mi boca. Cuando soy capaz de reconocer en voz alta que me siento culpable de la situación de mi madre. Ese día me entretuve, porque Edward quería hablar conmigo. La conversación se alargó y al llegar a casa ya era demasiado tarde. Y eso es algo que no podré perdonarme jamás.

Nunca había sido capaz de decírselo a alguien, ni siquiera yo lo sabía de manera consciente. Pero está claro que esa idea estaba dentro de mí y soltarla por primera vez me había hecho daño y me había ayudado a sanar un poco a la vez.

Estoy abrazada a Ethan. Le rodeo el cuello con fuerza y tengo el rostro enterrado en él. Por momentos, me siento idiota por haberle confesado un sentimiento de esa envergadura. Precisamente, a ÉL. Solo lo conozco de unas semanas y, sin embargo, tengo la sensación de que puedo confiarle lo que sea. ¿Me estaré volviendo loca?

Noto su mano subiendo y bajando despacio por mi espalda, y ese pequeño movimiento me va devolviendo a la realidad. A esa realidad en la que la única persona que me transmite seguridad es la misma que intento alejar de mi lado.

—Gracias —susurro, separándome despacio de su cuerpo.

Parece resistirse a que me aleje, pero lo hago. Poco a poco, levanto la mirada y me encuentro con la suya, clavada en mi rostro. Me sorprendo al ver que parpadea rápido y, aún más, al saber que mi malestar le ha afectado de ese modo. ¿Qué tiene Ethan que me impide separarme de él?

Asiente, sin decir nada. Y continúa observándome con atención. Al cabo de unos segundos en silencio, se acomoda mejor en el sofá y me enfrenta:

—Entiendo lo complicado de la situación, pero...

Opto por callar, prefiero esperar a saber qué dice; tal vez, en el fondo deseo que mi subconsciente opine diferente a mi parte racional, esa que se esfuerza en alejarlo de mí.

Ethan, al contrario de lo que creía, no prosigue.

—Creí que no te gustaban los «pero» —le recuerdo, a ver si consigo saber qué es lo que se está callando.

—Y no me gustan, sobre todo, cuando salen de tu boca.

Me pasa el dedo índice por los labios y me veo obligada a contener las ganas de mordérselo y encenderlo, como sé que hará si no me contengo. No es el momento ni el lugar, pese a ello, ese es el efecto que Ethan tiene en mí: hace que me olvide de todo, menos de él.

—¿Y...? —lo incito.

—No puedes alejarme de tu lado por eso. Vivo en la casa de enfrente —dice, como si no fuese obvio—. Puedo llevarte al trabajo, recogerte, comer juntos en el descanso... Acompañarte mientras estás aquí. No tienes que dejarla sola, podemos ser dos. Si me dejas...

Sus palabras me calan hondo. Demasiado, diría yo. No es descabellado lo que dice y es algo a lo que me agarraría sin dudar si no fuese por el temor que tengo al día que esto se acabe, ese en el que él vuelva a su casa y yo me vea sola de nuevo, después de haber estado acompañada y compartiendo mis cargas. ¿Quién me ayudará cuando me haya acostumbrado a él y vuelva a

estar como al principio?

En contra de mis pensamientos negativos, mi cabeza asiente sin permiso. ¿Por qué? Debería decirle que no, que lo que hemos vivido ha estado muy bien y que lo guardaré en mi memoria. Sin embargo, hay una parte de mí que no está de acuerdo con eso y ha decidido actuar por su cuenta, dándole la razón y...

Los labios de Ethan contra los míos eliminan cualquier pensamiento que pudiese pasar por mi mente. Son arrebatadores, calientes y adictivos. Al principio, no noto nada diferente, pero a medida que el beso se alarga se va tornando más delicado. No es igual que los que hemos compartido hasta ahora, todos salvajes, encendidos por la pasión. Este es pausado, lento. No introduce la lengua en mi boca, la pasea con suavidad por mis labios. La ternura que noto me enciende de un modo inimaginable. Me olvido de todo, de mis problemas, de mis dudas... ¡hasta de mi nombre!

Los labios de Ethan contra los míos eliminan cualquier pensamiento que pudiese pasar por mi mente. Son arrebatadores, calientes y adictivos. Desde el momento en que siento su boca rozarme, algo se enciende en mí, un deseo que me consume sin compasión. Al principio, no noto nada diferente, pero a medida que el beso se alarga, se va tornando más delicado. No es igual que los que hemos compartido hasta ahora, todos salvajes, encendidos por la pasión. Este es pausado, lento, cargado de una ternura que me desarma. No introduce la lengua en mi boca de inmediato; la pasea con suavidad por mis labios, explorándolos, provocándome de una forma que me enciende de un modo inimaginable. Me olvido de todo: de mis problemas, de mis dudas... ¡hasta de mi nombre!

Me dejo llevar, profundizando el beso, buscando su humedad, sintiendo cómo nuestras lenguas se enredan en una danza desesperada. Su sabor me embriaga, me vuelve loca, y el calor de su cuerpo contra el mío me hace perder la cabeza. Antes de darme cuenta, estoy tumbada en el sofá, en sujetador. Su peso me cubre por completo, y no puedo evitar moverme, buscando que nuestros sexos se rocen todo lo posible, aunque la maldita tela siga separándonos. Mi mano encuentra el borde de su camiseta, y sin pensarlo, tiro con energía, desesperada por tenerlo desnudo sobre mí.

Sin apartarse, Ethan comienza a trazar círculos con los dedos sobre la tela de encaje que cubre mis pechos. El roce es tan ligero que casi parece una tortura. Contengo la respiración, expectante, deseosa de que me libere de cualquier barrera y deje que su tacto me abrase. Cuando por fin desabrocha el sujetador y lo aparta, siento el aire frío golpeando mis pezones endurecidos, solo para que el calor de su aliento los envuelva un segundo después. Gimo de placer, arqueando la espalda, ofreciéndome a él sin reservas.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —me susurra al oído. Su voz es ronca y cargada de deseo, mientras, sus labios se deslizan por mi cuello, dejando un rastro de humedad que me quema.

El deseo me puede más que cualquier otro sentimiento. No pienso con claridad o, quizá, ahora es cuando de verdad dejo de lado mis miedos.

—Dime, ¿qué quieres de mí, Ava? —repite, evitando que nuestros labios se unan.

—Lo quiero todo —respondo. Mi voz es apenas un susurro, pero cargada de convicción.

Esa respuesta parece encender algo en él. Una sonrisa arrogante se dibuja en su rostro justo antes de que descienda y comience a devorarme como si no pudiera esperar más. Sus manos recorren mi cuerpo con una urgencia que me hace temblar. La forma en la que sus dedos se hunden en mi piel, en la que su boca reclama cada centímetro de mí, me hace sentir deseada, consumida, como si no existiera nada más en el mundo.

Lo ayudo a deshacerse de su ropa con una torpeza que delata mi prisa. Sus pantalones caen al

suelo junto a la camiseta, en un revoltijo que no me importa en absoluto. Mis dedos tropiezan con el elástico de su bóxer, y sin pensarlo dos veces, lo bajo, dejando su erección al descubierto. Por un momento, me detengo para contemplarlo, deleitándome con la visión de su cuerpo completamente desnudo. Está de rodillas en el sofá, mirándome desde arriba con una intensidad que me hace sentir vulnerable y poderosa al mismo tiempo.

Mi pantalón y mi ropa interior corren la misma suerte, y cuando finalmente estoy tan expuesta como él, su mirada recorre mi cuerpo, lenta y posesiva. Esa mirada me incendia. No puedo esperar más. Me incorporo y tomo su erección con la mano, rodeándola, sintiendo su calor y su dureza bajo mis dedos. Empiezo a moverme despacio, arriba y abajo, disfrutando del modo en que su respiración se entrecorta y de los gruñidos que escapan de su garganta.

Cuando me inclino hacia él y me lo llevo a la boca, su jadeo es tan profundo que casi parece un rugido. Me agarro a sus muslos, manteniendo el equilibrio mientras lo saboreo, explorándolo con mi lengua, jugando con la punta antes de deslizarme completamente hacia abajo. Me agarra del pelo, guiándome y marcando el ritmo que necesita. Deslizo la lengua por toda su longitud, deleitándome con el sabor salado que desprende su excitación. Cada sonido que emite, cada tensión en su cuerpo, me enciende un poco más. Saber que soy yo quien lo tiene así me hace sentir poderosa, desinhibida, como si pudiera controlarlo por completo.

—Necesito un condón —dice de repente, moviéndose para alcanzar el pantalón en el suelo.

Pero no lo dejo. Lo detengo, tirando de él, y lo vuelvo a girar hacia mí. Mis ojos se encuentran con los suyos, llenos de deseo y algo más, algo oscuro y electrizante. Tomo su mano y la coloco de nuevo en mi pelo, dejándole claro que no quiero que se detenga. No necesita más. Gruñe, profundo, y toma el control. Me arrastra la polla por los labios, dejándome un rastro de su humedad, antes de volver a deslizarse en mi boca. Sus caderas se mueven, bombeando desesperado, buscando ese clímax que ambos sabemos que está cerca.

—¡Joder, Ava! —exclama, echando la cabeza hacia atrás.

Cuando finalmente llega, su grito ahogado y el temblor de su cuerpo me dicen todo lo que necesito saber. Pero esto no ha terminado. Aún quiero más. Y estoy dispuesta a tomarlo todo.

Ethan

Al salir de casa de Ava, saco el teléfono del bolsillo. Estoy ansioso por contarle a mis hermanos lo ocurrido. «Podemos ser dos», le he dicho. ¡¿YO?! No me reconozco y ellos tampoco lo harán. Estoy seguro de que se van a reír a destajo de mí cuando se enteren, aunque me la suda. En el fondo, y aunque no les guste reconocerlo abiertamente, sé que se alegran de esto. Son una panda de cabrones, pero son mis hermanos y eso es algo que siempre tenemos presente. Nos queremos.

«Joder, qué cursi estoy hoy».

Me río con mi pensamiento.

Al poner frente a mí la pantalla, me doy cuenta de que está apagado. Y, después de varias horas, viene a mi mente la llamada de Damian. Me inquieto. Tarde, pero lo hago. Calculo la diferencia horaria y me extraña todavía más que me haya llamado de madrugada. Es demasiado raro.

Enciendo y le devuelvo la llamada.

Suenan varios tonos.

No contesta. Salta el buzón de voz.

Intento no volverme loco intentando descubrir el motivo por el que quería localizarme a esas horas. Entretanto, cruzo la calle. No hay un alma por aquí, ni un coche del que preocuparme si voy distraído, así que escribo en el chat de mis hermanos mientras termino de acortar la distancia que me separa de casa de mis abuelos. Justo antes de entrar, me llega un mensaje.

Damian: Me han llegado rumores de que Adelaine está preguntando por ti.

Ethan: ¡¿Qué?!

Estoy perplejo. ¿Qué cojones quiere de mí ahora? Ya me arruinó la vida una vez, ¿acaso no tiene bastante con eso? ¿Por qué me busca?

Damian: Te llamo.



Una semana después.

Desde el día en el que Ava me confesó sus miedos, apenas me he separado de ella. La llevo al trabajo y me quedo toda la jornada allí, dando vueltas sin sentido y esperando a que llegue la hora de comer para volver a verla. Mientras, hablo con mis hermanos, sobre todo con Damian, e intentamos mantenernos al día con todo lo que tenga que ver con Adelaine y su insana obsesión por mí. No sé mucho de lo que quiere o busca, tan solo que ha contratado a un detective para que dé conmigo. Hace dos días recibí un mensaje de ella a través de redes sociales. Lo ignoré, ni siquiera lo leí. No soy tan idiota como para caer en sus garras de nuevo. Y, aún menos, teniendo a Ava. Damian no sabe tampoco mucho más al respecto y eso sí que me preocupa. Mi hermano

es el abogado del diablo, conoce gente en cada puta esquina de Nueva York, gente influyente, con contactos y también gente de a pie, y, sin embargo, no se ha cruzado ni una vez con Adelaine. La única información que posee le ha llegado de una manera poco ortodoxa, me ha dicho. Me sorprende muchísimo viniendo de él. Siempre tan recto, estricto con las normas y leyes. Creo que me estoy perdiendo algo de su vida o, en realidad, no conozco a mi hermano como creía.

Decidí preguntarle a Julian sobre el asunto, pero su respuesta es que Damian es hermético como un túper de comida de Rosaura, la cocinera de papá. Aunque después me dijo que últimamente salía mucho y que estaba raro, más de lo normal. Intenté insistir, pero no sirvió de nada. Dio la conversación por zanjada sin darme opción a seguir indagando. En cuanto al resto de mis hermanos, ni me planteo preguntarles. Si Julian no sabe nada, ninguno lo hará.

Estoy esperando frente a la puerta de la tienda. Miro el reloj y veo que no queda mucho para que Ava salga en su descanso para comer. Me inquieto al ver cómo Edward para el coche justo a mi lado. Al bajarse, me mira de reojo. No me saluda. Tampoco quiero que lo haga. En estos días, me he cruzado un par de veces más con él y, ¿para qué decir lo contrario?, saber quién era antes de ser su jefe, no hace que me caiga mejor ni que apruebe su conducta cariñosa con Ava. Ella no me ha explicado nada de cómo va la situación. No necesito escucharlo, tan solo verlo. Esa cara de baboso con la que la mira, me lo dice todo. No está dispuesto a ceder. Le jode la vida verme con ella.

Le partiría la cara si pudiera.

Aun así, no lo haré, pese a que ganas no me falten.

No voy a reincidir. No soy violento, nunca lo he sido, aunque mi expediente policial diga lo contrario.

Además, me ha pedido que no intervenga, que ella hablará con él y se lo explicará todo. ¿La verdad? No creo que sirva de mucho.

Me contengo y tenso la mandíbula al ver la sonrisa petulante e idiota que se dibuja en su cara justo antes de entrar en la tienda y encontrarse de frente con Ava, que se disponía a salir.

—El que nace capullo, muere capullo —digo en voz baja, sabiendo que este tío tiene algo en mente y por eso sonrío de ese modo.

Satisfacción, la distingo desde lejos.

«Por esa regla de tres, yo sigo siendo un cabrón sin sentimientos», me replico.

Pero no, yo he cambiado. Lo he hecho.



Dejo a Ava en su casa casi dos horas más tarde de lo que debería. Edward le ha pedido que se quedase allí para no sé qué de una reunión con el padre de este, el verdadero dueño de la tienda. Está agotada, por lo que ha estado todo el camino en silencio, dormitando en el asiento, de manera que no sé mucho del tema que la acaparado hasta tan tarde.

—He hablado con Edward —me suelta justo cuando nos bajamos del coche.

—¿Y? —No quiero que se me note el desprecio que me invade con tan solo escuchar su nombre.

El gesto de Ava me confirma que ha sido en vano. Caminamos hasta su casa, que está justo enfrente.

—Nada. Le he explicado nuestra situación. —Se detiene en la puerta y agacha la mirada al decir esto.

No puedo evitar reírme al comprobar que aún se sonroja al hablar de nosotros.

—¿Y?

—Se ha disculpado y me ha asegurado que dejará de intentar... —duda—. Eso, ya sabes. Solo quiere que sepa que está arrepentido y que lamenta mucho lo que sucedió en el pasado.

—¿Y?

—¿Qué más quieres? Él y yo somos amigos, aunque tú no lo creas.

Inspiro con fuerza y me contengo. No me gusta Edward, pero también es verdad que no soy nada objetivo, que tengo una imagen de él, a la que, por cierto, me aferro para no cambiarla, ya que así tengo una excusa para justificar mi comportamiento de troglodita.

—De acuerdo —accedo al fin—. Hasta mañana —le digo, dándole un beso rápido.

—¿No te quedas hoy? —replica ella, haciendo un mohín y, agarrándome del cuello del abrigo, tira de él, atrayéndome hacia su cuerpo un poco más.

Sonrío y la beso de nuevo, aunque esta vez con más brío.

—Estás agotada y mira la hora que es. Si me quedo, no te tendrás fuerzas para madrugar.

Ava rompe a reír y se separa lo mínimo para mirarme a los ojos.

—Eres un poco creído, Ethan.

Sus palabras me arrancan una carcajada.

Antes de que pueda replicarle, meto la mano por dentro de su abrigo y la coloco sobre un pecho. Ella se tensa con mi contacto.

—A ti te encanta que lo sea —añado, poniendo una sonrisa torcida en los labios.

—¿Ni siquiera a dormir solo? —me pregunta, inocente.

—Mis abuelos ya dudan de que viva con ellos. Además, hoy no me veo capaz de quitarte las manos de encima. —Ella ríe en respuesta, satisfecha de que lo implican esas palabras. Para ratificarlas, muevo en círculos la palma sobre lo que intuyo que es el pezón. ¡Con tanta ropa no hay manera!—. Mañana me quedo, ¿de acuerdo?

Asiente con la cabeza. No me parece que esté muy conforme, aunque acepta.

Yo hago de tripas corazón para no ceder a su petición. Estoy caliente y me lo único que quiero es estar con ella toda la noche. Sin embargo, soy consciente de que está cansada y tiene que levantarse con el amanecer.

«¡Puto Edward!», grito en mi cabeza.

Tras un rato más de intentos fallidos de despedida, intercalados con besos cortos y no tan cortos, me voy.

Cruzo rápido la calle y apenas entro, me percató de que algo no anda como debería. No escucho a mis abuelos charlar, como es costumbre a estas horas. Tampoco hay luces en la cocina, solo en el salón. Camino despacio. Antes de entrar en la sala, me topo de frente con el abuelo. Él me mira de un modo muy extraño. Arqueo la ceja en busca de respuestas.

—Tienes visita —me suelta en voz baja.

—¿Visita? —repito.

Asiente y señala con la barbilla hacia el interior.

—No sé cómo la soportabas...

Y con esas palabras, ya sé a quién se refiere.

¡NO. ME. JODAS!

Ethan

Hace once meses.

Miro a Adelaine, que me observa a su vez perpleja. No da crédito a lo que le estoy diciendo.

—No. No vamos a darle lo que quiere, Ethan —replica.

—Adelaine, tu ex tiene mucho poder, es un tío con recursos, uno que se ha visto humillado porque su prometida le ha puesto una muy buena cornamenta. ¡Conmigo! ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo. Pero Nassef no es... Es probable que todo sea cosa de su padre, que esté resentido con nosotros, conmigo —especifica. Por suerte, a mí ni me conoce ni creo que quiera hacerlo jamás—. Solo tenemos que demostrarle que vamos en serio, que esto no ha sido un desprestigio para su familia, que solo ha sido...

Me giro y resoplo. Estoy desesperado. No entiende o no quiere entender, y no sé qué es peor.

—No vamos en serio... —farfullo entre dientes.

Sé que me ha oído, ha tenido que hacerlo. No he bajado tanto el tono de voz. No obstante, disimula. No entiendo el motivo. Siempre es igual con ella. Ignora cada detalle que no le interesa saber, porque soy consciente de que prefiere pasar por alto el hecho de que he estado con otras mujeres y no solo en mis viajes. A veces me pregunto si está bien a nivel mental o, incluso, por qué está dispuesta a perder la estabilidad que le proporciona Nassef por una simple aventura. Cuando empezó todo este asunto de ayudar a Adelaine, me puse un tiempo máximo para acabar con lo que teníamos, pero siento que me está afectando más de lo que debería y, pese a que el tiempo establecido ya se ha agotado, yo sigo aquí, con ella. Adelaine no está dispuesta a ceder. Me pide más y más cada día, y yo no quiero darle ni una sola migaja, aun así, lo hago. Quiero ser libre, no atarme a nada ni a nadie, viajar, conocer mundo y vivir la vida del modo que yo desee... Sin ella, esa es la verdad. No quiero tener que decirle que el sexo es brutal entre nosotros y que fuera de eso no compartimos nada.

—Puede serlo —añade, levantándose del sofá y acercándose a mí—. Sé que no crees mucho en el amor y que los compromisos te dan miedo. Déjame ayudarte. Podemos ir poco a poco. Tan solo te pido que, de cara al resto del mundo, lo nuestro sea algo idílico.

Su mano se desliza desde mi cintura hasta el broche de mi pantalón. Estas son sus artimañas, ya las conozco. Sabe calentarme, al igual que sabe que mientras follamos accedo a todo lo que me pide. Por culpa de eso, me veo así ahora.

Damian me ha advertido que me mantenga en mis trece, que no ceda ni un ápice y que deje que todo esto pase lo más de puntillas que pueda pasar. De hecho, me ha recomendado, junto con papá, que me marche de viaje a Suiza con mis abuelos. Que ponga tierra de por medio. Que me aleje de ella, en definitiva. Dicen que me sentará bien un poco de relax. Sin embargo, ¿qué cojones se me ha perdido a mí en un pueblo de mierda como Grindelwald? NADA.

Ethan

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sin entrar en la sala.

Me quedo de pie, parado en el umbral, observándola. Adelaine está repantingada en el sofá, como si se encontrase muy a gusto. Mientras, mi abuela está a su lado con cara de circunstancia. ¿Cuánto tiempo llevará aquí? Por la incomodidad que percibo en ella, es probable que más del deseado.

—¡Vaya recibimiento me das! Nadie diría que llevamos sin vernos...

Levanto la mano y la hago callar. No quiero que siga, tan solo que se largue. Está igual que la última vez que la vi. Por suerte para mí y desgracia para ella, ese día está grabado a fuego en mi mente.

—Creo que me he dejado la olla en el fuego —dice mi abuela, levantándose, aliviada de poder desaparecer de escena. Al pasar por mi lado, me sonrío con tristeza y, después, añade—: También iré a llevarle la cena a Ava.

Ava.

Ava.

Ava...

Su nombre retumba en mi cabeza. Sé cuál es la intención de mi abuela al nombrármela. Quiere que no me olvide de quién soy desde que estoy aquí y su nombre es algo que me ata a esta nueva realidad, que me ayuda a no perder el norte.

Asiento y le doy un beso de despedida. Ella sale y mi abuelo va detrás. No les digo nada sobre el estado de cansancio de Ava ni tampoco de que es probable que ya esté en la cama, sobre todo, porque no deseo darle a Adelaine más información de la que ya es posible que tenga.

—Ava es... —Escuchar su nombre de labios de la culpable de todo mi pesar es algo que no soporto. Ella se da cuenta al ver mi rictus serio—. Es la de las fotos, ¿verdad?

—¿Qué fotos? —cuestiono, temiéndome lo peor.

Adelaine sonrío satisfecha con mi respuesta y, acto seguido, rebusca en el bolso. Su sonrisa se amplía cuando saca un sobre pequeño del interior. Me lo tiende.

Me veo obligado a acercarme hasta ella para poder cogerlo.

Al abrirlo, me quedo mis palabras. Hay imágenes de Ava y de mí, juntos: Entrando al hotel una de las muchas noches que dormimos allí, en el coche de mi abuelo, besándonos...

Ava.

Ava.

Ava...

—Qué poco tiempo has tardado en olvidarme —responde molesta.

Bufo. No voy a mantener esta conversación con ella. No le debo nada, salvo la miseria que viví hace un año. No estoy dispuesto a que conozca a Ava ni que sepa lo que me despierta por dentro el estar con ella.

—¿A qué has venido?

Eso lo único que me importa, que me diga qué quiere y que se largue cuanto antes. Tengo

claro que, me pida lo que me pida, se lo daré con tal de perderla para siempre de vista.

—¿Sabe... —hace una pausa poco creíble— Ava...?

No termina la frase, no necesita hacerlo. Sé a qué se refiere. No hay que ser muy listo para intuir que me avergüenzo de lo que hice y que jamás se lo contaría a nadie, pese a que debería hacer excepciones con personas como Ava. Adelaine me conoce y estoy seguro de que sabe que me da miedo que me juzguen por mi pasado y de que me aíslen por ese motivo.

¡Mentira! No me da miedo de que dejen de lado, solo que lo haga ella, por eso no se lo he dicho aún. Empiezo a arrepentirme de inmediato.

—Ya me imaginaba...

—¿Qué quieres, Adelaine? ¿Qué haces aquí? —le pregunto de nuevo.

—Me dejaste sola con el escándalo, Ethan. ¿Qué pretendías? ¿Que me olvidase de todo y ya está?

—¿Que yo te dejé sola a ti? ¡Fuiste tú quien declaró en mi contra! —estallo con furia y es algo que no espera. Se encoge de hombros al oírme—. Fui a tu apartamento, deseando contarte que ya estaba prácticamente firmado el acuerdo con Elysium. No estabas allí. Quería celebrarlo contigo, me habías ayudado mucho a conseguirlo y...

—Estabas fuera de control, Ethan. Alucinabas. Yo estaba con unos amigos y tú...

—No estabas en tu casa —sentencio, apretando las mandíbulas.

Nunca pudimos hablar del tema. Me detuvieron y no pude verla hasta el día del juicio, cuando subió al estrado y su declaración fue clave para condenarme.

Adelaine me mira con los ojos entornados.

—¿Qué estás insinuando?

—Pues que... —empiezo, pero me callo, porque no sé qué quiero obtener con esto. No sé dónde estaba ni qué pasó en ese preciso instante, lo único que recuerdo es que estaba ausente, solo eso.

—Te equivocaste de puerta. Ibas tan borracho que...

Niego, niego. Niego, como cada vez que me asaltan los vagos recuerdos de esa noche. No me equivoqué de apartamento. De eso estoy seguro. Adelaine no se encontraba allí. Lo vi con mis propios ojos.

—He pagado una condena que no merecía y tú, tanto que clamabas que teníamos una relación y que... Déjalo. En vez de apoyarme, me hundiste hasta el fondo. Y ahora vienes aquí... ¿para qué?

Guarda silencio. Sigue sentada y yo de pie, en el vano de la puerta, pues he retrocedido de nuevo. No quiero estar cerca de ella.

Adelaine, sin previo aviso, se incorpora y da un par de pasos hacia mí. Yo hago lo mismo, pero con la intención contraria, es decir, alejarme un poco más.

—Ethan —susurra, mientras que sigue intentando acercarse. Yo continúo caminando para deshacer toda la cercanía que ella quiere imponer—. Hice mal las cosas. No debí haber dicho lo que... Entiéndeme, solo dije lo que vi. Declaraba bajo juramento. Quizá, debería de haber mentido por ti. Estabas tan alterado, drogado, viendo cosas que no sucedían... Yo me encontraba tomando algo con unos amigos y te escuché. Fui corriendo. Gritabas como un loco. ¡La emprendiste a golpes con uno de ellos! Casi lo matas, Ethan.

—¡Eso no fue lo que pasó! ¡Yo lo sé y tú también!

Niego una y mil veces con la cabeza.

No, no y no.

Tengo lagunas de esa noche, pero sé lo que vi. Ella no se hallaba allí, mientras que esos tíos se dedicaban a dismantelar mi casa, rebuscar cajones y...

El silencio se adueña de la estancia. De verdad que no sé por qué está en casa de mis abuelos, qué busca, qué pretende con esta visita. Lo único que tengo claro es, sea lo que sea, desconfío de ella.

—Yo no tuve la culpa —me dice, cediendo y guardando las distancias por fin—. Mira. —Me tiende el teléfono para que lea algo en la pantalla.

El titular me da de lleno en la cara. El nombre de Elysium parpadea sin parar delante de mis ojos. No puedo evitar sentir un pinchazo de dolor. Lo perdí, lo perdí todo. Y ese nombre me lo recuerda.

—Me alegro por él —digo con ironía.

—¿De verdad? ¿Acaso no te das cuenta de que todo eso fue para quitarte de en medio, Ethan? Él te envidiaba —sentencia—. Ansiaba tener lo mismo que compartíamos nosotros.

Vuelvo a mirar el titular. Nassef ha comprado la empresa de Elysium. ¡Olé sus cojones! ¡Es lo más normal, uno compra marcas billonarias cada día!

—Todavía no me has dicho qué quieres, para qué estás aquí.

—Quiero que me ayudes a acabar con él —dice. La miro incrédulo—. Con Nassef —especifica—. Con tu declaración...

—NO.

Rotundo. Ya estoy fuera de ese mundo, del radar que me puso en el punto de mira. Ni de coña voy a volver a señalarme. El día que lo haga será para demostrar mi inocencia, de lo contrario, me he retirado de esta absurda lucha de poder y dinero.

—Es un monstruo —añade.

Me da igual, todo me da igual. Aquí estoy bien. No voy a ceder por nada y, aún menos, por ayudar a Adelaine.

—Si eso es todo, ya sabes dónde está la puerta.

—Si no me ayudas, le diré a la prensa dónde te escondes. Haré que ella se entere de quién eres y dónde has estado.

Niego.

NO.

NO.

NO.

Orgullosa, levanta el mentón.

—No puedes dejarme en la estacada.

La miro con atención. Está desesperada. Hay algo más en todo esto, aunque no sé de qué puede tratarse.

Niego, como llevo haciendo desde que escuché la primera palabra que salió de su boca.

—Tú lo hiciste conmigo —sentencio.

Y al oírme, con una mirada de odio, se dirige a la puerta. Antes de que la cruce, ya sé que la tranquilidad de la que gozaba en este pueblucho de mala muerte está a punto de acabarse.

—No digas luego que no te lo advertí —me amenaza.

Ava

—Me voy. Creo que ya no hago nada aquí. —La voz de la chica que se está despidiendo de mí mientras se levanta de la mesa me trae a la realidad de nuevo.

Es Adelaine Stone, la novia de Ethan.

El muy desgraciado no me había dicho que estaba comprometido. Llevan años juntos. Al principio, cuando entró en la tienda, no me creí mucho su versión. Me parecía algo tan surrealista que la novia del nieto de los Keller estuviese enfrente. ¡No podía ser cierto! Luego cobró sentido cuando me enseñó fotos de ambos, juntos, abrazados, acaramelados... Me rompí un poco con cada imagen que llegaba a mi retina y que me confirmaban sus palabras.

Y cuando me parecía que nada más podría sorprenderme, la historia se volvió más rocambolesca, porque Adelaine afirmaba que había venido en su busca, ya que él había pedido el alta voluntaria del centro de desintoxicación.

A pesar de mis reticencias, tuve que ceder y creérmelo todo. Ethan tampoco me había dicho nada sobre que había tenido problemas con las drogas y que había estado preso, así pues... ¿por qué dudar de ella?

¡Preso! Y después, como si no fuese un dato importante o relevante, me confesó que Ethan era modelo, y uno muy conocido. Según Adelaine, eso fue lo que le hizo torcerse del camino, empezar a tontear con sustancias y a consumir de manera esporádica, hasta que terminó siendo una rutina.

Al escucharla, dudé, claro que lo hice. ¡Esas cosas no pasan en la vida real! Si bien es cierto que recordándolo por completo, tanto su cara, su sonrisa, su cuerpo esculpido, fuerte pero sin ser excesivo, cuidado, marcado... todo hablaba en pos de aquella verdad. ¿Cómo no me di cuenta antes de que ese tipo de hombre no existe en la realidad de a pie? Parecía sacado de una revista, lo pensé varias veces. ¡Y así era! Lo tuve delante de mí y no supe verlo. Ahora, me doy de lleno con ello.

¡Tonta, tonta, más que tonta!

De cualquier modo, quisiera creerlo o no, Adelaine, al igual que con el tema de su relación, tenía pruebas de cada cosa que me estaba diciendo. Y me las mostró.

¡Todas!

¡Las buenas y las malas!

Titulares. Uno tras otro inundaban la red y me perforaban la vista. Noticias sobre su escandaloso y rápido ascenso en el mundo de la moda. Grandes firmas. Pasarelas del mundo. Y luego... el declive. Impactantes imágenes de él en la puerta del juzgado. Ethan esposado...

Lo odio, lo odio. ¿Cómo ha podido mentirme de este modo?

Las lágrimas se agolpan en mis ojos mientras sigo repasando cada mínimo detalle de una historia que no conocía y que, sin embargo, no olvidaré jamás.

—Gracias por avisarme. —Hablo en voz baja, intentando forzar una sonrisa que no me sale.

Adelaine no me mira, aunque sé que me está oyendo. Está tomando el bolso de la silla en la que estaba sentada hasta hace un momento. Por suerte para mí y mi integridad mental, se marcha

ya. Es obvio, por otro lado, ya que no tiene nada más que hacer aquí. Supongo que ahora irá a por Ethan. Volverá con él a Nueva York, de donde nunca debió salir, y juntos serán felices y comerán puñeteras perdices.

Le digo adiós con la mano cuando ella hace lo mismo desde el cristal de fuera. Estoy, entre otras cosas, avergonzada cuando dejo de mirarla. Sabe que he estado liada con su novio y ni siquiera me lo ha reprochado. ¿Cómo se mira a la cara a alguien después de eso?! Adelaine es demasiado comprensiva con él. Dice que lo perdonará, que ya lo ha hecho, ya que asegura que todo es producto de su adicción y piensa, por supuesto, en el futuro que les espera juntos.

Suspiro y me llevo una mano a la nuca. No sé qué hacer.

Mentira, sí lo sé.

Nunca me ha dado la impresión de que Ethan consumiese, pero... ¡qué sé yo de algo así! Mi vida se resume en trabajar en la tienda y cuidar de mamá. ¡Ni siquiera me planteé siquiera que fuese alguien conocido! Maldigo el hecho de vivir siempre en mi mundo, ajena a las noticias, a lo que pasa alrededor de mí, ignorándolo cada ínfimo detalle. Ahora lo estoy pagando.

Levanto la cabeza de nuevo. La veo caminar a lo lejos y, después, montarse en un taxi. Lo agradezco, así no podrá darse la vuelta si se arrepiente por haber sido tan benevolente conmigo. Quiero estar sola con mis miserias. No tengo ganas de hablar con nadie y, menos aún, con ella de nuevo, para que siga recordándome lo idiota que he sido todo este tiempo.

—Dios... ¿cómo he podido ser tan tonta?! —me pregunto, incrédula y conteniendo las lágrimas.

Fracaso estrepitosamente en el intento.

Comprendo de inmediato el motivo por el que me dijo antes que hoy no podía traerme al trabajo, que tenía algo que hacer, alegó. Ahora sé que ese algo tiene nombre de mujer. Adelaine, para ser exactos.

En un arrebato de furia, saco de mi mochila el teléfono y busco su contacto.

Ava: ¿Es cierto? ¿Has estado en la cárcel?

No le pregunto por *ella*, porque, en estos momentos, no podré soportar que me lo confirme; menos aún, que me lo niegue. No voy a dejar que siga riéndose de mí como hasta ahora.

Su respuesta no tarda en llegar.

Ethan: Sí. Déjame explicártelo.

Ava: ¿En serio? ¿Drogas? ¿Violencia?

Ethan: Ava, un chat no es lugar para hablar de un tema como ese.

Ava: Así que no niegas nada.

Ethan: Luego, por favor...

Ava: Borra mi número. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

Y, con dedos temblorosos, bloqueo su contacto. No quiero volver a verlo nunca más. Sé que desear eso es una estupidez, porque vive en la casa de enfrente. Aun así, con suerte, no me lo cruzaré antes de que se vaya. Adelaine ha venido dispuesta a llevárselo y lo hará. Estoy segura.

Limpiándome las lágrimas que caen sobre la pantalla del teléfono, decido llamar a Mia. No sé si estará en clase o estudiando. Me da igual. Voy a ser egoísta por una vez en mi vida, voy a pensar en mí y en lo que necesito. Y a quien necesito en estos momentos es a mi hermana.

Ethan

Miro desde la ventana. Siguen ahí. Dos días llevan ya. ¡Dos putos días! ¡No se cansan! Son una panda de buitres, sedientos de una noticia sensacionalista con la que destripar y arruinar un poco más mi vida. Corro la cortina de nuevo al ver el destello de un *flash*.

—¡Me cago en su puta madre! —exclamo de malos modos.

El abuelo está detrás de mí y, al oírme, me pone una mano en el hombro.

—¿Qué vas a hacer, muchacho?

¿Qué voy a hacer? Esa es una buena pregunta. Querría poder cruzar la calle, ir a casa de Ava y contarle lo que ya ha descubierto por culpa de estos imbéciles que dicen llamarse periodistas. Escoria, es lo que lo son. Gente sin escrúpulos ni profesionalidad a la que les da igual hundir en la miseria la vida de alguien con tal de tener un número de lectores a los que mantener enganchados en sus patéticas noticias.

Adelaine ya debía imaginar que yo me negaría a ayudarla y guardaba un as en la manga; de lo contrario, no me explico cómo a la mañana siguiente, bien temprano, ya había periodistas apostados en la puerta de casa. Debí haber corrido hacia Ava, contarle todo en ese momento, pero no pude. En su lugar, me acobardé y le dije que no podía llevarla al trabajo. Lo único que quería era conseguir que el par de coches que había plantados frente a la casa de mis abuelos desapareciese. Mi mente solo fue capaz de hacer una cosa: llamar a Damian. Me ha prometido que va a conseguir la información como sea.

Aquí hay gato encerrado. Él lo sabe y yo también.

Nada me cuadra ya.

Lo que antes era muy obvio, ahora no tiene sentido. Desconfío de todo, hasta de mis recuerdos. ¿Y si las cosas no eran tan evidentes como yo pensaba? Damian, desde el primer momento que la conoció, no se dejó engañar por Adelaine y su adorable imagen. Eso se vio reforzado cuando declaró en mi contra en el juicio. Llegó, incluso, a pensar que quien estaba detrás de todas mis desgracias era ella, aun así, nunca me lo dijo. Me enteré por Julian cuando salí de la cárcel. Sus recelos sobrepasaron el límite al llegarle la información de que había sido vista con Nassef apenas un mes después de mi ingreso en prisión. Sin embargo, la prensa no se hizo eco de su vuelta, si es que aquello fue tal cosa, por lo que, con toda probabilidad, terminó pensando que fue un hecho aislado debido a los conocidos comunes que ambos tienen. Pese a ello, Damian sigue teniéndola en el punto de mira y piensa que Adelaine esconde algo.

Ahora, no puedo hacer otra cosa que darle la razón al demente de mi hermano.

—Tal vez —la voz de mi abuela me trae a la realidad—, deberías volver e intentar solucionarlo desde allí. Damian es buen abogado, de los mejores, podrá ayudarte. Aquí no tienes nada para defenderte, cariño.

Sé que, quizá, lo mejor sería hacerle caso. Allí todo será más sencillo; no obstante, me resisto a la idea.

—No, no voy a irme. No, sin hablar con ella —aseguro.

Mi abuela me obsequia con una mirada triste, ya que sabe que eso va a ser complicado.

«Cuando un Blackwood quiere algo, no se rinde», me diría mi padre, Damian o Julian. Pero ninguno de ellos está aquí, conmigo.

Quiero contárselo, explicárselo. Y en vez de eso, sigo plantando en el mismo sitio, observando por la ventana y rezando para que los periodistas se vayan en vez de multiplicarse, como lo están haciendo.

Su último mensaje sigue dándome vueltas en la cabeza, volviéndome loco de la impotencia. Continúo arrepintiéndome de no haber hablado con ella. Aunque no quisiese escucharme. No sé, obligarla a que me diese una oportunidad. Pero no fue así. En primer lugar, lo deseché porque no quiero que los periodistas la relacionen conmigo, ya que ella entra y sale de casa, y nadie le dice nada. Al menos, Adelaine ha tenido la decencia de no involucrarla, pese a que sabe lo de mi relación con ella. Es más que probable que ese gesto de amabilidad sea un arma de doble filo y que esté esperando el momento adecuado para asestar el golpe. No lo sé, dudo de ella y eso me hace mantenerme a raya. Y en segundo lugar, soy un puto cobarde. Ava me contó que su padre era violento, que estaba segura de que las personas no cambiaban y yo, en vez de demostrarle lo contrario, la he cagado hasta el fondo. Me he callado, dándole, de esa manera, la razón sin saberlo. No me va a perdonar. Ha sufrido mucho por culpa de una persona como yo.

Y ese es el verdadero motivo por el que no salgo corriendo hacia allí, le imploro que me escuche y le suplico que me perdone.

¡SOY. UN. PUTO. COBARDE!

¡NO. NO LO SOY! ¡YA NO!

—Necesito que me escuche. Abuela, por favor... —No me hace falta decir nada. Ella sabe a quién me refiero.

Niega con la cabeza y su gesto me rompe por dentro.

—No me abre la puerta a mí tampoco. Solo he visto a Malena. Ava no... Lo siento, cariño.

Y esas palabras me cabrean aún más. Siento ganas de gritar, de lanzar algo por los aires, de golpear...

«¡No soy violento!», me digo, visualizando su imagen en mi cabeza.

He cambiado.



La noche llega y todo sigue igual. Periodistas haciendo cola en la acera, los vecinos curiosos mirando qué puede estar pasando, algunos, incluso, se atreven a dedicarle unas palabras a la prensa. Pero ¿qué cojones les pasa? No he hablado con casi nadie en este sitio, ¿a qué viene ahora el querer contar cosas de las que no tienen ni puta idea? Son despreciables. Todos, excepto ella, que gira el rostro cada vez que pasa por el lado de esa gente, que está aquí para amargarme la existencia un poco más cada día. Ava es la única que tiene información sobre mí y, curiosamente, es la única que evita mirar a la prensa.

La veo llegar. El estómago me da un vuelco.

Suspiro.

Me armo de valor. O eso creo.

Tengo que hacerlo, cueste lo que cueste.

Es ahora o nunca.

Sé que cuando se atrinchere en el interior de la vivienda, estará todo perdido. He de tomarla

por sorpresa. No obstante, el miedo me paraliza.

—¿No vas a ir? —inquieta el abuelo, sentado en la cocina, tras de mí, con el vaso de leche caliente entre las manos.

—Debería... lo sé... —titubeo.

—¿Y?

Trago saliva antes de hablar. No soy bueno hablando, no con lo que implica sentimientos. Hago un esfuerzo. Mis abuelos sabían que esto podía suceder y nunca se negaron a acogerme. Eran conscientes de que había estado en prisión y confiaron ciegamente en mí.

—No quiero salir ahí. No me veo con fuerzas para enfrentarme a esta panda de idiotas que quieren...

—¿Qué es lo quieren? —me interrumpe.

Y por primera vez desde que esto empezó, la pregunta clave aparece delante de mí. ¿Qué buscan aquí?

—No lo sé.

—Cumpliste tu condena, pagaste por los errores que, se supone, habías cometido y ¿ahora qué? —continúa.

Sus palabras me dan de lleno. Tiene razón. ¿Por qué me oculto? ¿Qué quieren de mí? No he hecho nada malo. Nadie declaró que yo debiese seguir con mi vida tal y como era antes de aquello. ¿Por qué, entonces, me escondo tras esta cortina?

Ethan

Hace once meses.

El rellano está en completo silencio cuando llego. Me tambaleo frente a la puerta. Me concentro y consigo detener el vaivén de mi cuerpo. Bajo la mirada hacia la cerradura. Creo que estoy frunciendo el, aunque no estoy muy seguro de lo que hago. Saco con dificultad la llave que siempre está escondida detrás de la pequeña planta que hay junto a la puerta. La levanto y la observo.

—Puto piso, deja de moverte —murmuro, increpando al suelo como si este fuera el problema.

Parpadeo varias veces, intentando que mi visión se aclare, o, al menos, enfoque lo suficiente. Me tambaleo, recupero la posición y cierro los ojos un segundo, tratando de despejarme del mareo que me sigue como una sombra.

Tomo con decisión la manija y encajo la llave. Fallo. Repito. Vuelvo a fallar. Ya no sé cuántas veces lo intento, pero cada vez me resulta más gracioso. Al final lo consigo y suelto una risita, como un idiota, orgulloso de semejante hazaña. No recuerdo haber bebido tanto para estar así. ¿Y comer? ¿He comido algo?

Me río al darme cuenta de la sarta de tonterías que pienso.

—Se me ha ido un poco de las manos —siseo mientras empujo la puerta.

Pongo un pie dentro, el silencio se apodera de todo. La casa está a oscuras, aunque no sé de qué me sorprende, es lo más normal teniendo en cuenta la hora que es.

Tengo una sensación extraña. Muy extraña.

—¡Idiota! —me digo, justo a la vez que me giro para cerrar con cuidado y no hacer ruido. No es esa la sorpresa que quiero.

Una vez envuelto en absoluta oscuridad, me apoyo sobre la madera o, quizá, hago que me estoy apoyando cuando en realidad me está sosteniendo. Contengo una carcajada, la cual no tengo muy claro a qué se debe. ¿O simplemente me apetece reír? Porque, seamos sinceros, esta noche ha sido el colofón perfecto a una temporada de oro, de modo que no quepo en mí de alegría.

Sí, estoy contento.

Mucho.

Más de lo que debería estar permitido.

Soy un jodido tío con suerte.

Demasiada suerte.

Lo sé, aunque también tengo claro que me la merezco.

Tal vez, puede que haya quien me tache de soberbio, aunque eso no es algo que me quite el sueño. Ese mismo sueño, el de mi vida, ese que se ha «firmado» hoy, al menos, de palabra.

El futuro despega ante mí a mil por hora y... ¡boom! A lo más alto.

Echo a caminar y nada más dar tres pasos me topo con la esquina del sofá, que ataca mi espinilla sin compasión.

—¡Joder! —exclamo entre dientes, intentando otra vez mantener el silencio reinante en la casa.

Después, intentando no trastabillar más, me aproximo hasta la habitación.

Ahora llega la mejor parte de la velada.



Confundido, enciendo la luz. Adelaine no está en la cama, como debería. Me dijo que se retiraba pronto de la fiesta porque estaba cansada. Pero... aquí no está. Doy un traspies cuando intento retroceder, los pies se me cruzan y la habitación da vueltas. La vista se me nubla y el mareo vuelve con fuerza. Me tengo que agarrar a la pared para no caerme.

Me siento cada vez peor. No comprendo cómo me ha sentado tan mal lo que he tomado. Suelo tener bastante tolerancia a la bebida.

Abro los ojos, alertado por un ruido que procede de fuera del apartamento. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había dormido. ¿O tan solo me lo parece ahora? El dolor de cabeza me atraviesa el cráneo cuando intento incorporarme y, aunque el mareo se ha suavizado un poco, sigo sintiéndome como en una nube. No sé cómo, pero consigo caminar hacia ese ruido que me taladra los oídos. Demasiado escándalo para algo que intenta ser discreto. No pienso más... la cabeza no me da para tanto. Avanzo a trompicones, tambaleándome hacia la salida.

En cuanto pongo un pie fuera, la luz del pasillo se enciende de golpe, el maldito sensor, y la luz me ciega.

—¡Joder! ¡La puta bombilla! —maldigo, cerrando los ojos a medias, intentando que el dolor en la cabeza no se vuelva peor.

Camino como puedo. Cruzo la distancia que me separa de mi apartamento, la cual es mínima, siguiendo los ruidos que me retumban en la cabeza. Proviene de allí.

Al llegar, la puerta está entreabierta. Me asomo por la rendija y lo que veo que me deja de piedra.

No sé de dónde me sale el envalentonamiento y la energía. Hace dos minutos no podía ni caminar y ahora siento un subidón de adrenalina que no es muy normal. Veo a dos tipos rebuscando entre los cajones de mi salón. Hay cojines en el suelo, puertas abiertas...

¿Me están robando?

La ira comienza a bullirme dentro de un modo inexplicable. Abro de un golpe la puerta y los sobresalto. Ambos me miran. No los reconozco.

Lo siguiente es un borrón.

Recuerdo mis manos. Mis manos llenas de sangre mientras golpean la cara de uno de los tipos. Su rostro, manchado de rojo, es lo único que puedo ver, pero no paro. No puedo parar. Es como si algo dentro de mí se hubiera desatado y no hay vuelta atrás. Siento que me tiran por detrás, debe ser el otro tipo. No lo sé, no lo veo. Todo es caos.

De repente, gritos. Gritos de mujer.

Reconozco su voz entre la neblina que me inunda.

Adelaine.

Me detengo al oírla.

Un golpe seco en la mejilla me hace caer de espaldas, porque, aunque estoy fuera de mí, el equilibrio sigue sin estar presente.

Todo negro.
Negro.
Negro...



Silencio. Eso es lo que me rodea cuando abro los ojos. Miro a mi alrededor. Caos. Todo es caótico.

—¿Qué hago aquí? —pregunto, observando el salón de Adelaine.

Ella me mira sollozando. Está en pijama y sus ojos parecen asustados al clavarse en los míos. Niega, una y otra vez.

—¡Arriba! —me indica alguien, que tira de mí para que me incorpore del suelo, donde estoy tumbado.

—¿Qué...?!

No comprendo nada. Estoy desubicado, sin entender la situación. ¿Cómo he llegado hasta el apartamento de Adelaine? ¿Qué ha pasado? Miro en derredor y veo a los parasanitarios curando las heridas de un hombre. Del otro, al que recuerdo haber golpeado, no hay rastro.

El policía que me tiene sujeto me indica de nuevo que me mueva. Comienza a leerme mis derechos mientras me esposa y me sacan casi a rastras del edificio.

¿Qué cojones ha pasado aquí?!

Ethan

Nada más abrir la puerta, la atención de los periodistas se gira hacia mí. Intento pasar a través de ellos, sin hacer caso a sus insinuaciones o cuestiones. Es más fácil pensarlo que hacerlo. Apenas me dejan andar, se interponen en mi camino y sus preguntas me persiguen mientras que ando hacia mi destino.

—¿Es cierto que Elysium se plantea volver a contratarte?

—¿Qué opinas de la compra de los Al-Fahd?

—¿Es verdad que piensas entrar en un centro de rehabilitación?

—¿Por qué estás aquí? Hay rumores de que Adam Blackwood te ha repudiado.

Y así, muchas más que intento eludir, ignorar y hacer como que no me importa nada lo que dicen.

Sigo sorteando móviles colocados ante mí, grabadora en mano, fotos y vídeos. Al fondo, ya veo la entrada de la casa de Ava. Nunca me pareció tanta la distancia que nos separaba. Ella está quieta, con la puerta entreabierta, observando todo lo que está pasando a mi alrededor. Por suerte, mi salida ha hecho que nadie se percate de que ella está mirándome con curiosidad. O eso es lo que pienso, hasta que me acerco más y me doy cuenta de que el brillo que hay en sus ojos no se debe a la curiosidad por ver lo que estaba sucediendo, tal y como he querido pensar en mi ingenuidad. Lo que veo en ellos es... Es odio y... dolor.

Solo me quedo con lo primero. Odio.

Me odia.

Me odia.

Me odia.

Me da igual, rectifico de inmediato. Lo hace porque no sabe nada de mi historia, pero eso es algo que tiene solución, espero, que inmediata.

Cuando coloco el pie en el primer escalón que da acceso a la vivienda, Ava parece salir de su ensimismamiento y se apresura a cerrar. Oigo el ajeteo detrás, no obstante, ya todo me da igual. No soporto la idea de que piense de mí algo que no es cierto. Alargo la mano con rapidez y la detengo justo antes de que se oiga el clic final. Soy más fuerte que ella, por lo que ni siquiera intenta resistirse. O, quizá, en el fondo quiere que le cuente la verdad. Al menos, pensar eso me da fuerzas para enfrentarme a lo que sé que está por llegar: la confesión. Eso que debió haber sucedido hace tiempo. La verdad de quién soy, de lo que he hecho y de cómo he pagado por ello.

Una vez dentro, cierro y me apoyo sobre la madera. La observo con detenimiento desde donde estoy.

Me mira con recelo desde donde está. No se ha alejado y eso ya es algo. Aunque tampoco me habla ni se acerca. Está quieta, estática. Veo la tensión que hay en su cuerpo y cómo aprieta la mandíbula. Mientras, yo intento armar en mi cabeza lo que quiero contarle, organizarlo todo para que no salga sin ton ni son y a trompicones, porque tiene que salir bien. ¡TIENE QUE SALIR BIEN!

—Ava —comienzo, y ella alza la mano para que me calle.

—No quiero hablar contigo —dice a continuación—. Por favor, vete.

Sus ojos enrojecen al pedirme eso, poco a poco. Se da la vuelta y se quita el gorro rosa que usa todos los días para ir a trabajar y que ya no me parece ni tan feo ni que le quede tan mal. Es más, ahora me gusta cómo lo hace.

—¿No vas a darme la oportunidad de explicarte que...?

—¡No! —me corta, gritando, lo que me toma por sorpresa, ya que no es de las que elevan la voz, al menos, no lo ha hecho nunca conmigo.

—Ava...

—Deja de decir mi nombre —me pide, aún de espaldas.

Tiene las manos apoyadas en el recibidor de la entrada y la fuerza que ejerce sobre ellas es más que palpable. El murmullo que hay fuera es lo único que nos envuelve.

—Lo haré cuando me mires a la cara y me escuches. —Ella niega con la cabeza—. He cambiado, Ava.

Y sé que al decir eso, he metido la pata, porque ya me dejó claro lo que opina sobre ese tema.

—La gente no cambia, Ethan —repite lo que tanto me temía que dijese.

Me paso la mano por la cara, desesperado y deseoso de hacer algo que haga virar el rumbo de la situación, pese a no tener ni puta idea de cómo hacerlo.

—Que tu padre fuese un cabrón y muriese siéndolo, no quiere decir que todos seamos así.

Mal, esto va mal. Así no se arreglan las cosas. No quiero discutir, no me gusta, no me apetece y, aún menos, con ella.

—Él, por lo menos, iba de frente. Era un cabrón, sí, pero no lo disimulaba. No jugaba a engañar a nadie. Se mostraba tal y como era. Tú, sin embargo, eres... —Se gira y por fin puedo verle el rostro. Las lágrimas corren por sus mejillas. Ya no hay rastro de ese brillo de odio, lo único que puedo distinguir es el dolor. Y eso me desarma—. Eres... —Se pasa una mano con violencia por la cara para apartar el resto salado que hay en ella—. Tú no tienes vergüenza. Eres un caradura, un...

—Cumplí condena, sí. Por algo que no cometí —le digo, interrumpiéndola. Si no lo hago de este modo, no conseguiré jamás que me escuche. Está obcecada y no parece dispuesta a ceder ni lo más mínimo—. Tengo muchas lagunas de lo que pasó. Me drogaron y aún estamos investigando quién fue. ¡No soy culpable! —Ava continúa en silencio. Veo la decepción pintada en su rostro y, sobre todo, en sus ojos, tan expresivos como siempre. Por suerte, no dice nada y eso me da la oportunidad de continuar—. ¿Quieres saber por qué no te conté nada antes?

—Déjalo, Ethan —me contesta, casi en un susurro.

Ahora, es el turno del abatimiento.

A pesar de sus palabras, sigue parada en el mismo lugar, lo que me anima a continuar. Pienso que aún tengo una mínima posibilidad de que me escuche.

—Me avergüenzo, Ava. No estoy orgulloso de lo que hice, independientemente de que estuviese bajo los efectos de... Nada justifica mi comportamiento. Y, a pesar de lo crees, no me condenaron por golpear a un tipo, que, por cierto, estaba en mi casa sin mi consentimiento, sino por posesión de drogas.

Ahora sí tengo toda su atención, porque, de repente, niega con la cabeza y se aleja de mí unos pasos.

—Ethan, podría llegar a decirte que me da igual lo que hicieras o por qué fuese tu condena, aunque me costaría hacerlo. Aun así, no has confiado en mí... —Se calla un segundo—. Pero...

—No me gustan los «pero».

—Aunque fuese capaz de olvidar todo eso, creer que no fuiste... Me has engañado.

—Puedo arreglarlo. Todos nos equivocamos alguna vez.

—No me creo que sigas insistiendo —replica, y su voz denota incredulidad.

—Dame una oportunidad.

—¿Cómo esperas que...? —Menea la cabeza, como si no creyese ni una sola de mis palabras —. No me pongas más entre la espada y la pared, por favor —suplica, y veo un pequeño rayo de esperanza—. ¡Vas a ser padre, Ethan!

Y tras decir eso, llorando, sale corriendo hacia las escaleras, perdiéndose de mi vista, aprovechando el momento de la confesión y mi reacción al oírla.

¡¿Ha dicho «padre»?!

Tras unos segundos en *shock*, voy tras ella. Esta conversación no puede quedarse así. Subo y ojeo de inmediato el cuarto de Edine. No está ahí. Me resulta extraño. Miro alrededor. El resto de las puertas están cerradas.

Me parece estar teniendo de *déjà vu* del día que tuvimos aquella charla, la que nos terminó de unir. Tan solo espero que la que se dé ahora, tenga el mismo resultado.

No necesito pensarlo mucho, tengo claro que, si no está con ella, está en su dormitorio. Por suerte, no es la primera vez que he estado aquí, ya que algunas, bastantes noches las hemos pasado juntos, de manera que, de inmediato, me acerco hasta la puerta que nos separa.

Dudo.

Al final, decido no llamar por si acaso no ha cerrado el pestillo y lo hace al oírme. Eso sí sería un inconveniente bastante inoportuno.

Abro sin problema y de manera suave. La veo sentada en la cama, con las piernas sobre el colchón y los codos apoyados en ellas, dejando caer la cara sobre las manos. Cuando echo a andar, noto que me tiemblan las piernas. ¡Me cago en todo! Me da miedo cómo pueda terminar esto.

Camino despacio. Ella no levanta el rostro. Quiero pensar que sí me ha escuchado, pero no desea echarme de aquí a patadas, por eso guarda silencio.

Cuando llego a su lado, me agacho y desde mi posición, busco su mirada.

—¿Ava? —vuelvo a llamarla, porque parece que es lo único que sé hacer desde que entré en esta casa.

Levanta un poco la cabeza, lo justo para que vea sus ojos llorosos.

—Vete, por favor —susurra.

—Ava —repito—, ¿estás... estás... —mi titubeo atrae su atención— embarazada?

Ella se envara al oírme. ¿Qué ocurre? ¿Acaso esperaba que me desentendiese del asunto y ya está? ¿Tan mala concepción tiene de mí tras descubrir mi pasado?

—¡¿Qué? —Abre los ojos de par en par.

—Que si tú...

—¡Ya te he oído! ¿Cómo piensas que yo...? ¡¿Por qué?!

—Has dicho que voy a ser padre, ¡¿qué quieres que piense?!

Ava resopla y se levanta de la cama de golpe. Empieza a dar vueltas en círculo y yo no despego la mirada de ella. La veo como desesperada, angustiada por algo que yo no soy capaz de descifrar.

—Ava. —De nuevo, su nombre es lo único que sale de mi boca.

—¡No! Yo no... —exclama y luego baja la voz—. No intentes engañarme. Sabes tan bien como yo que Adelaine, tu novia —remarca, haciendo una mueca—, está embarazada y...

Me incorporo al escucharla. Las piezas del puzle empiezan a encajar una tras otra a toda velocidad. De repente, se hace el silencio entre nosotros y, antes de que pueda continuar, empiezo a reír sin parar.

Ava

No puedo evitar sentir un cosquilleo cuando me pregunta si soy yo quien está encinta. Tampoco negar que me enfada, todo a partes iguales. Adelaine me aseguró que Ethan era conocedor su *situación*. De hecho, ¡está de tres meses!, es imposible que él no esté al tanto. He visto la ecografía y hasta me ha contado que los médicos creen casi seguro que es un niño. ¡Un niño!

¡Me quiero morir! ¿Cómo he podido caer en sus redes tan fácil?

Cuando comienza a reír, me descoloca.

Está pirado. Se ha tomado algo y se le está yendo la cabeza. Eso es lo primero que me cruza la mente. Lo desecho de inmediato y hasta me siento culpable por creer semejante cosa. Ethan parece estar en su sano juicio, pese a su risa. No comprendo por qué actúa así, aunque algo me dice que no tardaré en despejar mis dudas.

—¡Qué hija de puta! —murmura, tapándose la boca con una mano.

Lo miro sorprendida, porque... ¿se refiere a ella o a mí?

Quiero replicarle algo.

No lo hago. Me callo y espero.

Finalmente, lo llamo, ya que se ha quedado en silencio y no dice nada más. Los nervios me están matando. Necesito saber de qué se ríe. Yo he visto a Adelaine, su incipiente tripa que empieza a notarse, y sí, no es ninguna mentira, está embarazada. Pese a ello, hay una parte de mí que clama porque haya una explicación diferente para esta situación.

—¿Ha sido ella? —pregunta después de calmarse—. ¿Te lo ha dicho ella? ¿Adelaine? —especifica.

Asiento. No sé por qué, pero su manera de actuar me tranquiliza. Debería ser al revés, tendría que molestarme, creer que quiere engañarme. Y no es así. Un sentimiento de confianza hacia él, uno que no sabía que poseía, se abre paso y despunta en mi interior.

—Es —empieza, quieto y mirándome a los ojos— IMPOSIBLE, óyeme bien, IMPOSIBLE, que Adelaine esté embarazada —Lo miro con atención. Esa manera de remarcar «imposible» me hace esforzar una sonrisa que no debería de aparecer en mi rostro, pero que surge sin que yo sea capaz de controlarla—. No es mi novia. Nunca lo fue. Solo follábamos y hasta la noche del hotel, llevaba casi un año sin hacerlo con nadie. Así que, por favor, créeme: si te ha dicho que está preñada, es de otro.

A pesar de la brusquedad de sus palabras, siento un pequeño alivio dentro. Me preocupaba todo lo que me había dicho: cárcel, drogas... Pero, sin duda, el embarazo fue el choque más fuerte contra la realidad. Supongo que, en el fondo, soy consciente de que he pasado días enteros con Ethan y sé que ni siquiera fuma, por ello, es más que probable que mi cabeza se resistiese a pensar que todo eso fuera cierto o, al menos, una realidad a día de hoy. Y, pese a que él mismo me lo ha confirmado y en contra de mi manera de pensar, no veo en él nada que se corresponda a esa persona de la que todos, incluido él mismo, hacen referencia.

—¿De verdad? —cuestiono dudosa.

Rezo para mis adentros para que su respuesta sea rotunda. Quiero creer en su palabra,

quitarme ese peso de encima y poder darle así la oportunidad que me pide. Escucharlo. Conocer su versión de la historia, porque, salvado el mayor problema, supongo que no hay nada de malo con dejarlo hablar. Luego, decidiré qué hacer.

—¿Podemos hablar? —me pregunta, y veo la esperanza pintada en su cara.

Asiento, porque sí, lo cierto es que me muero por conocer la historia de Ethan.



Lo miro desde mi posición. Ambos seguimos en mi dormitorio, sentados en la cama, uno frente al otro. No nos tocamos. Mantenemos las distancias. Ethan ha acabado de relatarme toda su vida, al menos, lo importante. Cómo decidió ser modelo, sus primeras firmas, pasarelas en las que ha estado, cómo conoció a Adelaine y la relación tan tóxica que mantenían. Él no ve la toxicidad, pero yo sí. He vivido con un maltratador, alguien que usaba el chantaje para conseguir lo que quería y si no lo hacía, explotaba y el resto pagaba las consecuencias. Siempre saben cómo darle la vuelta al asunto para que tú parezcas el culpable de sus actos y ellos la víctima. Y eso ha hecho Adelaine. Culpaba a Ethan y su falta de interés en tener algo serio con ella con las represalias que su prometido podría cometer.

También me ha hablado sobre la noche de su detención. Me ha contado que, pese a que no recuerda mucho, está seguro de que primero fue al apartamento de Adelaine y ella no estaba, que había ruidos en el suyo y, al llegar, vio a dos tipos que parecían estar robando. Me ha confesado que debido al alcohol se puso como loco y golpeó a uno de ellos hasta dejarlo inconsciente. Lo hirió de gravedad y alguien llamó a la policía. Al día siguiente, ya detenido, descubrió que no fue la bebida lo que le hizo actuar así, sino las drogas que alguien le había mezclado con esta. Casi un año después, sigue sin saber quién fue la mano ejecutora. Más tarde, en el juicio, descubrió que había sido Adelaine la que había alertado a seguridad. La versión que dio ese día bajo juramento fue que ella estaba en su casa con un par de amigos que se encontró al salir de la fiesta en la que había estado con Ethan. La acompañaron a su domicilio y se quedaron tomando algo. Aseguró que él llegó como un loco y, sin dar explicaciones, la emprendió a puñetazos con uno de ellos. Según ella, se puso celoso y no supo controlarse. El hecho de que encontrasen drogas en su sangre y, por supuesto, en su casa, fue la gota que colmó el vaso. Nadie creyó la versión de Ethan y, gracias a que lo condenó un juez conocido de su padre, al cual le debía algún que otro favor, la pena se redujo en una multa cuantiosa, una buena indemnización para el herido y un ingreso en prisión de seis meses.

—¿Y las cámaras? —le pregunto—. No es posible que vivieses en un edificio así y que no hubiese cámaras de seguridad.

—Fue uno de los motivos por los que pensamos que los Al-Fahd estaban detrás de todo. La compañía alegó que habían tenido un fallo en el sistema y no grabaron nada durante un par de horas. En las imágenes que proporcionaron a la policía solo se me ve entrando al edificio, borracho, tambaleándome. Incapaz de mantener en pie. Y luego, cuando la conexión regresó, ya estoy en casa de Adelaine y la policía también.

Estoy indignada, porque sí, sí me creo esta versión. Ethan me ha demostrado que no es un tipo violento, además, hay una parte de mí que me dice que no ponga en duda ni una sola de sus palabras. Y me agarro a eso.

—Vine a este pueblo para intentar salir del radar de la prensa por un tiempo. Necesitaba

volver a conectar conmigo mismo y mi familia pensó que esto sería lo mejor. La fama te corrompe y a mí me llegó demasiado pronto. Damian tenía razón el día que me dijo que era un maldito niño con mucha suerte y demasiado dinero. Ahora lo veo. Me arrepiento de muchas cosas de las que he hecho, de la que más, de haberme acercado a Adelaine. Sin embargo, no puedo borrar el pasado. —Asiento de nuevo—. Ava, te juro por la memoria de mi madre que no la veía desde el día del juicio. Nunca me visitó en la cárcel, aunque tampoco la hubiese recibido después de haber testificado en mi contra. La otra noche, cuando se presentó en casa de mis abuelos, me quedé de piedra. Sabía que había estado preguntando por mí, incluso, me dijeron que había contratado un detective para ello. Creí que se cansaría, que no daría conmigo. O, al menos, que no viajaría hasta aquí para localizarme.

—¿Te escondías de ella también?

—Me escondía de todo. Yo ni siquiera quería venir, lo hice para callar a mi padre. La prensa no paraba de inventar cosas: que si un centro de rehabilitación, que si se rumoreaba que era el camello de no sé quién, que si le vendía a... Todo mentiras. Mentiras que despiertan el morbo y atraen a lectores a sus columnas de mierda. Mi familia se veía salpicada de escándalos inventados, porque empezaron a involucrarlos a ellos también. No quería que los negocios se viesen afectados, así que le hice caso y vine con mis abuelos. Solo serían unos meses y me largaría de nuevo. Lo que pasa es que... tú no estabas en los planes.

Trago saliva al escuchar eso.

Le creo.

Le creo.

De verdad que lo hago, porque esta versión sí se corresponde con el Ethan que yo conozco.

—Te creo —afirmo por primera vez desde que hemos empezado a hablar.

Él sonríe satisfecho y a mí me da un vuelco el corazón.

—Te juro que voy a limpiar mi nombre, no voy a dejar que sigan pensando de mí esas cosas y voy a callar a la puta prensa.

—Pero —digo, porque sé que es lo que viene a continuación— tienes que hacerlo desde allí.

—No quiero que te acribillen a preguntas, que estén apostados en la puerta de tu casa. Si yo me voy, esa panda de cabrones lo hará conmigo.

Tristeza, eso es lo que me ocasionan sus palabras. Me atraviesan como un puñal helado. Se va. Lo que sabía que pasaría en algún momento ya es una realidad, pero no por eso duele menos. Es una herida que se abre despacio, dejando al descubierto todo lo que siento por él.

Asiento, incapaz de formar palabras, y recojo la primera lágrima de muchas que están por venir. Mis manos tiemblan mientras limpio mi mejilla, pero el peso de la despedida es demasiado grande. Me cuesta respirar.

—Volveré. Lo sabes, ¿verdad? —dice, con la voz cargada de una ternura que solo consigue romperme aún más.

Vuelvo a asentir, porque no puedo confiar en mi voz. Quiero creerle, quiero aferrarme a la esperanza de que sus palabras son ciertas, pero hay una parte de mí que duda. En Nueva York está su vida, su familia, todo lo que alguna vez lo definió. Ahora que el problema que lo alejó de las pasarelas está resuelto, ¿qué le impide volver a su mundo?

Nada. Absolutamente nada.

Mis pensamientos me asfixian y no puedo quedarme quieta. Me levanto del borde de la cama donde estaba sentada y me acerco a él. Sus ojos me miran con una mezcla de tristeza y deseo, confirmándome que también es consciente de que este es el final. Me coloco a horcajadas sobre

su regazo y le paso las manos por el cuello, acercándome a él, con la absurda necesidad de querer fundirme con su ser y retenerlo aquí, conmigo.

Mi boca busca la suya, y lo beso con toda la pasión, la furia y la desesperación que siento. No quiero que este beso sea el último, pero en el fondo de mi corazón lo sé. Sus manos se deslizan por mi espalda, fuertes y posesivas, y luego se cuelan bajo mi camiseta. Su tacto es diferente esta vez, más atento, más cariñoso, como si también estuviera grabándome en su memoria.

La ropa de ambos desaparece en un torbellino de urgencia. Las prendas caen al suelo, olvidadas, mientras sus labios bajan por mi escote. Lame con deleite mis pezones, los acaricia con una mezcla de ternura y ansia, y yo me arqueo hacia él, entregándome por completo. Quiero recordar cada caricia, cada beso, cada sensación... Este momento es todo lo que me queda de él.

No necesitamos palabras. Todo está dicho en la manera en que nuestras miradas se cruzan, cargadas de deseo y melancolía. No necesitamos más para encendernos. La tensión que ha estado latente entre nosotros, acumulándose durante días, explota con una fuerza imparable cuando finalmente unimos nuestros cuerpos. Mi respiración se entrecorta al sentirlo dentro de mí, como si nuestras pieles hablaran el idioma que nuestras palabras nunca alcanzarían a expresar. Lo cabalgo con determinación, aferrada a sus hombros, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos.

El ritmo se marca con la urgencia de lo inevitable, de saber que este es nuestro último momento juntos. Me sujeta las caderas con firmeza, sus dedos se clavan en mí lo justo para dejar un eco de su presencia en mi piel, como si también quisiera marcarme, una manera de hacerme recordarlo siempre. Me inclino hacia él, dejando que mi pecho roce su torso, sintiendo cada jadeo que escapa de sus labios contra mi cuello. El sudor se mezcla con la pasión desbordada y cada movimiento es una declaración desesperada de que no queremos dejar ir lo que tenemos.

Sus susurros roncoss me llegan en oleadas, palabras entrecortadas y sin sentido que solo consiguen intensificar mi deseo. Me aferro a él con más fuerza, muevo las caderas con más intensidad, buscando llevarnos a ambos al abismo. Cada roce, cada gemido, cada latido compartido nos lleva más cerca del clímax.

El orgasmo nos arrasa como un huracán, dejando a su paso solo el eco de lo que fuimos. Nos abrazamos, nuestros cuerpos aun temblando, y yo entierro mi rostro en su cuello, intentando retener las lágrimas. Pero no puedo contenerlas. Mis sollozos son silenciosos, pero él los siente. Sus brazos se cierran aún más alrededor de mí y, por un momento, me aferro a la ilusión de que esto no es una despedida.

«Fue bonito mientras duró», pienso, mientras su aroma y el calor de su piel quedan grabados en mi memoria.

Este es el fin, pero en este instante, no quiero dejarlo ir.

Epílogo

Ethan

Mi vuelta a Nueva York fue más larga de lo que esperaba. Nos costó mucho descifrar todo lo que había pasado aquella noche, sin embargo, un día, Damian llegó con unas grabaciones, las de las cámaras de seguridad del edificio y las de mi casa. No se habían perdido, como nos aseguraron. Al contrario, existían. Y con ellas se corroboraba mi versión de la historia, por lo que por fin pudimos interponer un recurso a mi condena.

No sé de dónde cojones sacó mi hermano dichos vídeos, se niega a hablar del tema. Solo me ha dicho que no ha sido muy legal, pero que no me preocupase, que todo estaba controlado. Imagino que habrá recurrido al soborno para conseguirlas, aunque esto es tan solo una hipótesis.

Estuve seis meses en la ciudad que me vio nacer, la misma en la que me crie, pero, al contrario de lo que me sucedía antes de ir a Grindelwald, los días se me hicieron eternos. Llamé a Ava cada uno de ellos, aun así, poco a poco la fui notando más distante. No sabía qué le ocurría, de manera que decidí hablar con Mía. Por suerte, contactar con ella fue muy, pero que muy sencillo. Su nombre estaba en cada red social que existía. Le escribí por privado en varias de ellas y me contestó casi de inmediato. Me confesó que Ava tenía la absurda idea de que yo no volvería al pueblo y su distanciamiento se debía a eso: quería evitar el sufrimiento cuando aquello sucediese. ¿Qué cojones le pasaba en la cabeza? Creí haberle dejado claro que regresaría a Grindelwald. Me gusta el lugar, la tranquilidad que se respira allí, pese a que solo me di cuenta de ello cuando regresé al ajetreo de la ciudad. Y, por supuesto, me gusta ella, más de lo que jamás pensé que lo haría.

Al enterarme, le comenté a Damian que debía regresar y, a pesar de que no estaba todo resuelto, mi hermano estuvo de acuerdo (y orgulloso me dijo también) de que priorizase mis sentimientos por Ava al resto. A todos les pilló por sorpresa y tuve que aguantar coñas de mil tipos por parte de Julian y Alex, pero me la soplaban lo que me dijese.

No le comenté a ella nada de que regresaba al pueblo, al contrario, actué como si todo siguiese igual. Quería darle la sorpresa.

Y lo hice.

No fui ni a ver a mis abuelos. Lo planeé todo para llegar a su casa antes de que regresase de trabajar y le pedí a Malena que se marchase, que yo me quedaría con Edine. Esperaría a Ava allí.

Su cara al verme fue todo lo que necesité para saber qué pensaba de mi visita.

Se quedó quieta en el umbral de la puerta. Se llevó la mano a la boca. Las lágrimas asomaron a sus ojos, incrédulos, y contuvo el sollozo.

—Te dije que volvería —fue lo único que fui capaz de articular, antes de acercarme a ella y besarla con todas las ganas que guardaba desde hacía medio año.

Volví a marcharme dos semanas después. No quería hacerlo, pero el recurso interpuesto requería de mi presencia. Le pedí a Ava que me acompañase. Se negó. No dejaría a Edine sola durante tanto tiempo. Y no puedo reprochárselo. El estado de salud de su madre había empeorado desde la última vez que estuve en esa casa. No me sentía bien yéndome y dejándola

sola con dicha situación. Aunque tuve que hacerlo.

No sé cómo, pero Damian tenía muchísima información sobre el caso. Adelaine había dado a luz a un niño justo cuando yo regresaba a Grindelwald. Nadie me dijo nada. Tampoco necesitaba saberlo. O, al menos, eso pensaba, hasta que llegó a mis oídos que el niño era de Nassef, quien, nada más nacer el crío, pidió la custodia, alegando que la madre tenía problemas con las drogas. Y ahí todo empezó a cobrar sentido. El puzle se armó en mi cabeza. Nassef no era el malo de la historia, era Adelaine. Siempre fue ella.

Me atreví a hacer algo que jamás hubiese hecho: hablar con el heredero de los Al-Fahd. Lo busqué y, en contra de lo que siempre pensé, no tuvo objeciones en acompañarme y que charlásemos. Me confesó que hacía demasiado tiempo que sabía de la delicada situación de Adelaine, aunque quiso darle un voto de confianza. No salió bien. Hace un año le dio un ultimátum, debía dejar las drogas, que, según ella, consumía de manera esporádica. Eran justo las mismas que se encontraron en mi casa y en mi cuerpo aquella noche. ¿Putá casualidad? No lo creo.

Él la quería, pero no estaba dispuesto a compartir su vida con alguien que se moviese en ese círculo. Resultó que la noche que la dejó en aquella fiesta y que acalló a la prensa para que no saliesen a la luz imágenes de ello, fue porque Adelaine llegó bajo los efectos de esas sustancias, por lo que, avergonzado y queriendo evitar el escándalo, Nassef sobornó a los periodistas para que todo quedase en un simple rumor que nadie pudo confirmar. Me sorprendió darme cuenta de que el mayor de los Al-Fahd no compartía la ideología de su padre, ese que es conocido por su ferocidad en los negocios. Me pareció un tío de lo más sensato, razonable y comprensivo. El padre de Adelaine, harto del comportamiento de su hija y cansado de ofrecerle oportunidades, terminó por desheredarla o eso dice que sucederá si ella no abandona sus *hábitos*. No quiere que años de esfuerzo y trabajo terminen en la basura y que su fortuna sea lapidada y malgastada en drogas.

Todos lo vieron, menos yo.

Fui un idiota que se dejó embaucar de la manera más simple y primitiva que existe: con sexo y mucha lujuria.

A raíz de mi detención, la cual había orquestado ella para alejar todas las miradas de sí misma, Adelaine fue a buscar a Nassef, le juró que la culpa era mía, que era yo quien le proporcionaba la droga y que la venda por fin se le había caído de los ojos. Aún no me creo que fuese capaz de venderme de ese modo, que organizase todo poco a poco y con semejante sangre fría. Hasta ese momento, no fui consciente de que había ejecutado un papel muy bien aprendido. Jugó con los dos. Ahora lo sé y él también.

Nassef, enamorado y creyendo que muerto el perro, se acabaría la rabia, sucumbió a sus encantos y de ahí salió el pequeño Hassim.

Aquella noche, en casa de mis abuelos, Adelaine vino a verme, porque Nassef ya le había dicho que quería la custodia del niño, pues la había descubierto a punto de esnifar cocaína, a pesar de que estaba embarazada. La puso bajo vigilancia y ella, desesperada, decidió recurrir a mí. Quería acabar con él, eso me dijo. Por una vez en su vida, fue sincera. Me dio a entender que no la trataba bien, al igual que siempre hizo durante nuestro tiempo juntos, y que por eso debíamos hundirlo. Me alegro de haber hecho caso a mi instinto, al menos, debo agradecerle eso a la cárcel y a toda la situación que me llevó hasta allí: aprendí a no ser tan confiado y, mucho menos, con ella.

Adelaine sabía que perdería la custodia, de manera que su plan era que yo descubriese que

Nassef era el culpable de todo, que lo juzgasen (supongo que con pruebas falsas que ella planeaba inventar, al igual que hizo conmigo) y así su hijo se convertiría en el heredero inmediato de todo. Ella sería su tutora y administradora hasta la mayoría de edad, y eso le daría margen para hacer lo que quisiera sin rendirle cuentas a nadie. Nassef posee un imperio en acciones de grandes empresas, además de ser el primogénito de uno de los hombres más ricos de Oriente Medio. ¿Qué más podía desear una mujer como ella?

Y ahora, aquí estoy, esperando que se imparta justicia. Con la prensa en la puerta del juzgado y con el apoyo de los Al-Fahd. Lo tengo todo a favor. Y no, no soy un tipo con suerte, como siempre he pensado, lo que sucede es que la justicia existe para aquellos que se redimen, y yo lo he hecho.

He cambiado, al igual que la sentencia que se emite, tan diferente a la de la última vez.

Salgo, sonriente, satisfecho con el veredicto.

Mi nombre se ha limpiado. Soy inocente y ahora lo sabe todo el mundo.

Todo el mundo menos...

—Ava —digo, parándome en seco.

Apenas he bajado los escalones del juzgado cuando me topo con su mirada. Ella pestañea con rapidez y sonríe ampliamente. El brillo de sus ojos me deja ensimismado, soy incapaz de hacer nada. Me quedo quieto.

—Vaya, pues es verdad que la vecinita no tenía trenzas —dice Julian a mi espalda, haciéndome reaccionar.

Los medios de comunicación se agolpan a mi alrededor, pero yo no veo nada que no sea Ava y su sonrisa. Finalmente, doy unos pasos hacia ella y, al llegar a su lado, la tomo por la cintura y la atraigo hasta mí. Ella me mira y asiente. No necesito nada más. La beso, la beso como si no estuviese rodeado de puñeteros periodistas a la espera de una noticia jugosa con la que deleitarse, sin embargo, todo me da igual. Que escriban lo que quieran.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, no porque me moleste, sino porque me sorprende y alegra—. ¿Cómo has...?

—Te robé el número de Damian una noche mientras dormías como un bebé. —Sonríe—. Yo también quería darte una sorpresa.

—Yo...

No soy capaz de decir nada coherente ahora mismo. Sonrío. Sonrío y sonrío. Estoy feliz.

La beso de nuevo. No me creo que esté aquí, en Nueva York, conmigo.

—Enhorabuena —añade, y sé que se refiere a la sentencia.

—¿La has escuchado?

—Sí.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

—Ya había empezado la vista cuando llegué. El avión ha tenido un pequeño retraso. Pero sí, la he escuchado.

Paso uno de mis brazos a su alrededor y la aprieto fuerte contra mi pecho. Escucho algún que otro comentario jocoso de mis hermanos. Me la suda. He limpiado mi nombre y tengo a Ava conmigo. El resto puede esperar.

—¿Y tu madre? —le pregunto, separándome lo justo para verle el rostro.

Me preocupa que se gaste todos sus ahorros para poder estar conmigo en este momento, ya que sé que no se va a quedar sola y Ava no se puede permitir pagar el salario de Malena para tantos días. Y, por supuesto, no va a dejarme que lo haga yo. Es demasiado cabezota.

—Mia tiene razón: mamá no querría que dejase de vivir por ella. —Asiento, sonrío y la abrazo de nuevo, aunque eso no responde a mi pregunta. Como si se leyese mi mente, añade—: Está con mi hermana y con Andreas.

La miro. Me inclino y vuelvo a besarla. Una y otra vez. Sé que puedo parecer pesado, desesperado, pero aún no me creo que esté aquí, que haya hecho esto por mí.

No me separo de ella, hasta que una mano en el hombro me obliga. Me giro y veo a mi padre.

—¿No piensas presentarnos?

—Papá, esta es Ava. —Él sonrío al conocer por fin a la famosa vecinita de la que todos mis hermanos hablan, y veo el orgullo en su cara—. Ava, él es el Adam Blackwood, el macho alfa de la manada.

Las carcajadas de mis hermanos y de mi padre rompen el silencio incómodo de la presentación.

—Bienvenida a la familia, Ava —le dice él.

Y, sin más, nos alejamos de la puerta del juzgado, el mismo en el que comenzó mi calvario, pero esta vez con la redención obtenida.

FIN

Nota de autora

Espero que te haya gustado la historia de Ethan y Ava, la primera que escribo de los hermanos Blackwwood. Por supuesto, no será la última, ya que todos están deseosos por contar la suya.

Si te ha gustado, te agradecería que la valorases en Amazon, así me ayudar a llegar a más lectores que, como tú, quieren disfrutar de historias como estas.

Gracias también por contribuir a que este sueño de ser escritora vaya poco a poco haciéndose realidad.

Gracias.

Muchas gracias a todos.

Biografía

Layla Knox es una apasionada de la literatura desde pequeña. Después de mucho pensárselo, decidió escribir esta historia. Actualmente, escribe desde un rincón de casa, en el intenta buscar paz, algo difícil, ya que sus dos hijos no colaboran demasiado en ello. Aun así, siempre logra encontrar ese instante para calmar la ansiedad de sus dedos y ponerse a teclear.

Fiel a su género de literatura preferido, se ha lanzado a escribir, por supuesto, romance. Y espera de todo corazón que todas las historias que tiene en su cabeza puedan ver la luz algún día y, sobre todo, que lleguen y emocionen a lectores como tú.